



YRIGADO

TORIA

LGAR

1888

GEOGRAFIA

HISTORICA

PQ7297

.D455

H5

S. C.



1020028219

BIBLIOTECA DE "EL PAÍS"

HISTORIA VULGAR

NOVELA ESCRITA

EXPRESAMENTE PARA «EL PAÍS»

POR

RAFAEL DELGADO



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

86216

MEXICO

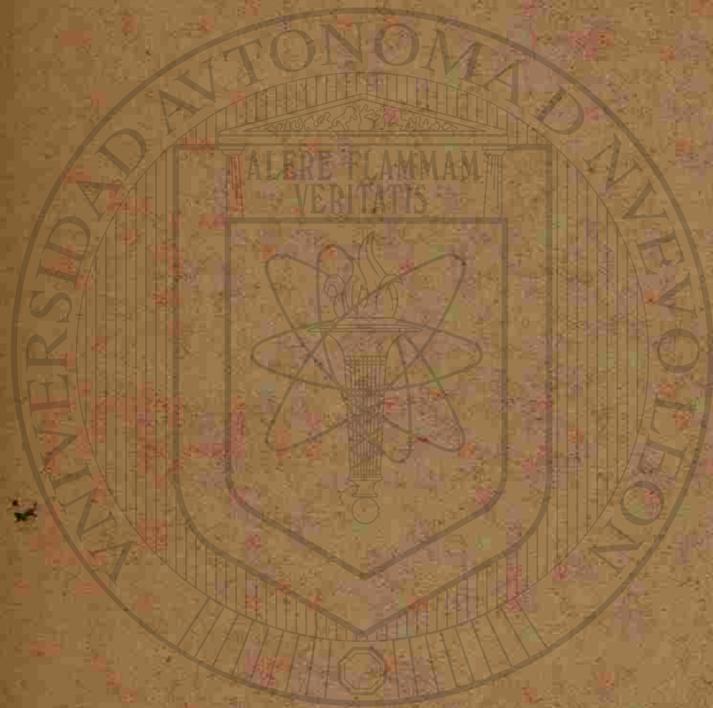
TIPOGRAFIA DE LA COMPAÑIA EDITORIAL CATÓLICA

Calle de San Andrés núm 8

1904

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

15332



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

PQ 7297

:D955

RS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Queda prohibida la reproducción de esta obra, reservándose el autor los derechos legales de propiedad.

A Daniel Pesado

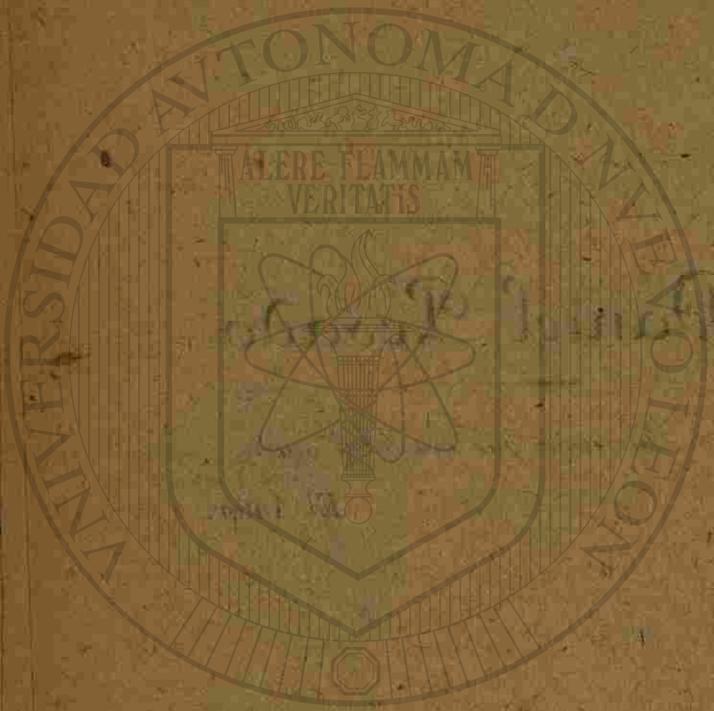
Su amigo que mucho le quiere.

El Autor.

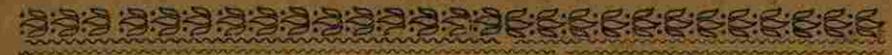
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

900
D35
H4



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO I.

El teatro representa.....

¡Quince días de lluvia! En todo ese tiempo no asomó el sol por aquella comarca, y el *rubicundo*, aunque tanto se le echaba de menos en aquella ciudad de las *almas tristes* y del eterno fastidio, no daba señales de vida! Vaya con el muy cobarde que no arremetía contra el nublado! ¡Vaya con el zalamero tornadizo que de Abril á Junio se había portado como pocas veces, asiduo, constante, obsequioso y puntual en aquel cielo de ordinario brumoso!

Allá por San Juan y San Pedro—¡valiente par de llorones!—el mejor día, de tres á cuatro, oyéronse truenos lejanos y nublado repentino y denso anuncia próxima lluvia.

—¡Aparatos de agua!—dijeron los campiranos, haciendo un gesto casi doctoral.

Pero todo fué puro ruido y música celeste, y no hubo nada: unas cuantas gotas, y páre usted de contar.

Los campos estaban sedientos, polvorosos y resecos caminos y veredas, vmarillentos y tostados gramales y

praderas, mustios los follajes, y los ganados pereciendo de sed.

Al día siguiente el calor fué insufrible; pero esa tarde el sol se puso todavía en un cielo limpidísimo, que semejaba un océano de zafiro en cuya superficie flotaban corpúsculos de oro. La noche se engalanó como una reina, lució miríficos diamantes, y de once á doce dejó escuchar el río los rumores plácidos de sus linfas parleras, los vientecillos de la sierra trajeron á la ciudad insonmie y enervada susurro de arboledas y oleadas de frescura; pero al otro día, á la hora de la pitanza, cuando el sol muy resplandeciente y orondo, pródigo de luz y de calor, se disponía á descender vanidoso, haciendo alarde de su guapeza, sopló repentino huracanado viento, el cual tendió sobre la vega y prendió en las cúspides pardos cortinajes.

Cayeron gruesas gotas, hubo relámpagos y truenos, y un aguacero diluviano vino á regocijar campos y per-
sonas.

El sol no volvió á dejar que le viesen el rostro.

Sabiase que pasaba.... pero ¿verle? ¡Quia!

Y no cesaba de llover, ni cesaría en mucho tiempo: los montes estaban envueltos de arriba abajo en luengos capuces que llegaban á la llanura para velar con crespones grises las arboledas de los huertos y los carrizales y saucedas del río.

A la lluvia desatada y copiosa sucedió la menuda y pertinaz, y cuando la nubazón iba poniéndose rala y hasta descubría claros luminosos y cerúleos, tornaba el aguacero y volvía el *chipichipi*, la lluvia finísima, casi casi invisible, y los gallos que tan alegres y engañados habían saludado el advenimiento del buen día, callaban atidos y caían de nuevo en su modorra.

Los caminos estaban intransitables, y las gentes de los contornos no venían al mercado.

Pasaban los días largos y tediosos, y la ciudad, de suyo melancólica y silenciosa, parecía un camposanto. Las carretas de las haciendas próximas, con las ruedas cubiertas de lodo hasta las mazas, iban por la ciudad perezosas y lentas, arropadas con petates protectores de los panes de azúcar. Uno que otro rancho cubierto con la manga de hule, recogida la cola de la caballería, friolento y aburrido; algún peatón lodoso venido de la Sierra; un grupo de indígenas cargados de carbón mojado, sobre el cual hacían gala de su belleza rústica fragantes clavales rojos y azucenas niveas. Tal era aquellos días el aspecto de Villatriste. Y las muchachas se estaban en casita, detrás de las vidrieras, y los petimetres en privanza, no lucían los caballos bonitos, ni las ricas monturas, ni

el pantalón ceñido, ni la chaquetilla donairosa, ni el sombrero engalonado de oro, prendas de suprema elegancia ostentadas en competencia tenaz contra los mozos mejor plantados de Villaverde y Pluviosilla,—perlas incomparables de las enfloradas márgenes del Pedregoso y del Albano.

El teatro abierto en Pascua había cerrado sus puertas el día de Corpus, y los cómicos, la excelente Compañía de don Antonio Pérez del Campo actuaba á la sazón, muy aplaudida y festejada, en Villaverde y en el teatro Paneracio de la Vega, donde la primera actriz, Estela del Camino, *hacía las delicias* del público villaverdino que era muy dado al drama lacrimoso por haber gustado muy poco hasta entonces, y eso en dosis homeopáticas, las *dulzuras incomparables* del género chico. ¡Ni bodas ni niñas, ni fiestas religiosas ni corridas de toros! Paz de tumbas reinaba en Villatriste. La turbulenta mocedad se pasaba la mañana, la tarde y la noche en el billar de don Fernando Gómez, donde, mientras unos se entregaban á interminables partidos de carambola, otros, y con ellos muchas personas de viso, entretenían el tiempo con el devocionario de las cuarenta hojas.

Las niñas Quintanillas—muy señoras más y de todo mi respeto,—se morían de fastidio en su casita vestida, recientemente enlucida y enjalbegada; se morían de tedio,—ellas que eran tan amigas de subir y bajar—deseosas de salir por aquellas callejuelas á dejarse ver; que lo bueno y hermoso fué creado para que lo alumbrase el Sol, y no para estar guardado en un rinconcillo de la casa.

Mientras la mayor, Carolina, ocupada en la máquina, y Rosa cortaba un ves-

tido, arrodillada en el tapete, Leonor devoraba, que no leía, una novela que desde muy temprano la traía en vilo: "*Los celos de una Reina*"

Los visillos de la vidriera, recogidos ó cada lado con cintitas rojas, dejaban ver la calle mal empedrada y lútea, el arroyo cubierto de yerba, la acera mojada, y la tienda de don Patricio Terreros,—*La tienda del sueño*, como decía Carolina, la tienda inominada de don Patricio, un especiero flemático, más comprador de café que abarrotero, soberano de su escueto mostrador, y que, á todas horas soñoliento, se pasaba la vida repontigado en un sillón monacal, en espera de marchantes, ó de algún tertuliano de esos que tanto abundan en las ciudades chiecas.

No paraba la máquina; la embebecida lectora no soltaba el resobado volumen, y Rosa cortaba y cortaba, siguiendo el contorno de un patrón.

—¡Don Patricio está roncando á par con su gatito!—exclamó Carolina.

—¡Como siempre!—dijo Rosita, mirando hacía la tienda.

—¡Así roncaremos todas el mejor día!—agregó Leonor exasperada, cerrando el libro, á tiempo que su hermana dejó las tijeras y recogió los recortes de la tela, un percalito barato, sembrado de florecitas rojas menudísimas, producto de las fábricas de Pluviosilla.

Las tres muchachas bostezaron, y cada cual volvió á lo que tenía entre manos: á su costura Carolina; Rosita á su percal, y Leonor á las emociones de la novela.

Atardecía; seguía lloviendo; un cielo plúmbeo pesaba sobre Villatriste, y el ruido monótono é invariable del agua, adormecía las almas y las cosas.

Carolina, al parecer muy atenta á

los respuntes de su máquina y al justo enlace de la tela que corría y corría sobre el platillo niquelado, dióse á pensar en cosas íntimas y muy personales, en tanto que, delante de ella, flamante, esponjado, en amplias ondas, despidiendo cierta fragancia de almacén, caía el aderezado percal, rebelde al propio peso, y pronto á convertirse en faldá donairosa.

Tras largo silencio, exclamó Leonor, dejando el libro:

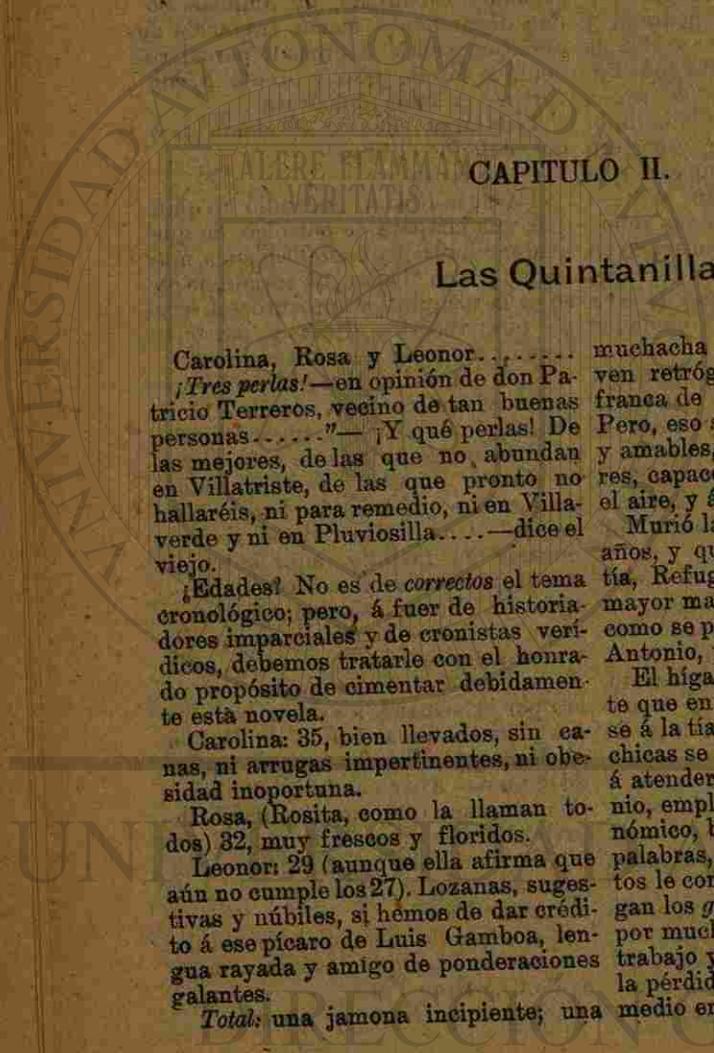
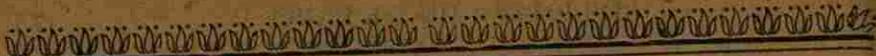
—¡Ya no se ve!

Fuése la Rosita, encendió un quinqué, una lámpara de petróleo, de quemador cilíndrico y pantalla blanca, muy limpio y bien dispuesto; trájole, le puso en la máquina, y apresuróse á recoger tela, recortes, tijeras y patronos. Leonor atisbaba á los transeuntes:

—¡A dónde irá Pepe López?—preguntó vivamente—¡A dónde? ¡A la cantina ó al billar! ¡A jugar albuere! ¡A la ocupación diaria de esta elegante, dorada, juventud! ¡Y bien visto!—prosiguió—¿qué han de hacer estas gentes? Una puede vivir, si vivir es morirse de fastidio, aquí entre las cuatro paredes de esta casa; pero... ellos... Yo no los culpo. ¿Qué hacerse en una tierra donde la única distracción consiste en chismear, y cuando no llueve, oír en la plaza, dos veces por la semana, los danzones oliscos y las mazurcas fósiles de la *Banda Municipal*? ¡Vaya!—agregó variando el tono— Ahí viene Luis Gamboa... ¡Y qué guapo que viene! ¡Cuando llegaría? Este se dijo: ¡A lucir... el patito! Y... mírenlo qué correcto y enguantado que va! ¡Un figurín! ¡A la última de París!

Un organillo destemplado soltóse tocando en la esquina próxima música de "*La Gran Vía*."

Caballero de Gracia me llaman....



CAPITULO II.

Las Quintanillas.

Carolina, Rosa y Leonor.....
Tres perlas!—en opinión de don Patricio Terreros, vecino de tan buenas personas.....— ¡Y qué perlas! De las mejores, de las que no abundan en Villatriste, de las que pronto no hallaréis, ni para remedio, ni en Villaverde y ni en Pluviosilla....—dice el viejo.

¡Edades! No es de *correctos* el tema cronológico; pero, á fuer de historiadores imparciales y de cronistas verídicos, debemos tratarle con el honrado propósito de cimentar debidamente esta novela.

Carolina: 35, bien llevados, sin canas, ni arrugas impertinentes, ni obediencia inoportuna.

Rosa, (Rosita, como la llaman todos) 32, muy frescos y floridos.

Leonor: 29 (aunque ella afirma que aún no cumple los 27). Lozanas, sugestivas y núbiles, si hemos de dar crédito á ese pícaro de Luis Gamboa, lengua rayada y amigo de ponderaciones galantes.

Total: una jamona incipiente; una

muchacha avanzadita, y..... una joven retrógrada, enemiga reflexiva y franca de los estudios cronológicos. Pero, eso sí, las tres muy simpáticas y amables, llenas de gracia y de saberes, capaces de cortar un cabello en el aire, y á lo largo.

Murió la madre hace veinticuatro años, y quedaron al cuidado de una tía, Refugio, quien las educó de la mayor manera, como le fué posible, y como se pudo, dada la pobreza de don Antonio, padre de las tres.

El hígado, más traidor en Villatriste que en cualquiera otra parte, llevóse á la tía tras largo padecer, y las chicas se quedaron solitas, dedicadas á atender y mimar al señor don Antonio, empleado viejo, ahorrativo, económico, blando de carácter, dulce de palabras, estimado y querido de cuantos le conocen y le tratan. Le doblegan los *galvanos*, pero aun está fuerte por mucho que le haya encorvado el trabajo y por más que le tenga triste la pérdida de su hijo Toño,—intermedio entre Rosita y Leonor—guap

mozo, muerto en la flor de la edad, víctima de sus aficiones hípico-taurófilas y de su amor á fiestas y parrandas. Don Antonio, modelo de oficinistas y ejemplo de resignación y de entereza, vive complacido de sus tres hijas, y si no quiere dejar pronto este valle misérrimo, tampoco desea que se le casen las muchachas. "¡Para qué!"—suele repetir en la receptoría—cuando se trata de eso—¡Viviros tan felices! ¡Qué hijas! ¡Dios me ha bendecido! En mi casa no hay disgustos, señores; en mi casa no hay novios. ni líos, ni entrantes ni salientes; en mi casa no hay fiestas ni bailes!"

Ciertamente: las chicas son buenas. Cuanto á los entrantes y salientes, no dice verdad el bueno de don Antonio, porque sí entran y salen.... algunos buenos amigos.

¡Fiestas y Bailes? No los dan nunca las Quintanillas, pero las tres concurren á unos y á otros siempre que hay bailes y fiestas en Villatriste.

No faltan en ellos las Quintanillas,—á menos que su padre esté con el reuma,—no faltan y van siempre muy lindas, modestas y elegantes, y con ellas el señor don Antonio, de levita negra y corbata blanca.

Conviene saber, que las muchachas heredaron de un su tío materno, la casa en que viven. La finquita era mala y vieja, pero las niñas que no son lerdas, se dijeron, á componerla, y, con algunas economías y algo de pecunia recibido con la casa, reedificaron ésta, la arreglaron á su gusto, y la dejaron como una tacita de plata. Y allí moran, charlan y se fastidian.

Es digna de ser estudiada la tertulia de las Quintanillas. Es una reunión de confianza. Empieza á las ocho de la noche y acaba á las once. En

días de lluvia ó de norte, se reúnen en la salita; las noches calurosas en el corredor, sitio fresco y ventilado, donde se goza del ambiente del patio y del aroma de las flores que le engalanan y embellecen: mosquetas, jazmines, lirios, *flor de cera* y *huele de noche*.

Don Antonio juega ajedrez con alguno de los tertulios, de ordinario, con uno de sus compañeros de oficina, y mientras, no lejos de él, hacen labor las niñas y departen sabrosamente con sus amigos: Pepe López, Ernesto Carriles, Paquito Redondo, y Lorenzo García. Suelen ir de tiempo en tiempo las señoritas Miramontes, un par de profesoras, dueñas del *Colegio Católico de Santa Isabel de Hungría*, y á las veces van á echar su párrafo hasta las diez, doña Mónica Ferreira, jamona perdurable y devota que sabe todo y cuenta cuanto sabe, y su sobrinita Magdalena, una criatura—de veinte años, bisoja y enclenque.

Conversan allí que es una gloria, y entre un *jaque á la reina* y un *me como ese cuaco*, se hace la crónica diaria de cuanto acaece en la pacífica ciudad.

Lo que don Antonio se gana en la Receptoría, no basta, sin duda, para el mantenimiento de aquella familia, pero las muchachas completan perfectamente el presupuesto. ¿Cómo? Ahí está el basilio. Hacen pastas y conservas, arreglan y adornan sombrerillos, venden libros, estampas, cintas y telas, que las Quintanillas compran en Méjico por medio de un su amigo, y que luego *colocan*, con buena ganancia entre las familias de Villatriste. ¡Hay un baile! ¿Quién se encargará de cuanto se refiere á la bucólica? Pues... ¡ya se sabe! Las Quintanillas. Ellas preparan

Núm. 2.

los jamones en dulce, los emparedados ligerísimos y sabrosos, las aceitunas adobadas, los bizcochos de almendra, los pastelillos rellenos de crema y de pasta de membrillo ó de mermelada de albaricoques, y unas gelatinas tan gratas al paladar como á los ojos, trémulas, límpidas, incitantes, las unas como gigantescos topacios, las otras, las de leche, como grandes flores de alabastro ó de ágata.

Las Quintanillas se pintan para eso; preparan todo, ponen y arreglan la mesa, y corren á su casita, á ponerse guapas para volver á la fiesta en la cual tienen varalta, dirigen las cuadrillas y se portan discreta y elegantemente.

¿Se trata de una fiesta religiosa? Allá están ellas, adornando altares, vistiendo santos y angelitos, haciendo ramilletes y poniendo en el altar, para evitar torpezas de sacristanes, cirios y candelabros. Sólo en Pluviosilla, en Santa Marta, serían superadas las Quintanillas.

Y en todo ganan,—no sólo estimación y simpatía, sino algunos durillos, los cuales sirven para cubrir el déficit, para comprar vestidos y para embellecer la casita, que parece de personas que viven desahogadamente:

Charla que te charla, cose que cose, se hace todo alegremente en aquel corredor risueño y fragante entre palmeras frondosas, calateas lozanas, camelias florecientes y jazmineros floribundos, ó en la salita cuca, con su ajuarcito de Viena, sus velos tejidos y adornados con moños crema, sus jarrones azules, sus conchas miríficas, que hacen soñar en los prodigios de los jardines submarinos, sus abanicos y sus parasoles japoneses, y su gran espejo biselado, delante del cual luce su gallarda faz un Musage-

te de bronce, alta la frente apalmea, y en las manos vibradora lira; linda estatua con la cual remata un reloj de chimenea, obsequio del doctor Morfina (así le pusieron en Villatriste,) del doctor Velarde, malogrado pretendiente de Carolina; un mozo de buen parecer, inteligente y de fácil palabra, el cual se ausentó de pronto, se fué á Villaverde, y allí, el mejor día, se casó con una joven modosita y pacata, heredera de cuarenta ó cincuenta mil duros.

Carolina no chistó ni mistó. Para bromas, condolencias y alusiones, tuvo sonrisas y disimulos, y... adelante con la soltería, que no es mal estado, al decir de los moralistas. Y allí está el Apolo, diciendo á todas horas á Carolina que no hay que fiarse de los hombres. Rosita fué novia de un sobrino de don Patricio, escribientillo de notario, un pelinegro, de ojazcs muy vivos, bien trapeadito, bailaror excelente, muy dado á las modas últimas, y que se echaba encima cuanto se ganaba en la corachuela. Pero Ernesto, tal era el noble del galán, cogió ley á las cuarenta, y éstas *infieles y perjidas*, le arrastraron por senderos de irremediable perdición.

Rosita se quedó muy campante, a saber la fatal noticia, se compadeció de los infortunios del muchacho, y cortó por lo sano. Cuentan que Paquito Redondo no la ve con malos ojos. Paquito es tonto, pero tiene dinero, y carece de vicios, y acaso, si se atreve á declarar su *atrevido pensamiento*, diga Rosa que sí, y tengamos boda.

A Leonor... á Leonor le tienen miedo en Villatriste. Es bonita, elegante y sugestiva; baila como una sílfide, es la alegría en persona, pero tiene una lengüita que ya... ya! Y una locuela... que ¡Dios me asista!

CAPITULO III.

Las Miramontes.

Son muy sabidillas y licurgas. Si tuvieran de humildes cuanto tienen de hermosas, ya se habrían casado,—por mucho que en Villatriste un casamiento es mirló blanco.—¡Pero qué han de hacer las pobrecillas en tiempos como los actuales, en que la ciencia pedagógica aún no se vulgariza, y es cosa muy honda de saber esotérico! Debemos compadecerlas. Las infelices se quedaron huérfanas, sin más amparo ni más ayuda, que un hermano con tendencias á la curia y más dado á la bebida que al estudio de Ortolán.

Acabó el mancebo los preparatorios, y sabe Dios cómo les dió término, viadillo y disipado, sin un peso en el bolsillo y en el periodo crítico en que los mozos tienen á hombría al bien parecer, á embriagarse con amigos ricos, seducir *gatus* y pasarse las noches de fandango en fandango. Mientras Genoveva y Luisa trabajaban en la Escuela Superior, con esperanzas de llegar á profesoras, Alejandro, se vivía en las cantinas, departiendo con

sus amigos, charlando con algún torero en cierno, bebiendo anisado y jugando *pocker*, sin pensar en la Escuela, ni en los libros, ni en que vuelan los días ni en que la juventud se va en un soplo. Murió su padre, un artesano acomodado y venido á menos, y la familia se quedó á un pan pedir. Con mil trabajos acabaron las chicas, recibieron el título, y solicitaron una escuela. Luisa, menos tímida que su hermana, subió y bajó en busca de recomendaciones para con el Alcalde y los ediles, pero nada pudieron conseguir, porque las tacharon de beatas y *mochas*,—todo porque iban á misa y al sermón domingos y días de fiesta. Alguien dijo en una sesión, que ignoraban los métodos modernos; trinó contra ellas un viejo regidor, jacobino hasta parecer energúmeno, y les negaron la escuela, en la cual cifraban las pobres muchachas suprema esperanza de bienestar. Dedicáronse entonces á dar lecciones á domicilio, y algunas consiguieron, pero tan mal retribuidas, que, trabajando una por

un lado y la otra por otro, apenas tenían para comer. A doce centavos les salía cada lección, y entre ambas lo más que sacaban al día eran cincuenta centavos. Y no les pagaban los días de fiesta ni los domingos, y hubo quienes no quisieran abonarles algunas clases cuando las pobres muchachas faltaban á ellas por enfermedad. Con lo poco que ganaban, tenían que mantenerse y que mantener á Alejandro, quien de día en día se destorrentaba más y más. Fué preciso,—y no sin grave pena ni mayor disgusto—que le hablaran claro al hermanito, el cual recibió pésimamente la advertencia, gritó, bufó, pateó—¡cosas del aguardiente!—las llamó ingratas, presumidas, tontas y descastadas, y se fué, ¡á Dios gracias! con la música á otra parte.

Las pobres muchachas, hasta entonces tímidas y modestas, se pusieron á considerar su triste situación, pensaron que nunca podrían contar con Alejandro, y que, lo que ellas no hicieran, nadie lo haría en favor suyo. Sugirióles alguno que aprendieran los *métodos modernos*, á fin de merecer protección del H. Ayuntamiento, el cual había dado colocación á otras profesoras; indicóles otro, que solicitaran amparo del Cura para abrir una escuela católica, y no faltó quien les dijera para hacerlas ver claro, que estaban entre opuestos bandos irreconciliables: como quien dice entre la Iglesia y el Estado. Las chicas no sabían por qué decidirse, si por los *métodos modernos*, ó por la *fe antigua*. Al fin encontraron apoyo en el párroco, y pronto abrieron una escuela, colegio dijeron, bajo el nombre de *Santa Isabel de Hungría*—una santa muy simpática, les dijo el sacerdote. Pero

ni la piedad católica, por viva que fuese, subvenía caritativamente á las necesidades de la escuela, ni las familias querían pagar ni un centavo por la enseñanza de sus hijas. ¡Para qué han de saber mis muchachas, decían algunos padres,—geografía, historia, gramática, francés, gimnasia, y tantas y tantas cosas? No se han de casar ni con sabios ni con ricos—

Que aprendan á coser, á guisar, á remendar los trapos...—repetían otros. Las Miramontes no sabían qué hacerse. Mientras unos decían esto, y otros querían que sus hijas salieran unas sabias, el colegio iba mermando de alumnas, y los treinta pesos que muy puntualmente les daba el buen párroco, no alcanzaban para nada.

—¡Hija!—exclamó Genoveva—me parece que debemos optar por los *métodos modernos*... Yo me daré cuerda... y veremos. Pienso que sabemos bien lo que enseñamos, pero que nos falta brillo, lucimiento, y... ¡charlatanería! ¡Yo me daré cuerda!...

Y encargó libros nuevos de pedagogía, de esos que prometen cambiar, por arte de birlibirloque en sabios alemanes ó suizos, á cualquiera indizuelo ó á cualesquier ciudadanos rudos y ebenes; y vinieron los mágicos libros, y la pobre Luisa se metió en los laberintos de la psicología, en el belén ó en los belenes pedagógicos, y bebió hasta más no poder en la "Escuela Moderna Intelectual," vibrante y discretísimo periódico, la *ciencia de las ciencias*, sin la cual no hay, ni habrá, ni podrá haber, maestros de escuela. Genoveva, que aunque tímida y calladita, tenía *fufú*, se reía de los términos y dichos con que su hermana exornaba las lecciones y los discursos magistrales; reíase de buena gana á las

veces no sin contrariar á la joven; pero ésta decía:

—¡Tonta! ¿Te ríes de mi charla? Pues piensa que todo esto habrá de convertirse en tranquilidad y abundancia. Dejemos la rutina, dejemos de labrar el mismo surco, y tendremos alegría, comodidades, bienestar, y pan blanco en la mesa, y vestidos nuevos, y hasta sombrerillos muy lindos. Los *métodos modernos* serán nuestra salvación!

Así pasaron dos años. A fines del último, en los primeros días de Diciembre, época de exámenes, agotada en la Secretaría del Ayuntamiento la lista de las profesoras, faltando sinodales, un regidor tolerante y benévolo, pensó en las Miramontes. Hizo observaciones al señor Secretario, diciendo fatigoso y solemne:

—¿Esas?

—Sí ¡esas! ¿Por qué nó?

El señor secretario hizo un gesto, y murmuró:

—Como don Secundino.....

(Don Secundino era el Alcalde)

—Como don Secundino... no mira con buenos ojos á esas... señoritas que siempre andan entre frailes....

—¡Esas!—contestó imperiosamente el Regidor de Instrucción Pública.

—Pero.....—replicó el señor Trigos, que no quería faltar á los *deberes debidos* á su Alcalde, por quien perduraba en la Secretaría Municipal.

Las Miramontes fueron nombradas *para sinodar en los exámenes de la Escuela Municipal n.º 7 para Niñas*. Así rezaba el oficio, gallardamente escrito por diestro pendolista.

Y fueron al examen. Recibíolas con aparente alegría la profesora, una joven sibila, muy laboriosa y sabia, afectada á la medicina homeopática y al es-

piritismo; recibíolas con gran cortesía, pero las muchachas no tardaron en comprender que la presencia no era grata, porque eran... ¡mochas!

La profesora no las veía con buenos ojos. Ella era un *espíritu fuerte*; las Quintanilla eran... ¡*panáyoas!*

Disimularon las muchachas. Genoveva hizo de tripas corazón, pero Luisa, más serena y firme de nervios, dijo para sí:—“Ahora es tiempo!”

Llegaron tres profesores, tres maestros flamantes de la *Escuela Normal*, atiborrados de pedagogía, uno de los cuales no examinó á las niñas, sino que se lució repitiendo, *ad pedem litterae*, una lección del eminente pedagogo Carlos A. Carrillo—gloria de su Estado y de su patria, lección aprendida tres días antes, (pronto lo comprendió Luisita) en la *Reforma de la Escuela Elemental*.

El maestro terminó diciendo:

—Este es el método seguido en Alemania, y principalmente en Suiza, para la enseñanza de la geografía!

Tocóle entonces á la señorita Miramontes examinar de *lengua nacional*.

Hízolo bien la chica, de tal manera, que los hostiles profesores normalistas apesar de su exotérico saber, tuvieron que aplaudir; pero..... pero..... Genoveva no podía soportar el bombástico lenguaje de su hermana, aquel cechar términos y más términos, y el tecnicismo tan inoportuno y rebuscado de que hizo alarde la muchacha.

No pensaron así ni los normalistas ni el regidor que presidía el examen, sino que la aplaudieron francamente: ¡Qué adelantada que estaba! ¡Era natural! ¡Tenía tanto talento! ¿Por qué no las habían colocado en una escuela municipal? ¡Ya se enmendaría aquello!

Y el regidor, muy satisfecho, decía:

—Francamente, criatura, no creía yo que estuviera usted tan al tanto de los *métodos modernos*!

Uno de los profesores, don Ramón Abaco, agregó:

—¡Qué lástima que desde el principio no hubiera usted sido de las nuestras!

No sólo el saber y el talento de la chica eran causa de tales elogios, sino la hermosura de las dos hermanas, una y otra soberbias, tropicales, donairoas, de cabellos negros, de ojos más negros aún, rasgados, luminosos, subyugantes, opulentas de belleza, gentiles y tentadoras. Luisa robusta y lozana; Genoveva esbelta, cimbradora y ligera de talle como un juncó.

Desde ese día fueron declaradas inteligentes, ilustradas, prodigio de saber.

Tales fueron los elogios que les tributó el regidor, coreado por los señores normalistas, que la directora de la escuela, cuyas discípulas no estaban, que digamos, muy adelantadas, tembló por su empleo y creyó ver en el horizonte negras nubecillas, presagas de tempestad terrible.

Desde ese día dijeron en la supuesta sala de comisiones del Honorable, que las señoritas Miramontes, si continuaban estudiando con la misma aplicación los *métodos modernos*, serían, á no dudarlo, *unas* de las mejores profesoras con que habrían de honrarse el Municipio y el Estado.

Tales presagios y tales elogios fueron parte á que mermara la concurrencia en el Colegio de Santa Isabel de Hungría; envidias y rencoreillos, antes ocultos, estallaron contra las pobres niñas, y, á no ser porque el señor

cura, hombre de peso y de mundo, cerró sus oídos á chismes y perversas insinuaciones, las maestras se habrían quedado sin la subvención mensual.

Vivían muy difícilmente las Miramontes. Con Alejandro no había que contar: andaba en lio con una *suri-panta*, y cuanto ganaba en un juzgado de paz, donde le habían empleado, se lo gastaba con la sílfide, una morena de plasticidad superabundante, de tremendos ojazos, empeñada en prodigar no sólo en la escena sino en calles y plazas toda la sal de Andalucía, y el mozo no pisaba la casa de sus hermanitas, ni les daba un centavo.

—¡Vale más!— solía decir Genoveva.— Mejor que viva lejos de nosotras. Las nuevas y cariñosas simpatías que, gracias á la excelencia de los *métodos modernos*, se había conquistado Luisa, fueron benéficas en cierto modo. El jacobino contumaz que tantas perreñas dijera de ellas, desarmó sus cóleras olímpicas, y hasta les confió, apesar del nombre del colegio, la educación de sus hijas, dos chiquillas enclenques, con geta de mico, mal educadas y bravías, pero, eso sí, muy listas y precoces, y de las cuales quería sacar su padre un par de fuertes matronas, libres de todo prejuicio sectario, y emancipadas de preocupaciones religiosas. El jacobino no pagaba ni una peseta por la educación, de sus hijas, pero, en cambio, no cesaba de recomendar en el Cabildo á las señoritas Miramontes, *para la primera vacante*.

—Son un poquito santurronas... pero... ¡Todo es cuestión de tiempo! No debemos dejar que los frailes y los *mochos* nos arrebatan así mujeres como esas, tan intelectuales y guapas!

Se dijo que habría una vacante y para cubrirla fué propuesta, en cabildo

pleno, Luisita Miramontes, la cual se decidió á aceptar si era nombrada.

A la sazón celebróse en la Escuela Cantonal no se qué fiesta, más política que escolar, y el contumaz jacobino, el belicoso don Juan Jurado, indicó la conveniencia de que en la *proyectada solemnidad*, así lo dijo, fuese *oradora* Luisa. Se redactó el nombramiento; en él lució Trigos su habilidosa inteligencia burocrática, y Jurado y el Regidor de Instrucción Pública, fueron comisionados para entregar el pliego y para que en caso de vacilaciones por parte de la joven, la convencieran, y la *obligaran* á aceptar. Negóse la muchacha. —¡Qué sabía ella de discursos! ¡Si sólo de pensar que entraba en una tribuna sentía ansias mortales! Una mujer... (acaso no tendría ella razón) No era grato ver á una mujer en la tribuna. Además,—pensaba muy cautelosamente, *habrá* que vestirse debidamente... Ella no habría de ir á la tribuna á ponerse en ridículo. En cuanto á decir el discurso... ¡Eso era lo de menos! Tendría mucho miedo... iría temblando... pero á ella no le faltaban ni expedición ni bríos!"

Suplicaron y volvieron á suplicar los ediles; la joven, encendida y turbada, no sabía qué responder, no quería desagradar á sus amigos y protectores, pero sentía repugnancia invencible por andar en fiestas como aquellas, en las cuales, bajo el pretexto de ensalzar los méritos de un repúblico, se hacía política municipal para asegurarse en las poltronas edilicias, se disparataba que era un horror en materias de religión, y monjas y frailes eran puestos peor que chupa de dómine, porque, para gozar fama de ilustrados, era preciso darla de irreligiosos, de impíos, de ateos y de no creer ni

en la longevidad de los loros. ¡Qué cosas decían en aquellas *solemnidades* los *oradores* y las *oradoras*! ¡Si aquello no era ya asunto de opinar esto ó aquello, ni de política ni de jacobinismo, sino de mal gusto, de insufrible demencia, de ridícula charla digna de una casa de orates. ¡Qué iba á decir ella, ella que no sabía ni quería saber de política ni de rencores de partido? Respondió que no, que no, y que no; pero Jurado y su compañero insistieron del modo más cortés al principio, con vehemencia después, en seguida con cierta burlesca volteriana, suave, irritante, y á poco candente, como diciendo ó haciendo comprender á la joven, que no merecía la *estimación* que le dispensaban, la *protección* que le *impartían*, y la necesidad que tenía de aceptar el *honroso encargo* de dirigir la palabra á la *juventud escolar*, á la *juventud progresista*, flor que produciría pronto frutos fecundos; esperanza de la patria, la cual fiaba en ella el porvenir. No se olvidaron de decirle que... acaso... tal vez, sin duda, sus ideas políticas y religiosas le vedaban aceptar el encargo; que ya era tiempo de ello; que se dejara de santurronerías y de cosas de la pelea pasada; que los tiempos eran otros; que á todos los cultos restos del estado teocrático, debía suceder el culto de la ciencia; que no había más verdades que las experimentales; que la Reforma había exaltado á la mujer más que el Cristianismo, al presente vetusto, y por ende—por ende, dijo el buen Jurado—de capa caída; que el feminismo era el porvenir, que la *hembra* (¡cómo lastimó á Luisa tal palabra!) que la *hembra* sería *libre de preocupaciones y fanatismos, la reina del futuro*.

Mientras por tal manera charlaban

y chachareaban los ediles, Luisa pensaba en sus apuros y miserias; en los tres meses de casa que debían; en sus trajes marchitos, conservados con más cuidado que flor de invernadero; en el porvenir obscuro, negro, muy negro, pavoroso, como la entrada de una caverna. Vacilaba; pero al fin se resolvió á aceptar, y dijo:

—¿Cómo va á ser esto? ¿Qué sé yo de hacer un discurso? ¡Y mucho menos un discurso de estos!

—Y muy capaz que es usted—murmuró lisonjero y dulzarrón el Regidor de la Instrucción Pública, fijos los ojuelos satíricos en los ojos soberbios de Luisita, devorándola con la mirada é incendiado por la exuberante belleza de la joven.

Jurado se revolvió en la mecedora,

se atrizó el bigotillo cano, se pasó la diestra para domar la rebelde pelambre, y sonriente rompió diciendo entre locuaz y tartamudo:

—¡Luisita! ¡Luisita! *Ecco il problema*—como dice Dante en el "Hamlet"—¡Nada más fácil!... Yo le haré á usted el discurso, y usted habrá de leerlo admirablemente, con esa voz de plata que es en usted un presente del *Gran Arquitecto del Universo!*

Esto de la arquitectura, hizo reír á Luisa.

—¡Sí! ¡Sí!—interrumpió el de la Instrucción Pública subyugado por la sonrisa de la joven.

Esta calló, y... como quien calla, otorga,..... aceptó.

Tres días después, el once de Julio, vino Jurado con su discurso.

CAPITULO IV.

Sesión Borrascosa.

Había cabildo pleno. La atmósfera estaba cargada, y aunque los ediles conversaban afablemente, cualquiera, sin estar en autos, habría notado á poco de entrar allí, en aquel cuartucho desmantelado y lóbrego, llamado pomposamente por el Secretario Sala de Comisiones del H. Ayuntamiento—que la sesión sería tormentosa, porque, á pesar de la cordialidad edilicia, cierta reserva respecto del asunto principal del acuerdo, predominaba en todos los grupos. Se iba á tratar de algo importantísimo, de algo que forzosamente encontraría opositores, de quitar la dirección de la *Escuela n.º 7 para Niñas*, á la joven que hasta la fecha regenteaba el *plantel*. Hablábase del asunto en torno de la mesa del Secretario, una mesa con carpeta de panilla roja flecada de oro, mal arreglada, cubierta de mamotretos, minutas y legajos, y alumbrada por un quinqué de petróleo que lanzaba en torno suyo luz rojiza y pavorosa; se hablaba del asunto, y el secretario decía axfisiándose, entre acre y benévolo:

—Yo no me opongo á ello..... Se discutirá, se discutirá el punto y si conviene... Esa profesora no ha dado motivo de queja.....

—¡Sí que lo ha dado!—repetía el Regidor de la Instrucción Pública—que no se haya traído aquí esa queja... ¡es otra cosa! ¿Qué mayor motivo que el abandono en que está aquello? ¡Si es un horror! Además: seamos liberales, no liberales de nombre, liberales de veras..... ¡Ante todo la ley!..... Esta prohíbe la enseñanza religiosa en las escuelas, si, sea cual fuere, lo mismo la romanista que la protestante, lo mismo el espiritismo, que el culto de Budah!

—El espiritismo.... no es una religión!—murmuró alguno con expresión vemente....

—¿Pues qué cosa es?—contestó el de la Instrucción Pública.

—Una filosofía.

—Una filosofía... que acepta patrañas.

—Como las que aceptan los curas. Núm. 3.

y chachareaban los ediles, Luisa pensaba en sus apuros y miserias; en los tres meses de casa que debían; en sus trajes marchitos, conservados con más cuidado que flor de invernadero; en el porvenir obscuro, negro, muy negro, pavoroso, como la entrada de una caverna. Vacilaba; pero al fin se resolvió á aceptar, y dijo:

—¿Cómo va á ser esto? ¿Qué sé yo de hacer un discurso? ¡Y mucho menos un discurso de estos!

—Y muy capaz que es usted—murmuró lisonjero y dulzarrón el Regidor de la Instrucción Pública, fijos los ojuelos satíricos en los ojos soberbios de Luisita, devorándola con la mirada é incendiado por la exuberante belleza de la joven.

Jurado se revolvió en la mecedora,

se atrizó el bigotillo cano, se pasó la diestra para domar la rebelde pelambre, y sonriente rompió diciendo entre locuaz y tartamudo:

—¡Luisita! ¡Luisita! *Ecco il problema*—como dice Dante en el "Hamlet"—¡Nada más fácil!... Yo le haré á usted el discurso, y usted habrá de leerlo admirablemente, con esa voz de plata que es en usted un presente del *Gran Arquitecto del Universo!*

Esto de la arquitectura, hizo reír á Luisa.

—¡Sí! ¡Sí!—interrumpió el de la Instrucción Pública subyugado por la sonrisa de la joven.

Esta calló, y... como quien calla, otorga,..... aceptó.

Tres días después, el once de Julio, vino Jurado con su discurso.

CAPITULO IV.

Sesión Borrascosa.

Había cabildo pleno. La atmósfera estaba cargada, y aunque los ediles conversaban afablemente, cualquiera, sin estar en autos, habría notado á poco de entrar allí, en aquel cuartucho desmantelado y lóbrego, llamado pomposamente por el Secretario Sala de Comisiones del H. Ayuntamiento—que la sesión sería tormentosa, porque, á pesar de la cordialidad edilicia, cierta reserva respecto del asunto principal del acuerdo, predominaba en todos los grupos. Se iba á tratar de algo importantísimo, de algo que forzosamente encontraría opositores, de quitar la dirección de la *Escuela n.º 7 para Niñas*, á la joven que hasta la fecha regenteaba el *plantel*. Hablábase del asunto en torno de la mesa del Secretario, una mesa con carpeta de panilla roja flecada de oro, mal arreglada, cubierta de mamotretos, minutas y legajos, y alumbrada por un quinqué de petróleo que lanzaba en torno suyo luz rojiza y pavorosa; se hablaba del asunto, y el secretario decía axfisiándose, entre acre y benévolo:

—Yo no me opongo á ello..... Se discutirá, se discutirá el punto y si conviene... Esa profesora no ha dado motivo de queja.....

—¡Sí que lo ha dado!—repetía el Regidor de la Instrucción Pública—que no se haya traído aquí esa queja... ¡es otra cosa! ¿Qué mayor motivo que el abandono en que está aquello? ¡Si es un horror! Además: seamos liberales, no liberales de nombre, liberales de veras..... ¡Ante todo la ley!..... Esta prohíbe la enseñanza religiosa en las escuelas, si, sea cual fuere, lo mismo la romanista que la protestante, lo mismo el espiritismo, que el culto de Budah!

—El espiritismo.... no es una religión!—murmuró alguno con expresión vemente....

—¿Pues qué cosa es?—contestó el de la Instrucción Pública.

—Una filosofía.

—Una filosofía... que acepta patrañas.

—Como las que aceptan los curas. Núm. 3.

—¡Calma, señores! ¡Calma!— prorrumpió el Secretario, arreglando unos pliegos.

En eso de filosofías, todas, todas son religiosas, porque, como dijo... como dijo no sé quien, en el fondo de toda cuestión filosófica hay una cuestión religiosa,—siguió diciendo el de la Instrucción Pública. Es precisa quitar á esa profesora, y sustituirla por la señorita Miramontes, ó... por quien convenga.....

El secretario miró de hito en hito á su interlocutor, y dijo:

—Y usted, ¿por quién votaría si llegara el caso?

—Votaré, porque el caso llegó... por quien más convenga. Yo no llevo interés alguno en el asunto; como no sea el bien de la juventud estudiantil, no tengo otro móvil.

El Secretario volvió á mirarle de hito en hito.

—Usted piensa.....

—Yo no pienso... nada!

—Tiene usted razón.

El empleado no comprendió la frase.

—Lo que digo, ... es que la proposición de usted tendrá muchos opositores... La mayoría opinará en contra... Yo el primero.

El Regidor no pudo contenerse.

—Usted no opinará de manera alguna, porque no le corresponde semejante cosa..... Eso es asunto de los regidores.

El intruso calló humildemente, abochornado y mohino, recogió sus papeles, y el libro de actas, y se dispuso á salir.

El Alcalde, al verle entrar en la Sala de Comisiones, exclamó, y repitió en voz alta:

—Señores... ¡á sesión!

Todos fueron llegando en el salón de Cabildos. Era este una pieza larga y estrecha, deslucida ahora, y en años remotos mal pintada de aceite, simulando en torno, una arquería de jaspe. En el fondo dos espejos magníficos por el tamaño, espejos que adornaron un tiempo salones imperiales, ahora opacos, manchados, desportillado el marco, asentados en consolas del mismo origen y de la misma procedencia. Delante de los espejos,—lunas que decía el Secretario,—sendos candelabros de bronce ennegrecidos, y con unos cuantos prismas solamente; entre los espejos un dosel descolorido, bajo el cual estaba puesto un retrato de Hidalgo..... En las demás paredes, retratos de héroes y de personajes ilustres, todos debidos á pésimos pinceles: Morelos, Allende, Juárez, el General Díaz..... Junto al dosel, cerca del sillón presidencial, una bandera tricolor, manchada y desteñida. La mesa con un tapete rojo de terciopelo chafado y manchado de tinta, un tintero monumental é insertible, una campanilla rajada y dos candeleros con bugías encendidas.

Colocáronse los ediles en sus poltronas, tocó el Alcalde la campanilla y se abrió la sesión.

Trigos leyó el acta, una acta larguísima, fastidiosa, sofocante y que venía á ser como resumen de diez ó doce sesiones, pues el buen señor no podía dejar de consignar en ella todos los antecedentes de los asuntos.

Dióse cuenta, después de tres cuartos de hora pasados en tormento, de las «comunicaciones» de la Jefatura; en seguida de los *ocursos de particulares*, de algunos que se quejaban de las cuotas que les habían impuesto en las

nuevas tarifas, de otros que pedían pajas de agua, y no pocos que soliciaban adjudicación de *sobrados*, operación en la cual ciertos ediles hacían la olla gorda con aquel Cabildo que, por tradición y atavismo habría sido capaz de vender hasta el aire del Concejo, si enajenable fuese.

No hubo *dictámenes*, porque como ninguno de los ediles se permitía hacerlos, y todos eran obra del Secretario, éste no había tenido tiempo de mover su péñola gallarda, habilísima para los períodos rotundos.

Llegó el turno á las proposiciones. No se dió cuenta más que de una, la del Regidor Inspector de Instrucción Pública, referente á destituir á la directora de la Escuela número 7 para Niñas.

El proponente pidió la palabra.

Momento de suprema atención. El Secretario estaba trémulo, el Alcalde mohino y engastado; algunos regidores cuchicheaban en voz baja, hablando mal de sus compañeros; otros fumaban indolentemente como buenos árabes á la puerta de su tienda.

El señor Regidor habló largamente, é hizo ostentación de su elocuencia, de sus pedagógicos saberes, y de su celo indiscutible,—así lo dijo,—por la cultura pública.

Después de una larga introducción sociológica, pasó á decir, en frase vibrantisima, que la libertad era la haccedora de los grandes pueblos, y que ésta debía garantizar el respeto á todas las creencias religiosas; que la ley las respetaba, y que tocaba al Cabildo vigilar por ese respeto tan grande y patente en la vecina República, y al cual debía el Norte, no menos que á sus condiciones de raza, su auge, su esplendor y su preponderancia; que

profundamente apenado, había hecho la proposición de la cual se trataba; que la señorita directora de la Escuela en cuestión, por un error inexplicable, se olvidaba, á diario, del respeto que á la ley era debido, y llegaba no sólo á deprimir y criticar, muy acerbamente, las creencias de las alumnas, cuyos padres se habían quejado de ello repetidas veces, sino que llegaba hasta inculcarles doctrinas espiritísticas, lo cual estaba probado y comprobado; que por tanto se imponía la separación de dicha profesora, y como consecuencia de tal acuerdo, el nombramiento de otra igual ó más idónea, á fin de poner la supradicha escuela en las condiciones requeridas por la ley en cuanto á neutralidad religiosa, y conforme á la pedagogía moderna.

Y terminó con un párrafo sonoro y brillante en que hizo profesión de fe liberal y de liberalismo inquebrantable.

Como perros de presa saltaron dos regidores, disputándose el uso de la palabra.

Los escribientes, en pié junto á la puerta de entrada, seguían los pormenores de la discusión.

Habló de los ediles dos y tres veces cada uno; pero el proponente, más listo que ellos, seguro en sus estríbos, para todos tenía y tenía que le sobraba. Un grupo de ediles permanecía sereno; otro, el menor, cuchicheaba y hacía alarde de su victoria, murmurando por lo bajo que el Regidor de Instrucción Pública trabajaba *pro domo sua*, prendado de las señoritas Miramontes y, según fama, enamorado de una de ellas.

Habló el Alcalde, asesorado por Trigos, y habló grave y solemnemente, como correspondía á su alta representa-

ción idilicia. No había motivo para separar ó destituir á la señorita Acebal; la propaganda espiritística de que trataba el distinguido preopinante no era cierta; no se le ocultaba el objeto de la destitución, pero no estaba autorizado para decirlo; se decía, se sospechaba el fin, mas á él no tocaba decirlo, estando, como estaba, en la conciencia de todos; además... ¡iba á entregarse la enseñanza pública á personas de rancias ideas imbuidas en las creencias y prácticas de una religión decrepita y caduca! ¡Jamás! ¡Votaría en contra, porque así se lo ordenaba el deber, la confianza en él depositada por el pueblo que le había honrado con su voto, la protesta solemnemente prestada de guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes!"

Replicó el Regidor, diciendo: "que una exageración sectaria, tan intempestiva como dura, movía los labios del señor Alcalde, y le empulsaba á produ-

cirse con injusticia, haciéndole decir cosas incorrectas, como el negar lo referente á la propaganda espiritística, y á hacer de modo lamentable insinuaciones *poco* parlamentarias."—Y pidió votación nominal. Fué concedida, pero antes hizo pasar de mano en mano una carta de la cual se impusieron todos. Era una recomendación venida *de muy alto*, en la cual se recomendaba á las señoritas Miramontes para dirigir la *Escuela numero 7 para Niñas*.

—¡Ah! Esos son otros López!—exclamó el Alcalde.

Trigos alzó los hombros, como diciendo: ¡Qué se ha de hacer!

La señorita Acebal fué separada de la escuela, y... nombrada para dirigir el plantel Luisita Miramontes.

"Y no habiendo otro asunto de que tratar, se levantó la sesión, á horas que eran las nueve y cuarto de la noche."



CAPITULO V.

El venticello.

"El Boletín Municipal," periódico de *actas, noticias estadísticas, convocatorias y avisos fiscales*, era papel que andaba con pasos de tortuga. A cargo y bajo la acertada dirección de Trigos salía con toda regularidad cada quince días, pero retrasado varios meses por no sabemos qué causa, labores de la imprenta ó falta de papel, publicaba en junio las actas y noticias de enero, merced á lo cual en Villatriste nadie sabía los acuerdos del Ayuntamiento sino medio año después de tomados, como no se trataba de impuestos, lo cual era comunicado á los causantes, y muy oportunamente, por el Tesorero Municipal. Por eso el buen Trigos solía decir que el retraso de su periódico era benéfico, porque servía para evitar comentarios, disputas y chisme en la ciudad respecto á las resoluciones y acuerdos del Cabildo. Ciertamente: así pasó que nadie supiera ni hablara de la construcción de un palacio municipal, ni de ciertas condonaciones hechas en favor de persona conspicua, más y más rica cada mes, y

siempre deudora de impuestos al erario de Villatriste; ahí nadie tuvo noticia de ciertas concesiones de agua para fuerza motriz, hechas por medio ciento de pesos anuales á los empresarios de una fábrica de tejidos de algodón, ni llegaron á darse cuenta los vecinos de que por el agua necesaria para dar movimiento á un molinito de maíz, pagara el molinero lo mismo que pagaban los dueños de una instalación que se preciaba de tener ochocientos caballos de fuerza, con lo cual tenían para dar y vender á otros industriales.

No era tiempo de que *El Boletín* hablara del nombramiento de la señorita Miramontes, y por eso no dijo nada, lo haría en julio ó en agosto, á su tiempo y en su oportunidad, que si para algunos era tarde, en cambio no tendrían platillo que gustar los enemigos de la Administración.

Pero dijolo *El Heraldo de Villatriste*, y debido es confesar que todas las gentes sensatas celebraron la destitución de la señorita Acebal y el nombramiento de la señorita Miramontes.

Corrió la nueva con la velocidad del relámpago, desde los billares de Gómez hasta el barrio de los Cedros, desde la casa de las Quintanilla y la tienda de don Patricio Terreros hasta la sacristía de la Parroquia.

El famoso discurso de Luisita, digamos mejor el de Jurado, no agradó a muchos de los pocos que le oyeron. Estos salieron diciendo de él lo que entendieron y algo más: que era impío, jacobino, rojo, decían unos; que era elegante, elocuentísimo, decían otros.

En el medio piadoso de las gentes devotas, entre las socias de la Vela Perpetua, del Apostolado de la Oración y de la Asociación Católica fue, aunque no oído, comentado de mil maneras, todas enderezadas a desaprobar la conducta de Luisita. ¡Qué cosa tan fea! ¡Qué desagradable eso de que la profesora de un instituto católico, como el "Colegio de Santa Isabel de Hungría," sostenido, (sostenido deofan) por las familias católicas, anduviera en tribunas políticas ¡y qué tribunas! haciendo la apología de Juárez y de la Reforma. ¡Aquello era intolerable! Ya pondría remedio el señor Cura... Pero, bien considerado el caso, el Cura tenía la culpa de todo, sí, él... ¿Quién si no él? Mil y mil veces se lo habían dicho: "Padre, no se fie usted de las Miramontes! No inspiran confianza ni pueden inspirarla. ¡No ha oído usted á Luisa lo presumida y charlatana que está desde que se ha metido á estudiar, como ella cuenta, los métodos modernos! El hermano es de la cáscara amarga; un perdido que no tiene por donde el Diablo lo deseche; es hombre de malas costumbres y de peores ideas; no es útil á sus hermanas, para nada les sirve, como no

sea para llevarles malos libros y perwersas doctrinas. Y el sacerdote alzaba los hombros, hacía un gesto y decía:

—¡Paciencia! ¡Paciencia! ¡Dios sabe lo que hace!

Las beatas se retiraban disgustadas, y más disgustada que las demás doña Mónica Ferreira, la cual quería para ella y para susobrina el famoso colegio que regenteaban las Miramontes.

Cuando se supo el nombramiento de Luisita, y se tuvo noticia, por algún Regidor indiscreto, de las borrascas del Cabildo, charlóse de todo en la tertulia de las Quintanilla.

—Vivir para ver!—exclamó Leonor. ¡Quién se lo iba imaginar! ¡A qué hay gato encerrado!

—¿Qué gato ni qué gata!—dijo desde su asiento don Antonio.—Ten la lengua, Leonor. ¡Qué haré yo para que no hagas malos juicios?

—Piensa mal... y acertarás—respondió la joven.

—Y qué te va á tí, en acertar ó no acertar?

—¡Ay, papá! De las cosas públicas todos podemos hablar á nuestro gusto.

—Pero figúrese usted, hija:—proseguía doña Mónica, silabeando las palabras y cruzando sobre las rodillas las puntas del pañolón—qué diría Carmen, la madre de esas niñas, ella que era tan buena, (porque de veras era excelente mi comadre) si viera á sus hijas en estas andanzas... ¡Luisa metida á liberala, discursando en tribuna el 18 de julio, y lo que es peor, diciendo impiedades y blasfemias... Como que dicen que aquella boquita parecía la boca de Satanás!

—No dijo ni blasfemias ni impiedades, Mónica!—saltó diciendo don An-

tonio... ¡Nada de eso...!—Y Leonor.—¿qué dijo cuando supo que agregó atento á la partida: les habían dado la escuela á las Miramontes?

Pepito... ¿Me como la Reina? —Pues eso se cuenta!—siguió en su invectiva doña Mónica—y yo fui la primera en ir á decirselo al señor Cura.

—En lo cual hizo usted mal!—contestó Carolina.

—¿Mal? ¿Por qué? ¿Les parece á ustedes justo que los buenos cristianos, los católicos, gasten su dinero en sostener un colegio, como ese que dirigían las Miramontes, para que estas pararan en lo que han venido á parar? ¿Qué diría Carmen si viviera?

—Diría...—respondió secamente don Antonio, torciendo un pitillo—diría...

—Vamos: ¿qué diría? —Que sus hijas tienen que ganarse de alguna manera el pan de cada día.

—Diciendo discursos? —No; pero sí desbravando chiquillas...

—Que aprendan de mi pobre Magdalena, que enferma como está, se gana muy decorosamente la vida!

—¿De lo cual me alegro, Mónica!—exclamó sentenciosamente don Antonio... ¡Al Rey!

—Pero ahora—dijo Pepe López, retorciéndose el bigotillo, fija la vista en el tablero,—ahora ya dejaron el Colegio... Ya las tiene usted en la escuela.

—¿Quién está ahora en el colegio?—preguntó Rosita.

—Yo lo quería para Magdalena... pero el señor Cura lo había ofrecido ya á no sé quién. ¡Ah! ¡sí! á una joven de Pluviosilla, recomendada de las Collantes.

—¿Y qué dijo el señor Cura?—preguntó á doña Mónica la parlanchina

—¿qué dijo cuando supo que les habían dado la escuela á las Miramontes?

—¿Qué había de decir! ¡Tiene una pasta el señor Cura! ¡Es una alma de Dios! ¡Qué creen ustedes que dijo! ¡A que no se lo imaginan! *Que Dios hace renglones derechos con puntas torcidas! ¡Que Dios sabe lo que hace!* ¡Con eso sale siempre!

—Pues diga lo que quiera el señor Cura... Lo que digo yo—siguió charlando Leonor—es que en esto hay gato encerrado. ¿Quién será él?

—¿El?—exclamó Rosita, como espantándose de lo que iba á escuchar.

—¿Pues quién ha de ser!—apresuróse á contestar la beata—¿quién? El masón ese de don Juan Jurado.

—¿Si es un viejo incapaz de poner tentaciones!

—Sí, hija; ni quien diga que nó, concedo; pero... también, no me lo negarás, incapaz de no consentir en ellas.

—Eso sí. —Pero... según dicen (yo no lo aseguro, pero así dicen) hay otro interesado, del Ayuntamiento.

—Jurado no es Regidor... —Pero el otro sí... es el Inspector de las escuelas!

—¡Ah! ¡Acabáramos! ¡Luis Gamboa! ¡Luis Gamboa, como quien dice: *quantos y paltó!* Ya comprendo... si desde el baile de compadres se le inclina á Luisita; ella me lo dijo, ella... ¡Buena pieza que es el don Luisito! ¡Buena alhaja! Y como tiene sus dineritos, y pronto heredará, tarde que temprano será correspondido, y tendremos boda, y baile, y Luisa habrá de ser la señora de Gamboa. Y, en obsequio de la verdad, ¡no es cierto, Pepe!

—¿Qué?—dijo el mozo.—Cero y van

tres... Este es el tercer juego que he perdido esta noche! ¿Decía usted, Leonor?

—¿No es cierto que Luis Gamboa es un guapo chico?

—Sí, hasta sin guantes y sin palló.

Levantóse Pepe y vino al estrado.

—Es simpático, sin duda; —prosiguió—pero no le faltan sus peros y... sus perejiles.

—¡Por Dios, Pepe!

—Es la verdad, nadie lo ignora. Pepe no bebe... pero juega.

—Como todos los varones de esta tierra

—Menos yo.

—Será usted el que menos... pero juega.

—¿En qué se ha de pasar el tiempo? ¿En qué gastar las horas como no sea en chismear y en jugar?

—Por eso decía en cierta ocasión Ernesto Carriles, que en Villatriste mientras los hombres juegan, las mujeres chismeau.

—Y todo es desplumar! —agregó sentenciosamente don Antonio desde su asiento, guardando los trebejos.

—¿Dice usted lo del chisme... por nosotras?...

—No, Carola; Dios me guarde de ello. Luis es un buen chico, excelente amigo, juega... un poquito, pero con buena suerte. Noche á noche se lleva los cuarenta y los cincuenta duros.

—¿Y en cuanto á perejiles? —preguntó vivamente Leonor.

—Así, así... Vamos: que le gustan las hijas de Eva... Preciso es confesar... que no tiene mal gusto, cuando las tales... son hermosas. Una que yo conozco no es nada fea.

—¡Cállese por Dios! —se apresuró á

decir doña Mónica ¿Qué necesidad tenemos de saber vidas ajenas?

—Señora, si no voy á decir nada malo!

—¿Pues qué va usted á decir?

—Que es muy guapa... una que yo conozco. Vea usted, parecida á Leonor; así, alta, esbelta, de ojos negros, de cejas tupidas, de largas y rizadas pestañas.

—¿Qué nos cuenta usted! —exclamó la joven sonrojada.

—¿De veras?

—No, doña Mónica! —exclamó Leonor.

—Me alegro, hija, me alegro! Ese hombre no te conviene; no puede venirte.

—Crealo usted, doña Mónica.

—Sí, porque, si supieras... allá por mi casa... á la vuelta... Te lo dijera, hijita por lo que pudiera venirte... Allá por mi casa tiene sus quebraderos de cabeza: una tlacotalpeña, una trigueña muy salerosa, muy aseadota, de color de canela, si de color de canela, como dice la canción esa que nos cantó aquella vez Paquito Redondo.

—Embustes, doña Mónica!

—¿Embustes? ¿Y los chiquitines?

El menorcito como de tres años; el otro como de cinco, y la niña que está en mantillas.

—¡Por Dios, doña Mónica! —se apresuró á exclamar cómicamente Pepe López. ¿Qué necesidad tenemos de saber vidas ajenas? Para saber vidas ajenas! el Año Cristiano.

—Conste que usted inició el tema. Además, cuando se debe, no hay por qué callar las cosas. Por sí ó por no, conviene que lo sepa Leonor. Ya sabe usted cuánto quiero á estas muchachas!

Don Antonio salía en aquel momento de su recámara, y volvía á la tertulia, y la conversación se fué por otro rumbo.

Sop'aba grato vientecillo que movía levemente, al pasar por la sala, los visillos de las vidrieras, y traía el aroma de los jazmines y del huelle de no-

che. En el cielo sembrado de nubecillas blancas, bogaba plácidamente la luna.

—Hijas, van á dar las once y es preciso volver á casita. He de levantarme muy temprano...; Mañana es viernes primero y tengo que comulgar.

CAPITULO VI

AMOR, CHE NULLO AMATO AMAR PERDONA.....

¿Qué había pasado? Casi nada: Cierta noche, en un baile, en una fiesta de navidad, de las mejores y más recordadas en Villatriste, á la media noche, cuando el champaña se desbordaba en las copas, cuando las flores de la mesa principiaban á marchitarse, cuando los acordes del vals, desarrollándose en espiral magnífica, llenaban el recinto, y había alegría en todos los corazones y olvido de las penas en todas las almas... Gamboa no había bailado ni una pieza, y permanecía en el corredor de charla con el Jefe Político y con unos hacendados que no cesaban de hablar respecto á la próxima cosecha de café. De pronto se llegó á ellos el anfitrión y les dijo: "Caballeros: vamos á la mesa. Dignense ustedes elegir compañera. El Jefe Político fué en busca de la dueña de la casa, los agricultores, personas graves y sesudas, eligieron sendas señoras mayores, y Luis entró en la sala sin saber á quién habría de ofrecer el brazo.

La música llenaba el espacio con un aire andaluz, y las campanas de

Villatriste repicaban á más y mejor, saludando el nacimiento del Cristo.

Malhumorado estaba Luis Gamboa y no había querido entrar en la sala. Sentíase abrumado de tedio y cansado de la vida. La fiesta de Navidad regocija las almas, enciende los espíritus y hace pensar en la plácida tranquilidad doméstica. Todos se disponían á divertirse en la propia casa ó en la ajena. El no tenía hogar. Los años de su mocedad turbulenta le habían apartado de la vida doméstica y de su familia, la cual se componía de dos hermanas entonces solteras, y de un niño delicado y enfermizo que pronto voló al cielo. El mancebo deseaba libertad y vida franca; le pesaban los deberes ineludibles del hogar, y pronto campó á su gusto y por su cuenta, fuese á vivir sólo en una casita por el dispendio y con las comodidades que demanda impetuosa soltería.

Una criada que cocinaba bien, y un caballerango, chico arrestando, guapo y valiente, bien puesto á caballo y donairoso en el vestir fueron desde enton-

ces su servidumbre. Viviendo solo y de tal manera nadie se enteraba de sus actos, entraba y salía cuando le daba la gana, y trasnochaba á su gusto sin que las hermanas le dijeran, como antes: "Luis: ¿á qué hora llegaste anoche? ¿Dónde andas á deshora? Mira que eso no está bueno; te puede hacer mal. No seas loco: ¡Nadie tiene comprada la salud!"

Y así vivía desde muchos años. El niño se murió, las hermanas se casaron, y cada cual se fué con su marido: una á Villaverde, la otra á Guadalajara, ra

El caballero don Luis pensó mil veces en dejar la tierra natal, é irse á Méjico, teatro más amplio para hacer fortuna, pero algo misterioso le tenía agarrado en el terreno. No eran sus bienes, saneados y productivos, cuya administración podía ser confiada á gente idónea, ni menos la vida de provincia, más fastidiosa en Villatriste que en cualquiera otra parte, ni los amigos, troneras casi todos, y el que más el que menos, delapidador de la propia hacienda, sino algo que en la Capital no encontraría, la sencillez de las costumbres y el conocimiento de las personas, y—mentira parece, dado el carácter del muchacho—el campo que era para él, sin que de ello se diera cuenta, encanto para los ojos y salud para el cuerpo. Se fastidiaba, es cierto, en Villatriste; se pasaba las horas en el billar ó en cualquier mentidero (que allí sobran) y distraía sus veladas jugando con algunos amigos. Las faldas eran su debilidad, mas para eso el tiempo no faltaba. Se fastidiaba, es cierto, pero tales fastidios estaban compensados con los placeres hípicos en las haciendas próximas, con alguna que otra cacería. Gusta-

ba de los buenos caballos, tenía los excelentes, y era de verle en ellos en rica montura, vestido el pintoresco traje nacional: el pantalón claro, ceñido, cortado á la perfección; la chaqueta gallarda; flotante la corbata de seda, y al delgairé, con aristocrática y sobria galanía el sombrero bordado de oro. Muy turbulentos que fueron para Luis los años corridos entre los veinte y los treinta, pero ó los veintiocho fué asentando cabeza, se robustecieron en él juicio y reflexión, y el mozo disipado, que no lo fué nunca en demasía, dióse á trabajar para ver acrecentada su fortuna; dejóse de parrandas y juergas, y aunque no dejaba de concurrir en el billar con sus amigos, se hizo merecedor á la estimación de las principales personas de Villatriste. Entonces se dió cuenta de su vida, del aislamiento en que vivía, de la soledad y abandono de su casa, y suspiró anhelante por los goces de la familia, y por la paz doméstica. Y este anhelo no procedía de cansancio, ni de haber gastado con exceso energías físicas y morales en las juveniles andanzas; no; procedía de cierto fondo de nobleza y de generosidad ingentes en el alma del mozo. Era el primero entre la juventud de Villatriste, y más de un papá le deseaba por yerno, y más de una moza le miraba con ojos mortecinos.

Luis no era guapo, precisamente guapo, pero cuando vestía de charro no había otro como él en Villatriste. Preciso es confesar que con el traje de *catrin* no era modelo de elegancia; que carecía de cultura, y que, aunque listo y de palabra fácil, comprensivo y de inteligencia viva, distaba mucho de tener para las damas el lenguaje atractivo que arrastra, seduce y enca-

dena. La falta de estas prendas, difíciles de adquirir en Villatriste, carencia que Luis se tenía conocida y lamentada, y que acaso era para vivir en Méjico lo que más temía, le aislaba en la ciudad nativa del trato diario, constante y eficaz con el bello sexo, y le habían arrastrado á los diez y ocho años por el camino del apartamiento, confinándole en billares y cantina, condenado á tratar con perduleros, calaveras y gente del trueno. Mentira parecerá, pero nada más cierto: á los treinta y un años Luis no contaba una novia, y sí varios amorios con mujercillas y mujerzuelas de clase inferior; amorios fútiles ó vergonzosos. Ni un solo sentimiento noble, ninguna ilusión generosa habían hecho palpitar aquel corazón sano, de salud tan robusta, que ni la vida tormentosa de la primera juventud consiguiera gastar y corromperle. ¡Qué mucho que Gamboa lamentara lo que él, hablando consigo mismo, llamaba su desamparo, y gozando de comodidad y bienestar, sin deudas ni deudores, distinguido y estimado por muchos, indiferente á pocos, se sintiera triste y cansado de vivir, cuando precisamente vivir era lo que más necesitaba, pero vivir vida mas alta, más pura, menos prosaica. Presentía afectos ideales y ansiaba fijar su afecto en quien mejor lo mereciera. "No soy malo,—se decía,—no soy malo, y si se me perdonan ciertas faltillas, desfallecimientos de virtud, errores juveniles, y más que otra cosa consecuencia del fastidio de la vida en Villatriste, bien merecía el amor de una mujer de mérito, que le amara con toda el alma, á quien ofrecía gustoso fortuna, nombre y libertad. Esa noche había asistido á la fiesta porque no

sabía qué hacerse, como no fuera correr parranda con algunos troneras, beber con ellos hasta quedar ebrios, jugar y gastarse unos cientos de duros. Y prefirió irse al baile, presintiendo algo grato, algo que fuera como brisa de esperanza, soplo de felicidades próximas, hallazgo feliz de la mujer desconocida, por quien vivimos anhelantes, sin poder encontrarla, y que, cuando la vemos, se nos escapa como una sombra.

Llegado á la fiesta no quiso entrar en el salón. ¡Para qué! ¡Qué podía encontrar, allí, que no le fué conocido! Prefirió matar el tiempo charlando con el Jefe Político y con los cosecheros, hablar de cafetales y de ganados, de ranchos y de haciendas, de la alza y de la baja del café. Y mientras oía á sus amigos hondo fastidio, se apoderó de su alma, y sintió deseos de morir. Todos estaban contentos, menos él. Cuando se vió obligado á ir al salón para llevar á la mesa á alguna de las señoritas, díjose al entrar: "¡Á quién!" La primera á quien vió fué Leonor Quintanilla, que estaba hermosísima, encantadora ataviada con gusto y sencillez... Pero Leonor era temible... Fama tenía de cortadora, lenguaraz y burlista, y á decir lo cierto, Luis le tenía miedo. Estuvo el joven á punto de ofrecer su brazo á otra señorita, pero esto habría sido muestra de incivildad y descortesía. No hubo remedio: acercóse á Leonor, la saludó y la invitó para ir á la mesa. Aceptó la muchacha, y se levantó á lucir su gallardía, la esbeltez de aquel talle cimbrador y elegante. Estaba Leonor en uno de esos ratos serios,—en ella rarísimos—y acogió á Gamboa con una sonrisa de simpatía, y no tuvo para él más que pala-

bras serias y frases y expresiones afebles.

Leonor al ver á su caballero pensó: "¡Cuánto mejor está Luis en traje de charro! Viste bien; pero esta ropa no le sienta..." Gamboa, á su vez, díjose quedito, como si temiera que es cucharán su pensamiento: "¡Qué linda que esta la Quintanilla!"

En uno de los corredores, decorado con ramas de pino, *parlle*, musgo, escarcha deshecha y farolillos venecianos, estaba improvisado el comedor. No brillaba la mesa, cubierta en abundancia, con platillos refinados ni con elegancias francesas, no, pero estaba dispuesta con gusto y con adornos propios del día, gramas y musgos fragantes, helechos que parecían de seda, flores de nuestros campos para las cuales no hay invierno, y minúsculos farolillos y parasoles japoneses, los primeros colgantes en el extremo de largos finísimos popotes, y unos y otros, clavados en las fuentes colmadas de buñuelos, emparedados y rosquillas de almendra. Allí la ensalada del día, multicolor é incitante, donde entre la verde lechuga inverniza, los gajos de naranja tempranera y las rodajas de alabastrina *jicama*, ardía la doble púrpura de las remolachas sanguinosas; allí el *bobo*, joya de los reos veracrunos, sueño de gastrónomos y platillo de reyes; allí las jelinatas límpidísimas, ocultando en el centro ramos frondosos de azahar; allí el pavo relleno, engalanado con picadillo de huevo y perejil; allí la lengua roja, cortada en lonjas y extendida sobre menuda é incitante escarola. La luz de seis candelabros daba transparencia á las garrafas antiguas de cristal dorado, dejando ver á sus reflejos los marbetes del jerez, del malva-

llía y del oporto, y prendiendo fulgores de platino ó de oro viejo en las rabecitas emplomadas de las botellas de champaña y notas de granate luminoso en las jarras de cristal llenas de burdeos. Sin duda: á que en aquello había andado la mano de las Quintanillas, tan habilidosas y bien hechas para todo.

Reía la mocedad regocijada y festiva, á los acordes de un paso de plaza que hacía evocar á todos siluetas de toreros y de manolas, y traía á la mente capaz de lidia y floridos mantones de Manila.

Era malo el servicio, como suele ser en provincia, y particularmente en Villatriste; los criados eran pocos y no se daban á basto, lo cual fué causa de que galanes y caballeros, se viesen obligados á no atender á las damas como era de rigor Luis y su compañera tomaron asiento en sitio apartado, en torno de una mesita que estaba en un extremo del comedor, bajo las enramadas de fragante abeto, por las cuales parecían precipitarse en cascada centelleante escarchas de oro y estrellas de plata.

En derredor de la mesa principal, tomaron asiento señoras mayores, y caballeros grovedosos, y algunas pollas en boga con los cortajos de ordenanza.

La conversación de aquella pareja solitaria fué al principio natural y sencilla. Hablaron de la fiesta, inusitada en Villatriste; de la concurrencia tan escogida; del gracioso adorno de la sala; de lo bien dispuesto de aquel comedor, de la hermosura de la noche engalanada por la luna, sin que amenazaran brumas ni *chipichipi*. Leonor se mostró prudente, juiciosa, cauta de palabra, y un tanto temerosa de su

compañero, á quien tenía por muy satírico y lenguaraz, desde que supo que había dicho cierta vez, en un corrillo, que las Quintanillas eran "ene migas de la cronología," mostróse dulce, afectuosa, simpática y jovial.

Luis también estaba receloso de su compañera, de quien era fama—y no inmerecida—que era muy cáustica y burlona; que á nadie perdonaba, y que era capaz de cortar un sayo al mismísimo lucero del alba. Pronto pudo estimar la joven la bondad de su caballero; bien pronto se dió cuenta de su timidez, nacida de la falta de trato. Y no era escaso de palabras el joven, pero hablaba sin resolución ni brío. "Este—pensó Leonor—sería más afable y más cortés si tuviera más trato; necesita dejar el pelo de la dehesa; ¡De buena gana me encargaría de civilizarlo! ¡De mil amores... le educaría yo! ¡Es guapo, simpático...! Y de charro, más guapo que así con la estorbosa levita!" Leonor hizo más franca y donairosa su charla, salpicándola con juicios muy serios acerca de personas y de cosas, segura de agradar á Luis, en cuyo fondo descubría cierta gravedad meritísima. El joven estaba encantado de su compañera; fuése animando poco á poco, y no tardaron en llegar á lo más dulce y placida confianza. Al servir el champañ, Luis levantó su copa, sin decir palabra, por la salud de su amiga. Esta parecía distraída en aquel momento, y tanto, que fué preciso que Luis dijera: "Señorita: ¡á la salud de usted!"

—¡Usted perdone! —exclamó la jo-

ven, y luego, sonriendo, correspondió al brindis.

—¡En que pensaba usted, Leonor!

—En nada, —respondió.— ¡Soy así!

Luis no insistió.

No bailaba jamás en bailes principales. Además, tiempo hacía que se había retirado de tales fiestas. Temía no ser un danzador tan hábil como fuera preciso, y en fiestas de ese género permanecía retirado, de charla con los amigos. Pero esta vez se dijo: "¡Ahora sí! y pidió á Leonor la primera pieza que se bailara al volver al salón.

—¡Esa y otras! —respondió la joven vivamente.— Yo nunca las comprometo todas....

Quedó Luis satisfecho, y levantándose, ofreció á Leonor un par de gardenias de las muchas que adornaban la mesa.

Los músicos preludiaban un vals en boga. La orquesta del maestro Olesa venida exprofeso de Pluviosilla, hacía gala esa noche de cuanto más selecto tenía en su repertorio.

La concurrencia iba regresando al salón, donde algunas parejas esperaban á otras para seguir bailando. Cuando Leonor y Luis, —con sorpresa de todos—se lanzaron en el torbellino embriagador del vals, el joven, antes triste y deososo de morir, dióse cuenta de que la vida era grata, de que en ella había algo que valía más, mucho más, que la afición á los caballos, que las partidas de tresillo y de pocker y los amoríos vergonzosos, en los cuales, como dice altísimo ingenio va dejando el hombre, como en zarzas del camino de la vida, pedazos del corazón....

CAPITULO VII

Nocte pluit tota.....

Española mañana. Había llovido toda la noche, y á la madrugada se despejó el cielo. Vientecillo arrasante limpió los espacios, llevándose brumas y nublados hacia las cumbres que circundan á Pluviosilla. El sol surgía magnífico en un piélago de granay el aspecto del celaje era sangriento. En las cimas orientales flotaban unas cuantas nubes que parecían cadejos de oro, bogando en linfas glaucas. Del fondo de las barrancas en cuyo fondo corría el Albano estruendoso y espumante, se levantaban blancos vapores, y brisa leda y perfumada movía en suaves columpios, frondas, palmas y cañas de maíz, haciendo tremular en lo alto de las regias gramíneas airosos banderines.

El conchito daba á los vientos, allí y allá su grito vibrante; gorjeaban en las espesuras primaveras y mirlos, y las calandrias saltando en los ramajes piaban amorosas. El río rezonaba distante bajo su manto vaporoso, y en la menuda esmeragdina grama titilaba el rocío.

Luis regresaba de su rancho, donde había permanecido varios días después de la fiesta de Navidad. Volvía de mañana, contra su costumbre de todos conocida, sin haberse cuidado de las faenas agrícolas ni de señalar trabajo á los peones. No sabía qué cosa le llamaba en Villatriste, ningún negocio reclamaba su presencia en la muerta ciudad, y sin embargo algo tenía que hacer allí. Había estado inquieto, distraído, falto de atención, sin prestar oído á cuanto le decían sus vaqueros acerca de una punta de ganado recién llegado de la Costa para ser agostada en el potrero de la *Jicara*, el mejor de todos. Durante el tiempo que permaneció en el rancho, durante aquellos días de inexplicable inquietud, complacióse mil y mil veces en contemplar la frondosidad de los cafetales, la esbeltez de los *otates*, el verdor de las dehesas y hasta la grácil belleza rústica de las florecillas que esmaltaban los surcos ó engalanaban los setos. Horas y horas se estuvo contemplando un floripondio cargado de flores que frente á

compañero, á quien tenía por muy satírico y lenguaraz, desde que supo que había dicho cierta vez, en un corrillo, que las Quintanillas eran "ene migas de la cronología," mostróse dulce, afectuosa, simpática y jovial.

Luis también estaba receloso de su compañera, de quien era fama—y no inmerecida—que era muy cáustica y burlona; que á nadie perdonaba, y que era capaz de cortar un sayo al mismísimo lucero del alba. Pronto pudo estimar la joven la bondad de su caballero; bien pronto se dió cuenta de su timidez, nacida de la falta de trato. Y no era escaso de palabras el joven, pero hablaba sin resolución ni brío. "Este—pensó Leonor—sería más afable y más cortés si tuviera más trato; necesita dejar el pelo de la dehesa; ¡De buena gana me encargaría de civilizarlo! ¡De mil amores... le educaría yo! ¡Es guapo, simpático...! Y de charro, más guapo que así con la estorbosa levita!" Leonor hizo más franca y donairosa su charla, salpicándola con juicios muy serios acerca de personas y de cosas, segura de agradar á Luis, en cuyo fondo descubría cierta gravedad meritísima. El joven estaba encantado de su compañera; fuése animando poco á poco, y no tardaron en llegar á lo más dulce y placida confianza. Al servir el champañ, Luis levantó su copa, sin decir palabra, por la salud de su amiga. Esta parecía distraída en aquel momento, y tanto, que fué preciso que Luis dijera: "Señorita: ¡á la salud de usted!"

—¡Usted perdónel! —exclamó la jo-

ven, y luego, sonriendo, correspondió al brindis.

—¡En que pensaba usted, Leonor!

—En nada, —respondió.— ¡Soy así!

Luis no insistió.

No bailaba jamás en bailes principales. Además, tiempo hacía que se había retirado de tales fiestas. Temía no ser un danzador tan hábil como fuera preciso, y en fiestas de ese género permanecía retirado, de charla con los amigos. Pero esta vez se dijo: "¡Ahora sí! y pidió á Leonor la primera pieza que se bailara al volver al salón.

—¡Esa y otras! —respondió la joven vivamente.— Yo nunca las comprometo todas....

Quedó Luis satisfecho, y levantándose, ofreció á Leonor un par de gardenias de las muchas que adornaban la mesa.

Los músicos preludiaban un vals en boga. La orquesta del maestro Olesa venida exprofeso de Pluviosilla, hacía gala esa noche de cuanto más selecto tenía en su repertorio.

La concurrencia iba regresando al salón, donde algunas parejas esperaban á otras para seguir bailando. Cuando Leonor y Luis, —con sorpresa de todos—se lanzaron en el torbellino embriagador del vals, el joven, antes triste y deososo de morir, dióse cuenta de que la vida era grata, de que en ella había algo que valía más, mucho más, que la afición á los caballos, que las partidas de tresillo y de pocker y los amoríos vergonzosos, en los cuales, como dice altísimo ingenio va dejando el hombre, como en zarzas del camino de la vida, pedazos del corazón....

CAPITULO VII

Nocte pluit tota.....

Española mañana. Había llovido toda la noche, y á la madrugada se despejó el cielo. Vientecillo arrasante limpió los espacios, llevándose brumas y nublados hacia las cumbres que circundan á Pluviosilla. El sol surgía magnífico en un piélago de granay el aspecto del celaje era sangriento. En las cimas orientales flotaban unas cuantas nubes que parecían cadejos de oro, bogando en linfas glaucas. Del fondo de las barrancas en cuyo fondo corría el Albano estruendoso y espumante, se levantaban blancos vapores, y brisa leda y perfumada movía en suaves columpios, frondas, palmas y cañas de maíz, haciendo tremular en lo alto de las regias gramíneas airosos banderines.

El conchito daba á los vientos, allí y allá su grito vibrante; gorjeaban en las espesuras primaveras y mirlos, y las calandrias saltando en los ramajes piaban amorosas. El río rezonaba distante bajo su manto vaporoso, y en la menuda esmeragdina grama titilaba el rocío.

Luis regresaba de su rancho, donde había permanecido varios días después de la fiesta de Navidad. Volvía de mañana, contra su costumbre de todos conocida, sin haberse cuidado de las faenas agrícolas ni de señalar trabajo á los peones. No sabía qué cosa le llamaba en Villatriste, ningún negocio reclamaba su presencia en la muerta ciudad, y sin embargo algo tenía que hacer allí. Había estado inquieto, distraído, falto de atención, sin prestar oído á cuanto le decían sus vaqueros acerca de una punta de ganado recién llegado de la Costa para ser agostada en el potrero de la *Jicara*, el mejor de todos. Durante el tiempo que permaneció en el rancho, durante aquellos días de inexplicable inquietud, complacóse mil y mil veces en contemplar la frondosidad de los cafetales, la esbeltez de los *otates*, el verdor de las dehesas y hasta la grácil belleza rústica de las florecillas que esmaltaban los surcos ó engalanaban los setos. Horas y horas se estuvo contemplando un floripondio cargado de flores que frente á

la casa del rancho prodigaba la esencia de sus campanas ebúrneas. De esta contemplación poética le sacó un pensamiento que nunca le había pasado por la mente: hacer un jardín, cerca de la casa, á la derecha, por donde iba el arroyuelo, de manera que el bosquecillo de *otates*, aquel grupo de penúgeros tallos, quedara en el fondo y limitara el sitio por el norte. Sí; era preciso hacer el jardín, trazarle hermosamente, y poner en el centro, ó donde fuera mejor, una fuentequilla de mármol blanco para que allí bebiesen las palomas... ¡Y qué enádras de amapolas en primavera, y qué plantaciones de jazmineros, y qué rosales! Pero si hacía el jardín, sería preciso transformar la casa, ó hacer una nueva. Sí; esto era lo mejor. La vieja se quedaría para el mayordomo, y para guardar en ella los utensilios de labranza. El se imaginaba un lindo *chalet*, con persianas verdes, cubierto de madreselvas y de rosales trepadores. Luis se le imaginaba ya, y juraría que entraba por aquellas habitaciones, no ricas ni deslumbrantes, pero sí cómodas, alegres y bonitas. Poco iría á la ciudad... ¿A qué, como no fuese á tratar de asuntos urgentes? ¿Para qué? Allí se pasaría la vida, muy contento, al lado de Leonor...

Cuando le vino á las mientes el recuerdo de la señorita Quintanilla, Luis sonrió, y sintió que una oleada de carmín le subía al rostro. Levantóse y se fué en busca del administrador.

Esa mañana, al volver á Villatriste, iba embelesado con el espectáculo que tenía delante. Al frente la llamera verdigueante, y los campos de caña sacarina, gloria de Mata-Espesa (la mejor hacienda de Pluviosilla); á la

derecha las montañas de Villaverde ricas de opulenta vegetación, y en cuyas rocas arraigaban grandes higueras cuyos frutos rojos lucían su tinte purpúreo entre las trepadoras floribundas y las orquídeas fragantes; á la izquierda, al otro lado de la barranca, en su amplia mesa, Villatriste, Villatriste blanqueando á los rayos del nuevo día, y luciendo sus campanarios y sus cúpulas de azulejos amarillos en los cuales se reflejaba el Sol. Luis no se daba cuenta pormenorizada de aquellas hermosuras, ni sabía mucho de plantas, como no fuese de algunas muy conocidas y vulgares, ni jamás paró atención en pormenores de esos; pero algo nuevo en él, cierto no se qué desconocido le llenaba el alma y aceleraba en sus venas la circulación de la sangre. ¿Qué sentimiento era aquel? ¿Qué impresión aquella que le hacía amar la vida y le impulsaba hacía la ciudad que en aquella hora se desperezaba al son de sus campanas que llamaban á los fieles... Entretúvose, sin acelerar el paso de su caballería, en contar los cinco campanarios de Villatriste, que ennegrecidos del lado del Oriente por los vientos marinos, dejaban ver un costado blanquísimo, el que miraba al Sur. Y contempló atentamente una de las torres, la de la Virgen de las Nieves, linda iglesita churrigueresca, cerca de la cual vivían las Quintanillas.

Sin saber lo que hacía, azotó el caballo, y á medio día charlaba alegremente en la tienda de Patricio Terreros. Desde entonces y por muchos meses en aquella casa hizo diaria tertulia Luis Gamboa, mañana, tarde y noche. Allí le encontraban quienes para algo le querían, allí le buscaban los mozos del rancho, y charla que te

charla con don Patricio, se pasaban las horas.

¡Buena era la tienda para perder el tiempo! ¡Como que el tendero se vivía en su sillón, dormitando tranquilo mientras no ponía los pies de puertas adentro alguno de los marchantes, ó se llegaban de bromita no pocos de los ociosos concurrentes allí. En buen sitio estaba la tienda, la mal surtida tienda de Terreros, junto á la iglesia de las Nieves, en calle céntrica y frente por frente de las señoritas Quintanilla. Por allí transitaban cuantos en Villatriste comían pan, pobres y ricos, muchachos y viejos, señoras devotas y mujerzuelas del partido; en aquella calle, centro aristocrático de la silenciosa ciudad, moraba la *high-life* de Villatriste, no tan triste ni encerrada que no asomase las narices por la ventana, ni dejara de espiar á los transeunte detrás de la cortina de brin encuadrada con tiras de bayeta roja, y fija en los hierros de la reja por las cuatro puntas; especie de teloncillo encubridor de casitas lindas y curiosas y de mamás poco salideras, pero, eso sí, amiguísimas de mirar á cuantos pasaban por allí.

—¡Amigo don Luis! ¡Amigo don Luis!—exclamó don Patricio, subiéndose las bragas y mascando el extinto cigarro.—¡Mal andamos, amigo! ¿Por qué mira usted tanto hacía esa casa?

—¿Cuál?

—¡Esa!

—¿Cuál, don Patricio?

—Usted se hace tonto... y que la Virgen le habla.

—¿Por qué, señor mío?

—Tendremos boda en el barrio...

¡Bien pensado, don Luis! No sé yo en cual de ellas habrá puesto los ojos... ¡cualquiera! ¡cualquiera! Son tres perlas... ¡tres perlas! Las conozco muy bien, desde muy chicas. Su padre es un buen hombre, la madre era una santa... Crea usted que se llevará la bolita de oro...

Luis Gamboa sonreía sin decir palabra ni soltar prenda, atento á la conversación de don Patricio, y más atento á las ventanas de la casa frontera.

Don Patricio seguía diciendo:

—No sé yo, por Cristo, cómo el doctor Morfina dejó que se le escapara una de esas preseas. Dicen que el buen señor es hombre de talento, no lo niego, pero en esta ocasión la erró. ¡Así le erró la cura á mi hermano Pedro... El se casó con la rica-cha, una jamona según dicen, no fea, pero con un geniecito. ¡Pasan allí unas cosas! ¡qué cosas! ¡qué escenas! Lo sé de buena tinta; ¡ni en las comedias! También es cierto que Morfina anda siempre en beleues, y que, como la otra lo tiene en perpetua riña, mi hombre vive más en la calle que en su casa. El se fué á buscar clientela, y la encontró. La vecinita se quedó esperando... pero Morfina la está pagando con usura... ¡Tú lo quisiste, fraile mostén, tú lo quisiste... Carolina salió ganando... ¡De buena se escapó! Luisito:—agregó el tendero, suplicante—¡No haga usted otro tanto! Si usted no piensa casarse, deje en paz á la chica...

CAPITULO VIII.

A SOLAS.

Digamos la verdad, Leonor no se dio cata de las amorosas inclinaciones de Luis. Bailó con él tres piezas un poco molesta, más bien contrariada, no por la conducta ó el trato de su compañero, sino por las sonrisas de todas sus amigas, las cuales no dejaban de verla ni de hacerle señas, ocultando á medias el rostro detrás del abanico. Dió las gracias al joven, pretextó fatiga, le suplicó que la llevara á un ángulo de la sala, donde, cerca de una columna que sostenía un candelabro, tres ó cuatro pollas, de las más listas y parleras, departían y disputaban con Paquito Redondo. Las chicas callaron al aproximarse Leonor, ésta tomó asiento, y Luis se retiró después de murmurar casi al oído de la joven una cortesía sincera y afectuosa.

Leonor eligió aquel sitio para verse libre de bromas, alusiones y comentarios, y llegóse al grupo como á puerto de salvación. Las pollas no le dirían nada, y si Paquito (muy abonado para ello) se permitía una broma, ya re-

cibiría respuesta merecida. Bien conocía Leonor á la sociedad de Villatriste; bien que sabía lo que sucede en casos tales, cómo desde el más grave señorón hasta el mancebo más ligero, desde la mamá sesuda hasta la niña casquivana, viven á caza de afectuosas inclinaciones, de noviazgos nacientes y de amantes en riña, platillo sabrosísimo en Villatriste, donde la crónica diaria peca de insustancial y sosa. Ya se imaginaban lo que murmurarían todos. Y á fé que había motivo para ello. Era la primera vez que la culta sociedad en Villatriste veía bailar á Luis. "¡Si sabe bailar!" dirían —Al cabo de los años nos desayunamos con esa nueva! ¡Qué raro! Leonor ha sido la preferida.... y como Luis es buen partido, el mejor, sin duda, en la tierra, Leonor, que ya se va pasando procurará atraparlo...."

Sólo de pensar en esto se irritaba la joven.... Y dirían: "Ella es lista, él un campesinote; (bien que lo dice su aspecto cuando va de levita) ella no es fea, él tiene dinero, no mucho, pero

tiene, y como Leonor es pobre.... el problema quedará resuelto."

Leonor no era mala, pero tenía el vicio de murmurar de todos, en todo y para todo, y de fijo que si otra hubiera sido la compañera de Luis en aquel baile, ella, ella que reprobaba cólerica las murmuraciones que se imaginaba y temía, no habría dicho menos y acaso hubiera ido más allá.

La murmuración,—vicio predominante en Villatriste,—era ingente en Leonor, algo irresistible, algo impetuoso que la seducía como á Eva la serpiente paradisiaca, algo que la arrastraba en sus olas como un torreute, y de lo cual no podía prescindir. Leonor gozaba en Villatriste fama de murmuradora; todos le tenían miedo, y á decir verdad, cuando estaba de vena, murmuraba con chiste saadísimo y los piquetes de su lengua eran mortales. Le tenían miedo, y cuenta que en Villatriste la gente vive como en torneo de sátiras y murmuraciones, que si de ellas se hicieran certámenes, en apuro se verían los jurados para otorgar la *adelfa de oro*, único premio digno de la verba satírica y maldiciente. ¡Tales y tantos serían los justadores!

Ella sabía que era murmuradora y maldiciente,—¡vaya si lo sabía!....— pero ¡qué hacer!—solía decir cuando alguien le echaba en cara el defectillo. Natural y figura.... Si así soy! Si así he sido siempre!

Pobre muchacha! Era buena! Muy buena! Decía mal de las gentes, mas no lo hacía con perversos fines, sino así, de paso, por chiste y diversión, y, acaso acaso, sin propósito de envenenar la frase, sin querer que el dardo fuese enherbolado. Ella le habría un tado miel, miel de abejas, purísima y

fragante, aromatizada con esencia nativa de campánulas vernaes, lises de mayo, y diamelas de junio; pero.... y seguían los peros.... pero.... ¡quién resiste al deseo de comer prójimo? ¡Nadie! Nadie! Sería necesario un heroísmo que superara á tantos como la insidia de nuestros partidos tiene registrados en el glorificante infolio de la Historia.

Al volver del baile, Leonor, muy cargada de confites y pastelillos, con los cuales fueron obsequiadas por los anfitriones, iba cabizbaja y silenciosa, y no como en otras veces ansiosa de hacer, durante la *toilette* nocturna, (que más bien á tales horas merecía llamarse matinal,) la crónica del baile, mejor y más lindamente que Fausto el *coronista* del único periódico de Villatriste y director de la opinión para las gentes lectoras de la melancólica ciudad. Venía Leonor pensativa y callada, tanto que Carolina y Rosita le dijeron.... "¡Qué callada que vienes! Cualquiera diría que los valeses de esta noche te apagaron la espuma, y que la distinción y la.... suprema elegancia de Gamboa te han puesto triste y preocupada."

—¡Lengüitas de víbora que son ustedes! Si no parecen de Villatriste, sino de Villaverde.... donde, según dicen,.... volando pican. Y no pongan en ridículo á Luis, que es persona correctísima; sí, señor, muy correcta, como quisieran serlo, ó haberlo sido más de cuatro que yo me sé.

—Qué defensora le ha saído á Gamboa! Bien! Muy bien!—dijo Carolina, y soó ruidosa carcajada que resonó en la calle como tenaz y cauroso aplauso, á tiempo que las campanas saludaban el nuevo día. Por la acera opuesta á algunos balladores charlaban comen-

tando los incidentes de aquella alegre noche.

Uno decía:

—De esta hecha se casa Luis Gamboa. . . . Ya está cansado de líos. . . . Ella está en la época de arrebatar. . . . ¡Así son las mujeres! A cierta edad desprecian generales, después de los treinta se casarían. . . . con el tambor mayor!

—¿Oyes Leo? ¿Oyes lo que van diciendo?—dijo en voz baja Rosita, muy friolenta y entrapajada.

—¿Qu' énes son?—murmuró colérica Leonor.

—Yo conozco esa voz. . . .

—Ah! Son los Martínez. ¡Buen par de estúpidos! Como su hermana Otilia. . . . se casó. . . . así, peor. . . . ¡Dios sabe cómo!

Y las muchachas seguidas de don Antonio entraron en su casita.

—Hijas, hijas,—decía el oficinista restregándose las manos—ya no estoy yo para trasnochar ni andar de fiestas.

A poco las tres jóvenes descansaban cada cual en su camita fresca y albeante. Carolina y Rosa no tardaron en dormirse; Leonor daba vueltas y vueltas sin poder conciliar el sueño. . . . Algo la preocupaba y la tenía insomne. El dicho de los Martínez la había puesto cólera. Ella tan fácil para censurar y herir, ella que soía complacerse en el efecto de sus críticas y de sus frases satíricas, sentía en lo más sensible de su corazón el dardo agudísimo de los Martínez, y sentía poderosos deseos de venganza. ¿"Qué se merecían las maldiciones?" Por qué no se ocupaban de sus propios asuntos? Y Leonor pensaba en cuánto pudiera ofenderlos, y recorda-

ba anécdotas, indignidades cursilerías, actos reprobables de la familia Martínez, los amores escandalosos de Otilia con un capitán de rurales, su fuga ruidosa, los apuros de sus hermanos, los cuales iban y venían de corrillo en corrillo echando plantas y bravatas, y por último, el casamiento solemne de Otilia apadrinado por el Jefe Político, boda que dió mucho que hablar á los pacíficos y piadosos moradores de Villatriste. Sin que llegara la ocasión, en la primera oportunidad, ella diría de los Martínez lo que se merecían los lenguaraces. . . . Mas á poco leve sopor dulcísimo invadió su cuerpo, y sintióse arrastrada en el torbellino del baile, al són de un vals magnífico que se desarrollaba en espiral de brillantes notas, y creyó oír bullicio de comensales, estalidos de champaña, y entre oleadas de espuma ligerísima, efímera y fragante, como si del fondo de una copa surgiera, percibió á Luis, muy guapo, muy cortés, muy afable, vestido de gran etiqueta, con un ramo de azahares en el ojal del frac. . . . Luego aquella gentil figura de caballero se metamorfoseó lentamente, siempre entre espumas que parecían plumas fugitivas, y se convirtió en un joven que vestía gallardamente de charro: los botines bayos, el pantalón negro con rica botonadura de plata, chaleco blanco, rico sombrero charro, chaquetilla galana, corbata ligera, flotante, de suaves tintes. . . . crema. . . . anarillo pajizo La figura se borró desvaneciéndose entre gasas. . . . y en fuga precipitada pasó ante sus ojos, ante su pensamiento, larguísima fila de farolillos japoneses que chicos, muy chicos, se perdían á lo lejos. Y Leonor se quedó profundamente dormida.

CAPITULO IX.

Intermezzo lírico.

Y así pasaron meses y meses, sin que Luis se encontrara en parte alguna con Leonor; que no es ni ha sido nunca Villatriste ciudad propicia para ello; pero concurriendo de diario á la tienda de don Patricio, el cual no cesaba de encomiarle los méritos de las Quintanillas, su recato, su laboriosidad, su aseo en todo y para todo, y su economía, la *economía* sobre todo, que era en concepto del tendero, tacaño en demasía, la virtud principal y *sine qua non* en la mujer. Luis charlaba allí horas y horas, hablando de todo; que don Patricio de todo hablaba, aunque la tema principal de tan buen señor era el comercio, el comercio y su hermana la agricultura, sin las cuales no hay ni puede haber abundancia y prosperidad en las naciones. Gamboa tenía otra tema, los caballos, y habría podido hacer padrón de cuantas caballerías se encontraban en Pluviosilla, en Villaverde y en su vecina Villatriste; entendía del asunto, y era reputado por muy inteligente en la materia. Leonor, á su

vez, no se apartaba de la ventana. Tan luego como terminaban las faenas domésticas, no bien estaban hechas las alcobas y arregladita la sala, á poco de irse don Antonio, allí estaba Leonor, detrás de la vidriera, tejiendo, cosiendo ó entregada á sus libros; que la señorita era lectora infatigable y se tenía leídos cientos de novelas, desde los *Tres Mosqueteros*, *Los Mohicanos de París* y *El Conde de Montecristo*, hasta el Nerón de un misterioso don Antonio de Padua, tan mirífico como su colomboño celestial. Desde allí, á través de los visillos, espía la llegada de Gamboa. Y no dejaba de verle, y hasta se olvidaba de los incidentes de la novela que en vilo la tenía.

Aquel mirar á Luis era de lo más discreto y de lo más habilidoso, y nunca pudo él darse cuenta de que Leonor estaba allí. Esta solía dejarse ver por la tarde, un momentito, cuando no llovía, ó cuando salían algunas visitas y salta á despedirlas al zaguán, según vieja costumbre de la tierra. Entonces procuraba entretener á las amigas, tan-

to que á las veces, la charla de la calle resultaba más larga que la conversación anterior.

No escaseaban bromas las amigas, respecto á Luis; pero Leonor se ponía seria, y respondía tratando de otra cosa. Frecuentemente contestaba con alguna puya, de esas que la joven guardaba para casos extremos: saeta emponzoñada que hería en lo más vivo, y que dejaba envenenada la vanidad ó el amor propio. De este modo consiguió que no le hablaran del asunto.

El recuerdo de lo que había escuchado á los Martínez era su pesadilla, y más de una ocasión, al ver venir á alguno de ellos, se retiró rápidamente de la reja.

Mientras los amigos de Luis no perdaban oportunidad para hablarle de la señorita Quintanilla. Sentíase lastimado el joven cuando alguno de sus amigos decía de ella algo burlesco, llamándola jamona, maldiciente ó crítica; pero no se atrevía á salir en defensa de Leonor, y no porque así no le ocurriera hacerlo, sino porque temía descubrir su afecto, el cual se tenía muy guardadito. Pero una vez, estando en el billar, en un corro de chicos que bebían á más y mejor, y desollaban gente que era un gusto, acertó á pasar por la calle la pobre Leonor, y alguno se permitió decir una copla, que venía como de perlas para hacer reír á costa de la joven. Luis no pudo soportar aquella copla, por mucho que era graciosísima, chispeante y de lo más oportuna, se rió indignado é impuso silencio al recitante: "No es de caballeros el hablar así de las mujeres!" —dijole, y se levantó, dispuesto á retirarse. Lorenzo García que estaba presente se apre-

suro á decirle: ¡Luisito! ¡Luisito, que te quemas! ¡Cómo varía el mundo! ¡Miles veces te oí decir peores cosas de la Quintanilla!

—¡Nunca! —respondió secamente Gamboa.

—¿Que nó?

—Que nó.

—Que sí!

—Bien; pues si así fué, y si dije algo, no habré de repetirlo jamás!

—Con razón dicen . . .

—¿Qué dicen?

—Pues . . . que don Luis Gamboa bebe los vientos por . . . la señorita doña Leonor Quintanilla!

—Pudiera ser . . .

—Es

—¡O será! —agregó uno de los presentes.

Luis se retiró del grupo, y dijo al cantinero:

—¿Cuánto se debe?

Le respondieron, y pagó.

Y cómo se discutía en todos los círculos el presunto noviazgo de Leonor y de Luis! "Sí,—decían—algo hay, porque cuando las cosas se dicen, son, ó quieren ser.

—Yo les aseguro á ustedes,—repitió Lolita Redondo, con su vocecillo de oro—yo les aseguro que desde que baile aquel, desde la Noche Buena, no se han hablado, ni en el teatro se han visto . . . ¡Yo lo aseguro!

—Pues á mí me han dicho todo lo contrario . . . según mis noticias . . . —¡A ver! ¡a ver! —prorrumpieron en coro las demás muchachas.

—Pues . . . (yo no lo he visto, como me consta)—dijo pausadamente Clotilde Orcillés, una doncella fiambra que gustaba de estos chismes,—cuéntan . . . que son novios

—¡No es verdad! No es verdad!

exclamó Lolita.—Paco, mi hermano Paco que está enterado de todo, me ha dicho que no!

—Pues . . . será lo que tú quieras, Loló,—prosiguió Clotilde—pero algunos cuentan que los han visto hablar de noche, en la ventana de la sala: de once á once y media.

—¡Jesús! ¡Qué lenguas tan rayadas! —exclamó la pollita haciendo aspavientos.

—No lo creo,—murmuró otra.

—¡Ni yo! Las Quintanillas son incapaces de ventanear.

—Y Carolina . . . Niégamelo! —repitió con relatiativa vehemencia la Clotilde—y Carolina no pelaba la pava, de nochecita, en la reja, con el doctor Morfina.

—Yo no los ví nunca.

—Pues yo sí, ¡alma de Dios! Y dime: ¿qué tendría eso de malo?

—Vaya si tiene

—¡Yo así lo he hecho con todos mis novios! Con los pocos que he tenido. Nada de malo hay en eso

—Clotilde: usted dirá lo que quiera; pero yo leí en un libro este versito:

"Amor que cuando anochece
Por la ventana os adula,
Si es malo, lo disimula;
Si es bueno, no lo parece."

—¡Cosas de copleros! Pero sea ó no sea cierto, ello es que se dice . . .

—y como dice ésta: cuando el río suena . . . algo lleva! Lo que hay es que estos amores son, como todo lo de las Quintanillas, muy reservados . . . Silencio general.

—Vamos á ver;—siguió diciendo la maldiciente, acomodando en la mece-

dora su aprisionada obesidad;—oiganme, criaturas, ¡Cuánto tiempo no tardó en saberse el noviazgo de Rosa?

—¿De qué Rosa?

—De Rosa Quintanilla ¡Pues como seis meses, y eso que una noche de agosto, Juanito Mendoza los vió en la reja.

—¡Por Dios, Clotilde!

—Si es la verdad, criaturas, por qué no decirla! . . . (A mí por la verdad me han de matar!) Juan me lo dijo.

—¿Tu novio?

—No fué mi novio.

—¡Sí! Sí que sí! —exclamaron en coro las muchachas, burlándose, como de costumbre, de los amorios de la señorita Orcillés.

—Fué . . . mí . . . pretendiente! contestó la jamona con beatífica solemnidad. Y prosiguió en su charla!

—Así se supieron los amores de Rosa y el telegrafista del federal. ¡Si así son! Así son! Como ellas critican á todo el mundo tapan bien sus cosas, para no ser platillo de las gentes!

Y ya lo verán: tendremos casamiento, y Luis Gamboa, que la dá de rumbo, ochará el resto! Bien vistas las cosas: Leonor tiene razón en querer á Luis, es joven, guapo y rico . . .

—¿Joven! —preguntó alguna irónicamente.

—Sí, criaturas: menor que ella, mucho menor! . . . Leonor pasa de los treinta y cinco . . . Luis tiene veintisiete! . . . Yo le llevo dos años nada más.

Las muchachas se miraron maliciosamente y hablaron de otra cosa. La Orcillés insistió en su tema.

—Pues, hijas: los amores de Leonor son muy ciertos. El otro día, en la oficina, le dijeron al señor Quintanilla algo del asunto, pero él negó y

negó, porque así es el buen señor, pero aunque él dijo que nó, y que no, es cierto y es cierto, como que estamos aquí juntas.

Las pollas estaban aburridas con la conversación de la jamona, y en grupo, como una bandada de golondrinas que asustadas emprenden el

vuelo, corrieron hácia el patio en busca de flores. Sólo una joven pálida y enfermiza, se quedó en la sala con la Clotilde; pero huyendo de ésta y de su chismografía, se refugió en el piano, abrióle, y tras un registro elegante, se saltó tocando el vals de *Faus-*

to.



CAPITULO X.

LA GIRA.

Celebraba sus días el padre de Paquito Redondo, y la familia quiso obsequiarle con un almuerzo en el campo, en un rancho próximo al de Luis Gamboa, sitio encantador, y á la sazón más bello, como que las lluvias le hacen más hermoso.

Una colina cubierta de árboles, en los cuales se enredan bejucos pródigos en ramilletes violados, hiedras de flores narajadas, *quebraplato*s de mil colores diversos, y mantos de la Virgen cuyas campanulas rosadas parecen copas de alabastro que derraman perfumes exóticos. Entre las arboledas yerguen sus plumas y sus cayados episcopales soberbios helechos arborescentes, cuyo color suave, casi glauco, contrasta con el verde subido, casi negro, de los fresnos bravíos y de los ceibos gigantes.

Al fin de la colina, por el lado septentrional, corre un arroyo, que lleva abundante caudal en primavera, pero mayor en verano y en otoño, cuando las lluvias han sido abundantes, y que de rápida en rápida, sonoro, con musi-

cales ritmos que tienen eco en las grutas cercanas, corre entre llanura y ladera para precipitarse, á poco, en profundo barranco. Caída graciosa que los labriegos llaman *El Encanto*, y que tiene leyenda, plácida leyenda de inocentes infelices amores. ¡Luida cascada! Desciende el río á través del bosque, oculto por los follajes, protegido por las copas de los ceibos y por los penachos flabeliformes del *huarumbo*, árbol maravilloso de aquella comarca, y descende entre una red tupida de convólulos, de entre la cual surgen aquí, allá y más allá, los plátanos de tronco blanco y follaje ligerísimo, de ramas vibradoras que no admiten ni tidlancias ni bromelias. Decorando las umbrías asoman heliconias y bananeros, y en las peñas salientes dan á los vientos las gramíneas salvajes sus plumeros grisís gráciles y vaporosos, que semejan humaredas que suben del barranco. De pronto el riachuelo se despeña y salta en caprichosa caída pintoresca. Rebota en los peñascos circ-

NUMERO 6

cuidos de gramas acuátiles, séricos y lánguidos helechos y begonias aterciopeladas, vellosas, las unas como bordadas de plata y púrpura, las otras con reflejos de cobre. La corriente se rompe en espumas, se deshace en niebla, y el iris tiende sobre ella, al nacer y al ponerse el sol, su cromática cinta.

Tales sitios fueron elegidos para el paseo, y allí se reunieron las muchachas más lindas de Villatriste y los mancebos más alegres.

Fueron de la partida las Garcías, las Carriles, las López y las Quintanillas, Pepe López, los hermanos Martínez, Luis Gamboa y otros más. Salieron las señoras á eso de las siete de la mañana, en vetustos carruajes. Los varones, casi todos iban á caballo. A la hora de partir, en momentos en que las Quintanillas subían á un coche en compañía de la señora de la casa, cuando las demás muchachas, con griterío de pajarillos en primavera, elegían asiento en los vehículos; cuando los mozos se disponían á montar, alguna dijo, á fin de que Leonor lo oyera:

—Y Luis Gamboa?

—No ha llegado.—Soltó diciendo una chiquilla en el grupo más próximo.

—Allá le encontraremos!—dijo desde el zaguán Paquito Redondo, á tiempo que daba órdenes á un criado cargado con un cesto repleto de víveres.

—Allá le encontraremos... Anoche se fué al rancho. No ha de faltar.

Y miró de hito en hito, y sonriendo, á Leonor Quintanilla.

Y allí le encontraron, mejor dicho, en el camino le hallaron jinete en el mejor de sus caballos, esgrimiendo con la mano derecha una verdasca, prendida en la ojatera linda flor campestre.

Comióse bajo una ceiba, sobre la grama mullida, á la orilla del río, frente á la cascada.

Antes de la comida recorrieron todos la dehesa y el bosque, y los mozos dispusieron para la tarde un *coledero* improvisado que habría de efectuarse en sitio no lejano.

Paquito y Loló, de acuerdo sin duda, procuraron que Luis ofreciera el brazo á Leonor Quintanilla. Esta, al darse cuenta de lo que iban á hacer los chicos, se opuso á ello tenazmente, muy contrariada y ruborosa; se opuso, pero ya no era tiempo. En esos momentos se acercaba Luis. Respetuoso, afable, cortés, se acercó á conversar, y al emprender la marcha hacia el bosque ofreció el brazo á la señorita. Iba tímido el joven; la dama temerosa, sabiendo que las miradas de todos estaban fijadas en ella, pero poco á poco vino la confianza, la dulce tranquilidad de quien se ve acogido dulcemente. Leonor se embelesaba ante el paisaje espléndido que tenían delante: la llanura dilatada, el caserío b'aqueando en las lomas; los cañaverales de una hacienda inmediata; los cerros de Villaverde; las grandiosas montañas de Piviesilla; las cumbres de la cordillera oriental, y el Orizaba como una tienda de alabastro.

Al advertir que la señorita gustaba de las flores, apresuróse Luis á reunir en lindo ramillete las más hermosas y aromáticas.

Leonor eligió unas cuantas, y se las prendió en el corpiño. En tanto que la joven fijaba el haz de helechos y de campánulas, contemplábalas Luis. «¡Es linda! Muy linda!—pensaba.—¡Qué ojos tan negros, qué sonrisa tan graciosa! ¡Qué hay en esta mujer que así me atrae! No es hermosa, con esa her-

mosura que avasalla y cautiva, no, pero hay en ella no sé qué!... Algo que atrae como el abismo. Hasta su conversación ligera, salpicada de chistes y de sátiras, inofensivas siempre, me encanta y me enamora. ¡Cuánta alegría revela! Si me parece un pajarillo que pía regocijado!»

Se comió alegremente. *Colearon* los chicos, lucieron su habilidad en el *churreo*, pero Luis que era de fama para estos juegos y ejercicios rústicos, prefirió permanecer con las señoras, las cuales muy temerosas y asustadas asistieron al espectáculo detrás de un vallado.

Dió el señor Redondo la señal de partida, era ya tarde, y para tomar los carruajes debían atravesar un llano, trasponer una loma é ir al rancho.

Los jinetes andaban aún con los vaqueros, las señoritas iban en grupos, las personas mayores por otro lado, muy lentamente, Luis con Leonor. El joven ofreció su caballo.

—No; gracias!—dijo ella.

—Diré al caballerango que lo traiga.

—No; gracias! repitió Leonor—No sé montar... Me causa miedo ir á caballo.

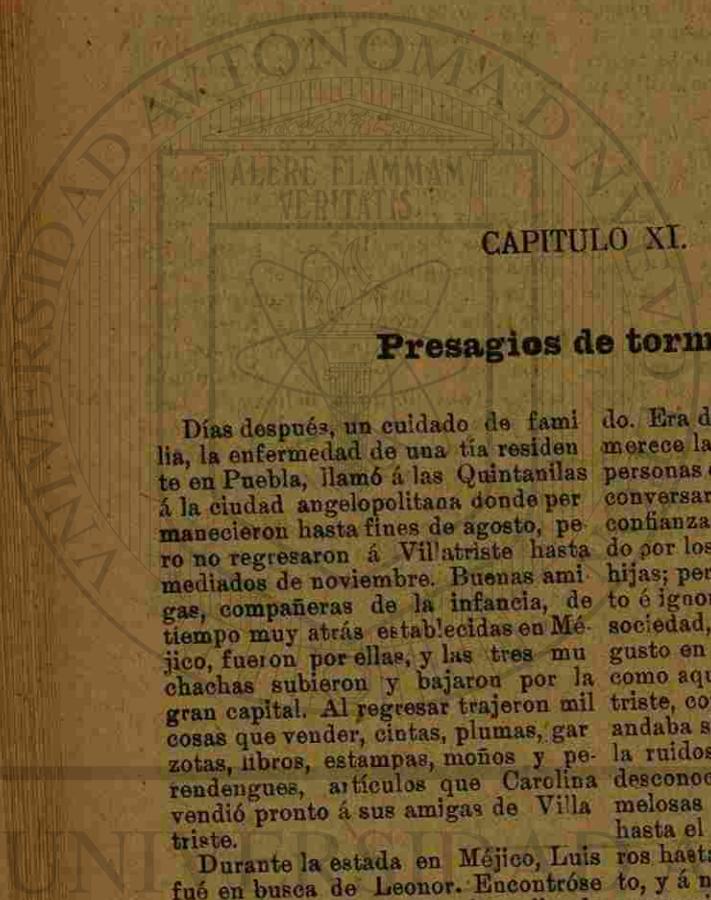
Lo cierto es que Gamboa prefería ir á pie. Avanzaban á través del llano.

El sol caía majestuoso y magnífico sobre un lecho de nubes argentadas, incendiando los cúmulos que flotaban lentamente sobre las cimas de la cordillera, y dorando las eternas nieves del Citlaltépetl. Legiones de pájaros festivos y vibrantes cruzaban el cielo, las vacas regresaban con paso tardo hacía el establo, resonaban á lo lejos el río y la cascada, y el viento vespertino traía el aroma de las flores que se abren al aproximarse el fin del día.

La pareja avanzaba lentamente. Luis encantado de la belleza de Leonor; ésta con los ojos bajos, tocando al paso con la contera de su parasol las matas de anisillo fragante que esmaltaban el césped.

Algo dijo el joven que hizo ruborizar á la joven. Ella fingió no haber oído; pero Luis insistía, y Leonor callaba. Respondió al fin, vencida por la súplica.

—Habrá que pensarlo.



CAPITULO XI.

Presagios de tormenta.

Días después, un cuidado de familia, la enfermedad de una tía residente en Puebla, llamó á las Quintanillas á la ciudad angelopolitana donde permanecieron hasta fines de agosto, pero no regresaron á Villatriste hasta mediados de noviembre. Buenas amigas, compañeras de la infancia, de tiempo muy atrás establecidas en Méjico, fueron por ellas, y las tres muchachas subieron y bajaron por la gran capital. Al regresar trajeron mil cosas que vender, cintas, plumas, garzotas, libros, estampas, moños y perendengues, artículos que Carolina vendió pronto á sus amigas de Villatriste.

Durante la estada en Méjico, Luis fué en busca de Leonor. Encontróse con las tres hermanas en la calle de Plateros, una mañana, á eso de las once, á la hora de la exhibición brillante. Detúvose á saludarlas, fuese conversando con ellas, y ofreció ir á visitarlas. Cumplió lo prometido y una noche ahí estaba Gamboa, cuando menos se le esperaba. Fué muy bien recibida.

do. Era día de tertulia, si tal nombre merece la reunión de unas cuantas personas con objeto de divertirse y conversar con parientes y amigos de confianza. Luis fué muy bien recibido por los señores de la casa y por sus hijas; pero el pobre Luis, falto de trato é ignorante de los usos de aquella sociedad, nueva para él, no estuvo á gusto en la visita. El no sabía hablar como aquellas gentes, y sí en Villatriste, como quien dice, en el terruño andaba siempre tímido, qué sería en la ruidosa capital, y entre personas desconocidas, que á Luis le parecían melosas hasta empalagar, corteses hasta el fastidio, y falsos y emustados hasta decir basta. Estuvo violento, y á no ser porque aquella visita le proporcionaba ocasión de ver á Leonor, se la habría ahorrado de buena gana. Mucho temía Luis que le declararan cursi las amigas aquellas, y más aún el parecer incivil y falto de trato en aquella tertulia un sí es no es presumida.

Pero Luis tenía muy buen senti-

do, y portóse como un cumplido caballero.

Agradó su reserva, su compostura, y lo que observaron en él aquellas gentes y que pudo parecerles provinciano ó rústico, fué tomado por genialidad invencible.

—¡Así es! ¡Siempre ha sido así!— repetía Leonor esa noche, acabada la reunión, y defendiendo precautoriamente á su amartelado galán contra cualquier crítica de las señoritas Ponces.

—Algo natural é inevitable molestó á Gamboa. Mucho habían hablado de él allí, en aquella casa, desde el día del encuentro en Plateros, delante de los aparadores de "La Esmeralda" la suntuosa joyera, á tiempo que las Quintanilla admiraban la rica pedrería expuesta en los escaparates; mucho se había tratado de su persona. Grato fué el encuentro para todas. ¡Siempre es grato lejos de la ciudad natal, encontrarse con algún contemporáneo! Para Leonor ni se diga....!

—¡Hemos venido muy bien acompañadas!—entró diciendo Carolina.

—¿Por quién? preguntó una de las señoritas.

—Un paisano.... un caballero que anda ferido de amores y llagado de las telas del corazón, como dice Clotilde Orellés, la gran Clotilde, cuando presume de chistosa.

—¿Quién es él?

—Pregunta quién es ella.—dijo Rosita precipitadamente.

—Pues.... ¿quién es ella?

—La señorita que presente está—respondió Carolina, señalando á Leonor, que reclinada en el respaldo de un sillón jugaba risueña golpeándose con los guantes la palma de la mano.

Y prosiguió Carolina:

—Un muchacho de Villatriste, muy simpático, y que—según se cuenta—quiere ser mi cuñado: Luis Gamboa.

—¿Le ofrecieron la casa?—dijo la señora.

—¡No fué necesario! ¡No señora!—saltó diciendo Rosita.—El solito se la ofreció, y dijo que vendría. Y vendrá... porque parece que en esta casa hay cierto imancillo que le atrae.

Hablóse largamente de Luis. Elogiáronle las Quintanilla, y la señora, muy cariñosamente, felicitó á Leonor, si como decían era de mérito el galán.

Después de esto no era raro que al presentarse Luis en aquella casa, donde querían muy sinceramente á las Quintanillas, todas las miradas se fijasen en él y que todos le viesen con interés.

Observólo Gamboa, y no le fué grata la curiosidad de los tertulianos. Leonor se quedó en el sitio que ocupaba al llegar Luis, no quiso aceptar un asiento que alguno le ofreció para que estuviera cerca del recién llegado.

Causó buena impresión, y á poco, cuando Gamboa se puso en pie para despedirse, manifestó que volvería á pedir órdenes antes de regresar á Villatriste. Antes fué á Pluviosilla, pero tendría sumo gusto en cumplir los encargos.

Despidióse y al despedirse, dijo:

—¡Ah! me olvidaba de decir á ustedes—dijo dirigiéndose á las Quintanilla,—que las Miramontes me encargaron que dijera á ustedes muchas cosas.

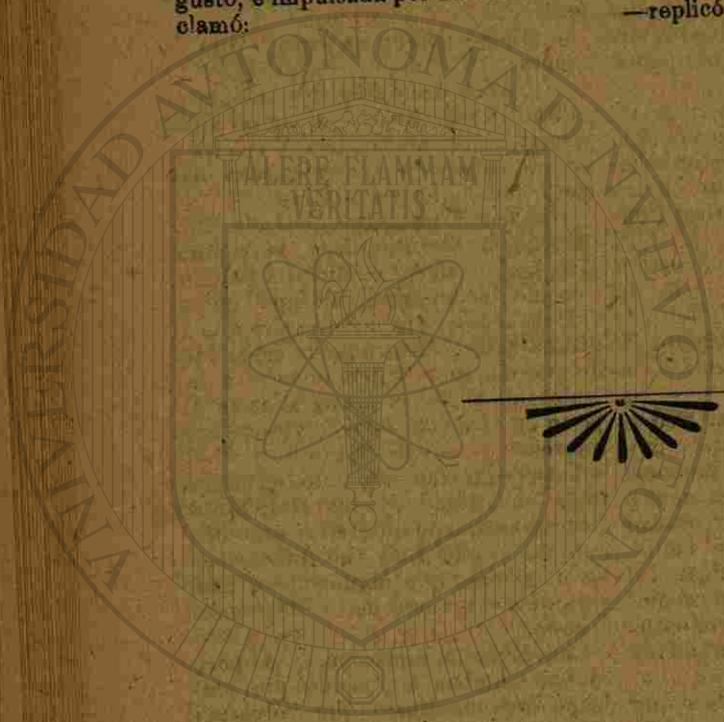
—¿Cómo están?—preguntó Carolina.

—Muy bien.

—¿Y tan guapas como siempre?—preguntó á su vez Rosita.

—Muy guapas. . . —contestó Luis.
 Leonor no pudo disimu'ar su dis-
 gusto, é impulsada por su carácter ex-
 clamó:

—¡Guapas! ¡No sé yo por qué dicen
 que son bonitas!
 —¡Pues no todos piensan como tú!
 —replicó Carolina.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
 DIRECCIÓN GENERAL



CAPITULO XII.

Idilio breve.

Volvieron á Villatriste las señoritas de no hablar de aquello que no sé. Quintanilla pocas semanas después. Que me digan de cosas del campo, y que Gamboa, y no bien supo éste que habían regresado allí, estaba de diario cosas. que de ellas entiendo; no en la tienda de don Patricio. Leonor soy persona que sabe conversar. . . . se mostró menos esquiva, y solía le- qué va á conversar un campirano co- vantar los visillos á la hora en que mo yo, si no es de ganados y de cose- Luis estaba enfrente. Cuando el tiem- chas; de tierras buenas ó malas para po era bueno, al caer la tarde, sentá- el cultivo; del café recogido, de los ca- base á la reja. Allí la sorprendió el fetos que florecen después de los pri- joven cierta vez; saludó y enredó plá- meros aguaceros, en fin, de eso y sólo tica, una plática ligera y frívola que de eso, de manera que no se decir co- Leonor supo amenizar maravillamen- sas bonitas, de esas que tanto agran- te. Luis varió de pronto el tema de la dan á las mujeres, pero, créame lo conversación, y aproximándose á la usted, tengo alma y corazón, y siento como el que más. No soy rico, pero reja, en voz buja, como si temiera que alguno lo oyese, recordó á Leonor la tampoco soy pobre. . . . Yo sé que el tarde de la gira, y le rogó que contes- dinero no dá felicidad, pero hay que tara francamente. decirlo, ayuda, ayuda! Le ofrezco á usted mi corazón y mi nombre.

—Señorita, suplicó afectuoso—no ¡Los acepta usted?

soy hombre de palabra fácil, de esos que saben entretener á las señoras, ni soy culto, ni tengo instrucción. . . . No Leonor bajó los ojos, y maquinal- mente jugaba con las hojas del volú- me llamó Dios por el camino de los men que tenía en la mano.

estudios, pero tengo la rara cualidad Don Patricio observaba desde la



tienda. Tan atento estaba, que iba anocheciendo y el establecimiento estaba obscuro.

—Respóndame usted, Leonor....
—dijo Luis en tono de ruego.....

—¡Qué decirle á usted! Poco nos hemos tratado... Le conozco á usted, porque... ¡quién no le conoce á usted en Villatriste! Ignoro si el carácter de usted podrá avenirse al mío. Usted no me conoce. No me ha tratado usted más que dos ó tres veces: en el baile, en la gira, y en Méjico. Y usted Luis, tiene fama de raro, de retraído, hasta de misántropo..... Yo soy todo lo contrario: me place subir y bajar, charlo alegremente con todo el mundo, gusto de fiestas y de baile... y (aunque no será siempre) pudiera ser que nada de eso le gustara á usted.....

—Nada de eso me sorprende.... lo sé.... lo sé muy bien.... Yo pregunto ¿me ama usted, Leonor?

—Tanto como eso,—respondió la señorita,—no puedo afirmar; me es usted simpático, más que simpático, y nada más.....

—Nada más.....

—Pues qué hacer?

—Esperar.

—¿Esperar?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Un año.

—¿La vida eterna!

Al oír la respuesta ruda y franca de Gamboa, Leonor se echó á reír.

—¡Ya usted lo ve! como no sé decir las cosas..... He provocado la risa de usted.

—Perdón, Luis.... Es mi carácter..... ¡Así soy yo! Acaso he lastimado á usted.

—No, Leonor: lo que me lastima es otra cosa.....

—¿Qué?

—La indiferencia de usted para conmigo. Mi vida es de usted... para usted vivo; nada más que para usted.....

—Gracias, Luis. ¡No merezco tanto!

—Un año?

—Le parece á usted mucho?

—La verdad: sí.

—Pues á mí no!

—¡A mí sí!—insistió el joven:

—Un año; es lo prudente.....

—Hagamos una transacción ¿No se dice así?

Leonor hizo una señal afirmativa.

—Seis meses.....

—No: un año. No soy una niña irreflexiva..... Así se piensa seriamente. Me llaman ligera y hasta me tachan de casquivana, pero, créame

usted, no lo soy.....

—Leonor.....

—Usted mismo me concederá la razón..... Necesito cerciorarme de

ese cariño..... Un año.... Durante ese tiempo.... me escribirá usted.

—Eso sí que no.

—¿Por qué?

—No entiendo de eso.

—Cua'quiera creería que nunca ha tomado usted una pluma.....

—¿Casi.... casi!

Leonor se echó á reír. Luis prosiguió.

—¿Casi.... casi! Como no haya sido para escribir á algún amigo, para

tratar de negocios.... y páre usted de contar!.....

—Nos trataremos.....

—Lo deseo con el alma, con todo mi corazón! Si usted supiera..... ¿Qué

sueños los míos! ¿Cómo hago castilli-

tos en el aire! ¡Me imagino una vida tan dichosa al lado de usted! Soy como un pájaro perdido que el viento se trajo de muy lejos; como un árbol que solitario en la llanada vive de sí mismo, sin otros árboles que lo resguarden, sin más sombra que la sombra de las nubes.....

El lenguaje pintoresco de Luis, su frase llena de color, la expresión vivísima de su afecto, cautivaron á Leonor, la cual se vió tentada á decirle:

—“Sí, Luis le amo á vd, le amo. Nada de plazos!” Pero un pensamiento reflexivo la contuvo. Y si me juzga mal! Y dijo:

—Un año, Luis. No insista usted.

El joven se quedó pensativo.

—Y si antes de que se cumpla el plazo.....

—Si antes le amo á vd.....

—Entonces.

Entonces.... Todo quedará arreglado en dos palabras.

—¡Gracias, Leonor! algo es algo.

—Y si por parte de vd.....

—Si varía vd. de inclinaciones y de afectos entonces no tema usted decirme. Nos decimos adiós, y ¡como antes!

—¿Nos trataremos?

—Sí.

—¿Dónde?

—En todas partes!

—¿Aquí?

—No.

—Me dirigiré al señor don Antonio.

—No, Luis.

—¿Por qué?

—Porque no conviene ¿No es preferible una completa libertad? Yo voy á todas partes, visito á todo el mundo. En todas partes nos veremos.

Era ya de noche. La tienda de don Patricio estaba aún obscura. Leonor percibía, á los reflejos del farol de la esquina, la rechoncha figura del vecino que parecía petrificado en la puerta de su tenducho. Leonor estuvo á punto de exclamar:

—¡Viejo más curioso!

Miró la joven calle arriba, y dijo:

—Es ya muy tarde. Dentro de poco llegará mi papá.... ¡adiós!

Tendió la mano á Luis, y se retiró de la reja.

Ibase Gamboa, cuando oyó la voz del tendero:

—¡Luisito! ¡Luisito!



CAPITULO XIII

In statu quo.

Así iban los cosas en aquellos días lluviosos de que hemos hablado al principio de este libro. Leonor y Luis se veían de tarde en tarde, en alguna casa amiga donde ambos concurrían y, de ordinario, poco hablaban á solas. Luis parecía más enamorado que nunca, y Leonor se mostraba afectuosa con él, pero sin dar motivo para que la maliciencia frívola tuviese nada que decir. Hasta iban olvidando las gentes si Luis era ó no era novio de Leonor. Negocios urgentes llevaron al galán á Puebla y Méjico, y el jardín del rancho estaba trazado, y la nueva casa principiada ya.

Ni Carolina ni Rosa hablaban del asunto, y el año corría y el término del plazo se iba aproximando. Cuando más y sólo por bromear á Leonor le decían algo acerca de Luis, en las horas de fastidio y de cansancio, cuando cesaba el ruido de la máquina, ó cuando por la noche, no tenían visitas, y don Antonio cansado de sus labores burocráticas se retiraba á su al-

coba y se metía en camita quejándose del reuma.

No sabía la joven del regreso de Luis, hasta que le vió pasar aquella tarde, en que, á impulsos de su ingenio satírico, dijo de él que iba luciendo el paltó. No tardó en llegar la buena de doña Mónica, quejándose del frío, y á dar cuenta de cuanto pasaba en la ciudad. Leonor siguió, de broma charla que te charla, ponderando por modo burlesco lo que ella llamaba la suprema elegancia de Gamboa.

—Y dime....—decía doña Mónica al oírlo....—sigue haciéndote el oso ese pillastre? ¡Por Dios, hija, que no vayas á enamorarte de él. Mira y observa. Lo que una vez te dije es la pura verdad, aunque te parezca mentira.... Eso de la Miramontes parece cierto.

—Pero, doña Mónica, por Dios santo, si Luis no es regidor desde hace dos años!

—¡Cómo, criatura! Si yo lo ví en la lista....

—Sí, pero renunció—dijo Carolina.
—Pues, entonces, quién lo es ahora, Enrique Basurto?....

—Ese, ese fué quien arregló todo, pero lo hizo por instigaciones de Luis Gamboa. Son como el cuerpo y la sombra....

—Ciertamente, son muy amigos pero créame usted, en eso no anduvo Luis.

—Pero, hija, si para nadie es un misterio que la Luisita le gusta mucho. Eso lo sabe medio mundo.

—Por allá le veo yo noche con noche, cuando voy de retirada; que te lo diga mi sobrina. Allí está sin falta.

—Porque se llevó mucho con ellas.

—Fíate de los hombres, Leonor... No los conoces.

—No, señora. ¡Eso no es cierto!—murmuró Carolina.

—Tampoco dirás que es cierto lo otro, lo de la trigueña....

—No digo nada.

—Yo cuento esto, no por andar divulgando vidas ajenas, libreme el Cielo, sino porque te quiero mucho y procuro librarte de un engaño. Escúchame.

Doña Mónica se compuso en el asiento y contó una historia escandalosa. Cómo, cuándo y dónde conoció Luis á la mulata (así dijo: mulata.) "No es fea,—exclamaba—no es fea!" Y ahora está descompuesta. Contó cómo principiaron aquellos enredos. No parecía sino que Luis la había nombrado cronista de sus devaneos; tan enterada de todo estaba la señora. La mulata era hija de un empleado del Resguardo Marítimo, y actualmente residía en Veracruz, y Candelaria (tal era el nombre de la mujer) tenía otras hermanas, tres, una mayor que ella y dos menores, las cuales eran de la mis-

ma vida, de la misma índole, y todas habían tomado camino semejante. Vamos: Luis se la había traído de Tlacotalpan, donde la conoció el 2 de febrero, en tiempo de fiestas, como dicen allá, y.... ¡vaya!.... Los muchachitos ¡pobres criaturitas! eran el vivo retrato de su padre....

—"Hija:—agregó la vieja—como si vieras en un espejo la cara de Luis Gamboa!" Ella,—doña Mónica,—sabía todo muy bien.... La mujerzuela no hacía misterio de nada.... Cuarenta pesos le daba Luis cada quince días; él pagaba la casa, y no tenía el dinero para no gastarlo en aquella familia postiza. Los chiquillos andaban muy bien trajeaditos, no con elegancia, porque la mulata no entendía de esas cosas, pero, eso sí, muy limpios y arreglados. La casita aquella, (en la calle de la Huerta de San Francisco, detrás de las ruinas del convento) muy bien ajuarada, y como una tacita de plata. Sí señor, así, porque Candelaria era muy hacendosa. Guisaba muy bien, de chuparse los dedos, y enrejillaba y hacía unos retozos, que.... ¡no había más que ver! ¡Eran de verse aquellas fundas que ella hacía, y aquellos pañuelos!

—Doña Mónica, ¡por la Virgen Santísima!—exclamó Leonor, llenos de lágrimas los ojos.... ¡Es cierto cuanto me dice usted?

—Como que me tienes delante.

—¡Y ojalá no fuera así! Me apena usted; me aflige.

—Vaya, criatura.... ¡pobre de tí! ya vas confesando. ¡Y jurabas y perjurabas afirmando que Luis Gamboa era indiferente para tí!

—No, por eso, señora....

—Pues por qué te apenas y te aflige?...

—Porque es horroroso lo que usted me ha contado.

—Criatura... ¡de poco te espantas, de poco te asustas y por poco te afliges...! Eso es el pan nuestro de cada día! Eso pasa diez veces en cada calle! ¡Así son los hombres! Así, ni más ni menos, desde que el mundo es mundo, y no puede ser de otra manera!

—Doña Mónica... ¡A qué venirme con esas historias! No sé yo cómo hay gentes que se complacen en saber tales cosas y en contarlas á quien tiene la desgracia de oír las!

Leonor trataba de refrenar su cólera y su pena, hizo esfuerzos vanos, se le anudó la garganta, y rompió en sollozos.

—No llores, criatura... Mejor que á tiempo lo hayas sabido, mejor que mejor. Piensa que vale más una noticia de estas que un desengaño. No llores, hija mía, no llores.

—Doña Mónica:—suplicó Rosita—no siga usted hablando de eso.

—Me apena afligirte—prosiguió la señora—pero quiero que te convenzas de que en este negocio me intereso por tí, como si fueras algo mío. ¡Mucho que quise yo á tu mamá... Por eso, por eso hablo como hablo.

Leonor seguía sollozando.

—Sí, doña Mónica; se lo agradezco

á usted mucho; pero habría sido mejor no hablar de eso.

—No fué esta la primera vez. Otra ocasión te dije.....

—Sí; pero como usted dice tantas cosas que no son ciertas.

—Ahora vas á llamarme embustera... maldiciente, entremetida, y no me agradecerás el favor.... No me lo agradezcas.... ¡Si quieres no me lo agradezcas!

—Sí, doña Mónica: lo agradezco mucho!—replicó la joven con amarga ironía.

—Pues ya lo sabes... ¿Tienes amores con Luis? Pues terminalos. Estás á punto de corresponderle (que así ha de ser,) pues no le correspondas. ¡Desdichada de tí si te casaras con ese pillastre... Si desde muy joven fué así... Dejé á sus hermanas para vivir solo y á sus anchas, y siempre anduvo en malos pasos.... De poco tiempo acá se conduce mejor... y ya ves! Mira bien el asunto, consulta con persona grave... y después haz lo mejor te plazca... y que Dios te bendiga.

No pudo más la joven, y contestó trémula, separando el pañuelo con que se había secado los ojos.

—Yo sé bien lo que debo hacer. No necesito consultar con nadie doña Mónica. ¡Basta de chisme y de consejos!

CAPITULO XIV.

Insomnio.

Horrible noche aquella. Leonor se revolvía en el lecho sin poder pegar los ojos, y en vano se arropaba en busca del sueño benéfico que hace olvidar por breves horas amargas y penas. Le ardía el rostro, el corazón le palpitaba inquieto, y pugnaba inútilmente por conseguir el apetecido reposo. ¿Por qué tanta inquietud? Lo acertado era dormirse tranquilamente, sin pensar en nada. Al otro día vería todo de otro modo. El despecho y la precipitación son malos consejeros. Si cuanto habían dicho era cierto, que sí lo sería, sin duda que sí, llegado el plazo le diría á Luis: ¡No!... Y si era mentira, si el pobre Luis era víctima de una calumnia, entonces tanto mejor, qué triunfo para ella. ¡Y qué cosas, qué cosas le diría á doña Mónica! Acaso la vieja lo había hecho de buena fe.... Si así era, debía agradecersele.... Pero.... por que cuando por primera vez le dijo algo de aquello, lo oyó serena, como si trataran de personajes de novela.... ¡Ah! Es que entonces Luis le era casi indiferente; le simpatizaba, á que negarlo, pero no le quería. Ahora era muy distinto; le amaba, sí, con toda el alma. Si no le amara á qué tanta pena, á qué los sollozos y las lágrimas! Luis era bueno, al menos ella así lo creía... pero cuanto le habían dicho le rebajaba, le hacía despreciable, indigno de ser amado. ¿Qué mujer, si en algo se estima, pone su amor en persona como Luis, para quien el qué dirán nada significa, en quien no respeta á la sociedad en que vive ni se respeta á sí mismo? ¿Sería verdad, como dijo doña Mónica que eso pasa en cada calle, á cada paso; que los hombres, todos ó casi todos, eran, han sido y son así? ¿Sería cierto que ningún hombre se llega al altar para dar la mano á una joven que desde ese día será compañero de su vida, hueso de sus huesos y carne de su carne, sin sonrojarse, sin que le abra-se el rostro la vergüenza, al sentirse indigno de la mujer que ha elegido por esposa? Ella no había amado nunca. Jamás dió oído á tantos ga-

lanes que desde muy niña le habían dicho amores, y era justo que ella, ella que tenía el alma sana, enlazara su destino al destino de un hombre pervertido, capaz de unirse vilmente, por modo vulgarísimo, con una hembra de tal clase y condición? No, sin duda que no. Sino cruel persigue á toda ilusión noble á todo anhelo generoso.

Cómo se malogran y se convierten en penas, en pesares hondísimos, las esperanzas más nobles y puras! "Mañana, mañana, —se repetía,—mañana pensaré en eso! Ahora necesito dormir, necesito descansar! Trataba de alejarse de sí misma, de huir de su propio pensamiento; pero todo esfuerzo era inútil. Oía las horas y los pasos de los transeúntes, madrugadores ó desvelados, y se revolvió bajo las ropas, como devorada por la fiebre. Vicio atroz el de la murmuración; qué repulsivo quien murmura; que asqueroso el maldiciente; cuán perverso quien se complace en divulgar faltas y pecados ajenos! Entonces se dió cuenta la joven de que ella murmuraba; de que ella solía complacerse en inquirir ajenas faltas y ajenos pecados, y comprendió cuánto mal puede hacerse por tal camino, y como un chiste, una sátira, la comunicación indiscreta de algo que pudiera quedar en el olvido es causa, al parecer insignificante, de cien mil pesadumbres, y no pocas veces de la infelicidad de una vida.

Propúsose no ser así jamás, dejar

de hablar como siempre había hablado de los demás, juró proceder de otra manera en todas ocasiones, y hacer callar á quien en presencia suya dijera mal de los ausentes; refrenar su imaginación, contener los ímpetus de su ingenio cáustico y burlón... y... averiguar si era cierto cuanto le había contado doña Mónica; inquirir si Luis galanteaba á Luisita Miramontes, y averiguar muy discretamente, con mucho tiento, con exquisito tacto el lío, sí, el lío ese en que tan enredado andaba Luis. No le diría á él una sola palabra del asunto, eso no parecía conveniente. . . . ¿con qué derecho? Pero lo averiguaría... ¿Con quién? Con Pepe López, con Ernesto Carriles, con el tronera de Paquito, que era un bobo y se parecía por contar esas cosas.

Si era cierto. . . . ¡Ya sabía ella lo que aconsejaban la dignidad y el deber! Si no era verdad lo que se habían dicho. . . . ¡qué felicidad! Si lo primero. . . . ¡qué horrendo desengaño!

Al fin vino el sueño, vino cuando las campanas dieron el toque de Angelus, y cuando la luz matinal, tan grata para el afligido, principió á clarear en la vidriera de la alcoba. Y se durmió. Para pesadilla: soñó con una fuga de farolillos japoneses que paraban con celeridad vertiginosa. . . . El gesto de todos aquellos farolillos era el gesto de doña Mónica, cuando decía:

—Lo hago por tu bien, por tu bien, criaturita!



CAPITULO XV.

En pos de la verdad.

Triste y pensativa andaba la pobre de Leonor. Tan suelta de palabra, tan extremosa para todo, cuando alguna pesadumbre la afligía, si alguna pena la abrumaba, era la joven muy reservada y sigilosa, y solía decir: "Si la cosa tiene remedio, ponerle; si no le tiene, callar." En esta ocasión así lo hizo. Ocupóse desde luego en inquirir la verdad, lo cual no fué difícil:

Esa misma tarde pasó por allí Paquito Redondo, muy barbilindo y emperifollado, luciendo como de costumbre la coruscante corbata y preso, bajo su palabra de honor, dentro del fuerte recinto de su cuello monumental.

Detúvole Leonor con unos cuantos golpecitos dados en la vidriera; volviése el chico para ver quién le llamaba, la joven le indicó que entrara, y ahí me tienen ustedes á Paquito charlando más que una cotorra.

—¿Para qué me querías? Vamos á ver. Te advierto, Leo, que estoy de prisa; me están esperando las Carriles. Me invitaron á merendar, y la

cita es á las 6 en punto. ¿Me entiendes? Así, Leo, ya lo sabes, al grano. . . . Esta era la manía de Paquito: siempre andaba de prisa.

—Ya lo sabes, me gusta mucho platicar contigo; me paso las horas sin sentir las, oyendo tus críticas; porque sí, Leo, aunque tú no lo quieras confesar, tienes una lengüita de lo fino. . . . ¡de lo fino, mujer! Días pasados lo decían en el billar, (allí estaba Pepe López, preguntásele,) decían que eres temible. . . .

Miró el reloj, y siguió hablando.

—No me quedan más que treinta minutos. He ofrecido que seré puntual, y lo seré. Habla, por Dios!

—Necesitaba yo de tí.

—¿En qué puedo servir á usted, señorita mía?—preguntó el mocito salmeramente.

—Primero: es cuestión de flores. . . .

—Ya me lo imaginaba yo, ¡qué plantas quieres que te consiga? ¡Crisantemas!

Crisantemas decía.

—Sí, unos crisantemos que hay no sé dónde, color de violeta.

—Ya los conozco; en casa de las Martínez. Y tienen otros muy lindos, chiquititos, encantadores, de los que están de moda en París.

—Pero no digas que son para mí.

—Pierde cuidado. ¿Qué otra cosa?

—Por Dios, Paco! Ten calma.

—Vaya, pues... me sentaré; pero habrás de regalarme unas rosas de esas para obsequiar con ellas a las Martínez.

—Cuenta con ellas. ¿No has visto a Luis?

—Estuve esta mañana á buscarle, y no lo encontré. Está en el rancho. Y eso cómo va? Ya sabes que á mí me debes aquellas horas dichosísimas del día de campo. Yo me porté muy bien, pero tú no eres franca conmigo. ¿Cómo va eso?

—Como siempre. Luis se muestra conmigo muy cortés, muy atento, y nada más.

—Pero dí, dí... ¿te simpatiza?

—Ya te dije que ni me simpatiza ni me repugna. Más bien lo primero.

—Me alegro. El es tan discreto como tú; pero yo creo que te quiere mucho, mucho! Si tú le correspondes, boda tendremos. Creerás que no ha tenido en toda su vida ni una novia. Tú serás, ó, mejor dicho, tú eres la primera que ha conseguido cautivar ese corazón. Está Luis inenocible. No va al billar ni á la cantina, no juega. Luis no es jugador, pero le gustaba pasar el rato. Lo que es ahora ni por pienso! Antes... te lo diré... tenía sus quebraderos de cabeza, hoy con una, mañana con otra.

—No le calumnies, Paco!

—¿Calumniarle yo? ¿Yo? ¿Yo que le quiero tanto!

—Pues hay quienes se complacen en eso. El otro día, la semana pasada, vinieron á contarme mil cosas. Si yo tuviera amores con Luis no me traerían tantas noticias de él. Creyeron, sin duda, quienes me lo contaron, que á mí me interesaba esa noticia... Y aunque así fuera, y tuviéramos amores, habría sido lo mismo. No soy yo de esas mujeres para quienes ciertas cosas son imperdonables... Figúrate tú que vinieron á decirme... que Luis tenía una querida, una coiteña que se llama Candelaria, la cual vive en la calle de la Huerta de San Francisco; sí, por ese rumbo, y que esa señora tiene hijos de Luis. ¿Sabes que eso es una calumnia atroz?

Sonrió Paquito y se columpió en la mecedora.

—¿Y tú qué contestaste, Leo?

—¿Yo? ¡Pues qué había de contestar! Que no me interesaba el asunto; pero que si yo fuera novia de Luis, no me preocuparía por eso, porque yo estaría siempre en mi sitio, y ya vería yo la manera de que eso se acabara, y... ¡Vaya si se acabaría! ¡Qué gente, señor, qué gente! Por supuesto que después... dije lo que venía al caso, para dar su merecido al noticioso.

—Pues, Leonorcita: no mentían. Te dijeron la purita verdad. Yo quiero mucho á Luis; pero amor y aborrecimiento... Si tú supieras latín te diría yo un verso de Horacio que aprendí en el Colegio Católico, cuando estuve allá y el señor Jibaja quería enseñarme literatura... No te engañaron. Me consta.

—Mira, Paquito: ¡no me engañes!

—Me consta, mujer... Yo conocí á Candelaria en el rancho... Allí la tuvo Luis mucho tiempo, y conozco á

los niños... El vivo retrato de su padre!

—Nada de raro es eso. Los hijos naturales salen siempre así.

—Para que la cosa no quede oculta, —dice mi mamá.

—Pues yo, si fuera novia de Luis, pronto acabaría con eso.

—Y harías bien. ¡Pobres mujeres,

Leonor! Dice un autor que las mujeres se conforman con ser el último amor de su marido. ¡Triste cosa! Y ya me voy... Estarán esperándome para la merienda. ¿No se te ofrecía otra cosa?

—Sí; que me prestes una novela bonita...

—La tendrás mañana.

CAPITULO XVI.

Los saberes de la Srita. Orcillés.

En la noche, en Villatriste, es costumbre que las señoras salgan de paseo, un ratito, de siete á ocho. Van á tiendas á comprar naderías, hilo, agujas, artículos de ferretería; pero nunca telas. Las Quintanillas, cuando el tiempo era bueno, seguían la tradición y daban su vuelta por el Jardín Morelos, ó por la calle de la Reforma, hasta la iglesia de las Nieves.

Esa noche, al salir, dijo Leonor á sus hermanas:

—Pasaremos por la casa de Clotilde Orcillés. Si está allí y no anda de convite, me dejan allí un rato. Le tengo ofrecido ir á verla para que me dé unas recetas. Ustedes se van á pasear, y al regreso me llaman por la venta. Les suplico que no me tengan allí hasta las nueve de la noche. ¡Ya saben cuánta es la amenidad de la conversación de nuestra amiga.

No había salido la Orcillés. Tejía no sé qué cosa cerca de un velador, y tenía en el regazo un falderillo. Como siempre: estaba de lo más compuesta, muy bien peinada, cautivas en apreta-

do corsé las superabundancias plásticas de su interesante persona.

—Entra, Leonor, entra! En tí pensaba yo, recordando que me habías ofrecido venir por las recetas. Tengo listas para entregártelas no sólo las que tú querías, sino otras más. Ya verás, pruébalas: una de queso á la Príncipe de Gales, que sale riquísimo; otra de bollos para el té, magnífica, y otra de crema de lima, que es un dulce celestial. Ya estaba yo pensando en ir á verte mañana... porque contigo no se puede contar, desde que Luis Gamboa cautivó ese tu corazoncito de pápico!

—Por favor, Clotilde, no me hables de eso. ¡Sigues con la misma tema?

—Mientras tú no seas franca conmigo, conmigo que soy la más dulce de tus amigas, y la que más te quiere.

—Pero, hija... si no hay nada de lo que tú te imaginas...

—Niega, niega... ¡Acuérdate de San Pedro que lloró lágrimas de sangre por haber negado á su Maestro!

—Hablemos de otra cosa. Dime, y por qué no me saludaste el otro día, la tarde aquella que pasaste por casa?

—¡Yo!

—Sí, tú! ¡Con quién ibas? No me acuerdo... Espera; sí, con las Miramontes.

—Con las Miramontes...

—No hija... ¿á quién tomarías por mí? Si yo no he salido con ellas á la calle. Estuve á visitar los días pasados, á corresponder su visita, y á conocer la escuela. ¡Si tú vieras que bien arregladita la tienen! Para eso, nadie como ellas! ¡Qué aseo! ¡Qué orden! ¡Lástima que no puedan durar mucho allí! Lo peor del caso es, que si el señor Cura no se compadece de ellas, no sé yo lo que harán esas niñas... ¡Dios les dé marido! Eso resolvería todas las dificultades, porque el hermanito, (estarás enterada de todo) no sirve para nada, como no sea para embriagarse en las cantinas. Hace más de un año, que como si no tuviera hermanas... Antes iba poco... pero desde que el muy cínico se echó á vivir con esa perdida... la corista aquella de los ojazos, aquella que traía mareados á tantos y tantos! ¡Pobres muchachas! Si tú supieras lo que pasa...

—Pues dilo, mujer.

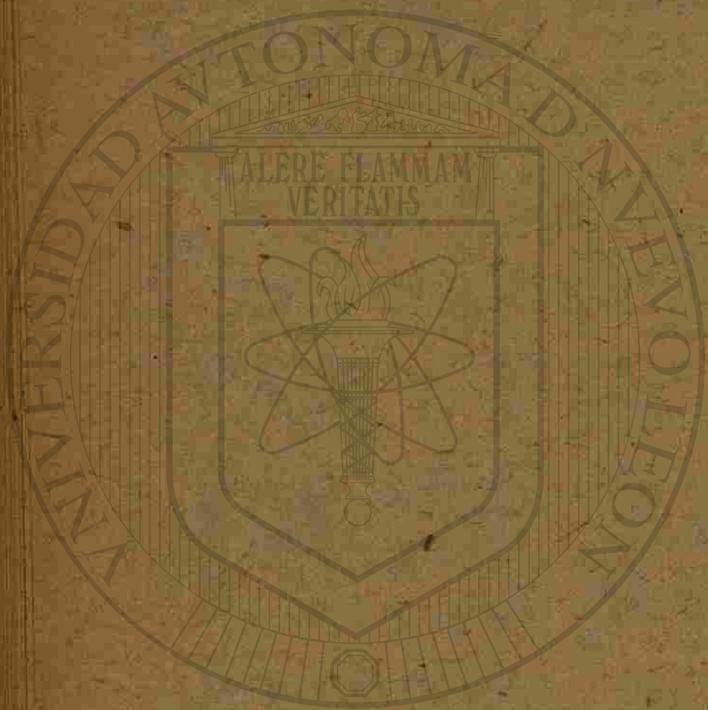
—El otro día, cuando la infeliz de Luisa me lo contó, la desdichada lloraba á lágrima viva. ¡Qué infamias se cometen! Si te digo, criatura; que esos hombres merecen que los quemem vivos. Las comprometieron á aceptar la Escuela, y por cierto que costó mucho trabajo que se los dieran. A no ser por una carta de arriba que les consiguió no sé que persona de Méjico, no hay nada! El Regidor del ra-

mo y Jurado, tomaron en ello gran empeño. Luisa hizo el sacrificio de meterse á oradora... (Eso es una cosa, Leo, que no puedo perdonarle á Luisa). Por fin, después de mil zozobras y disgustos, les dieron la escuela. ¡Y ellas tan contentas! ¡Tan agradecidas á Jurado y al Inspector! Imagínate tú: no les faltan, que les sobran en el Ayuntamiento, algunos enemigos... Y ahora salimos con que los favorecedores son más temibles que los contrarios! ¡Si no es para dicho! Los dos son un par de pícaros... el Jurado y el Varillas... El viejo se ha prendado de una hermana y Varillas de la otra, y ahí tienes tú, á los muy bribones, en la escuela, á todas horas, sin que las niñas puedan decirles la menor palabra. ¡Los dos son casados, hija, los dos! Y qué atrevidos y qué osados... Ya los dos declararon su pasión ardiente, y las pobres muchachas no saben qué hacer. Yo les aconsejé que lo consultaran con el señor Cura, ó que le escriban al Gobernador... Ese es el único remedio, para que las dejen en paz y para que, el año próximo, esos señores no sean favorecidos por el... voto popular.

—Pues yo había oído decir que á Luis Gamboa, que es muy bueno, muy generoso, y muy amigo de Varillas, le debían el empleo.

—No, hija; Luis no se ha metido en eso. Por el contrario, se valió de una persona, ¡vaya, de mí! para que les dijera á esas pobres niñas que se cuidaran de esos zánganos.

Respiró Leonor, y habló de otra cosa. Recibió las recetas, vinieron por ella Carolina y Rosa, y el punto aquel, tan obscuro, quedó aclarado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AVELLANEDA
DIRECCIÓN GENERAL



CAPITULO XVII.

FIN.

A la mañana siguiente, recibió Luis una tarjeta de Leonor que decía así: "Leonor Quintanilla, suplica á usted le haga el favor de venir esta tarde á esta casa, después de las cinco, para tratar de un asunto importante."

Muy puntual á la cita, estuvo el joven. Recibiónle Rosa y Carolina, á poco salió Leonor, y la conversación fué enredándose del modo más agradable. Una tras otra, con frívolo pretexto, se retiraron las hermanas mayores.

Al verse solo con Leonor, díjole Luis:

—¡Con qué gusto he venido! Me imagino la resolución de usted. Por fin acepta usted mi cariño.....

—Mucho tenemos que hablar,—contestó Leonor—mucho y muy importante. Perdóne usted, si por casuali-

dad, y muy á mi pesar, puede usted estar seguro de ello, se me escapa alguna frase amarga, alguna palabra dura. Hay cosas de las cuales no se habla con frases de miel.

—Luis no acertaba á comprender á dónde iba la joven. Esta presiguió:

—Me manifestó usted su afecto, y yo no le rechacé; me dijo que me amaba, y yo que sentía por usted simpatía vivísima, callé, y ni dí á usted esperanzas ni le rechacé con un desaire; no debía yo hacer ni lo uno ni lo otro. Pasaron los meses, me conduje, como era natural, con el mayor decoro, usted insistió y yo le escuché otra vez. Entonces no disimulé que le prefería, pero no quise que ni usted ni yo quedáramos comprometidos, ¿no es verdad? Fijé un plazo; usted le quiso más corto, y yo no accedí. Me comprometí únicamente á abreviarlo

si lo creía debido, si me convencía del amor de usted, y si me lo ordenaba el corazón. Ese momento llegó, Luis, y para tratar de eso he molestado su atención y le he distraído de sus ocupaciones.

—¡Gracias Leonor! ¡Gracias! ¡Mi felicidad no tiene límites!

Leonor le detuvo con un ademán:

—He sabido... Perdóneme usted, perdóneme, pero hay cosas que deben ser dichas... He sabido que usted, por un error juvenil, por extravíos de la edad, por falta de experiencia, por la vida de esta ciudad, llamada con razón Villatriste, vida engendradora de tedio, de aburrimiento y de vicios, hace tiempo contrajo usted lazos ilícitos que tienen que ser desagradables á una mujer que algo vale y que se estima en mucho.

Luis palideció, encendióse después, é iba hablar.

—¿Es cierto eso?

—Sí, Leonor!

—¿Es verdad que esos amores... esos?

—Soy padre de varios niños.

—Lo sabía yo, pero he querido oírlo de labios de usted.

—Es cierto.

—Pues bien, ¿quiere usted que le dé mi corazón, mi mano, que sea yo la compañera de su vida?

—Sí, Leonor.

—Pues... deseo en usted un hombre nuevo, purificado de las manchas esas.

—Lo seré.

—¿Romperá usted esos lazos que le deshonran y le avergüenzan? Me lo dice claro el rostro de usted.

—Hoy mismo.

—¡Y esos niños! Hijos son de usted... y no deben vivir lejos de us-

ted! Comprendo que la madre... ¡Podría educarlos convenientemente!

Luis con un movimiento de cabeza dijo que no.

—No; sin duda. Pues los recogerá usted, y los llevará á nuestro lado. Yo seré para ellos como una madre.

—Leonor: es usted un ángel!

La joven sonrió satisfecha de sí misma.

—No seré la madrastra, créalo usted... Yo prometo cumplir debidamente, y que murmuren y comenten, que charle Galeoto, no le temo. Pero exijo de usted vida nueva, para hacer de usted, á quien amaré con toda el alma, á quien amo ya con todo el corazón, lo que ha debido ser desde los primeros años.

Luis se inclinó, y tomando la mano de Leonor, se la estrechó suavemente.

—Sí, Luis: seré esposa de usted, y diga el mundo lo que quiera, murmure lo que le plazca; y que se comente nuestro matrimonio en todos los círculos, bien ó mal, desde las sacristías donde chismean beatas, hasta en la casa de Clotilde Orcillés que es para mí un símbolo, el alma triste por excelencia, la personificación viviente de nuestra aburridora ciudad! No sé donde leí que la tristeza, alma de la vida moderna, es en el mundo actual fuente de males y engendradora de vicios. Ciertamente: la virtud es alegre.

—Leonor: nunca soñé con tales dichas. Seré bueno. ¿No es verdad que el arrepentimiento es más meritorio que la inocencia?

—Ahora, espere usted á mi padre y pídale mi mano.

Y en seguida gritó:

—¡Carolina! ¡Rosa! ¡Vengan! ¡Todo está arreglado!

Al llegar las hermanas levantóse Leonor, y con aristocrático porte, con énfasis dramático, hizo la presentación, imitando una escena de Onhet y haciendo reír á Rosa, á Carolina y á Luis.

—*Mi hermana Carolina... Mi hermana Rosa.....*

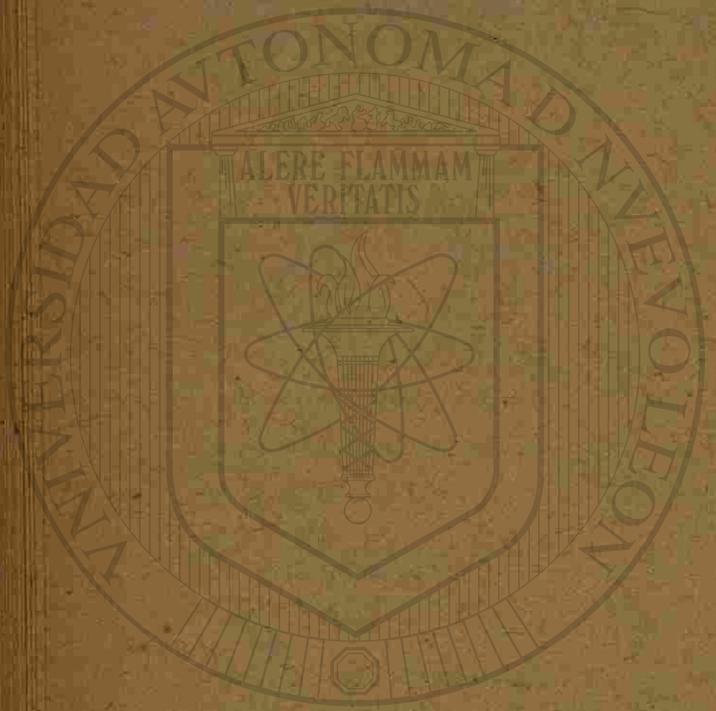
Y, señalando á Luis:

—*¡Mi prometido!*

FIN.

UNIVERSIDAD
MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

308



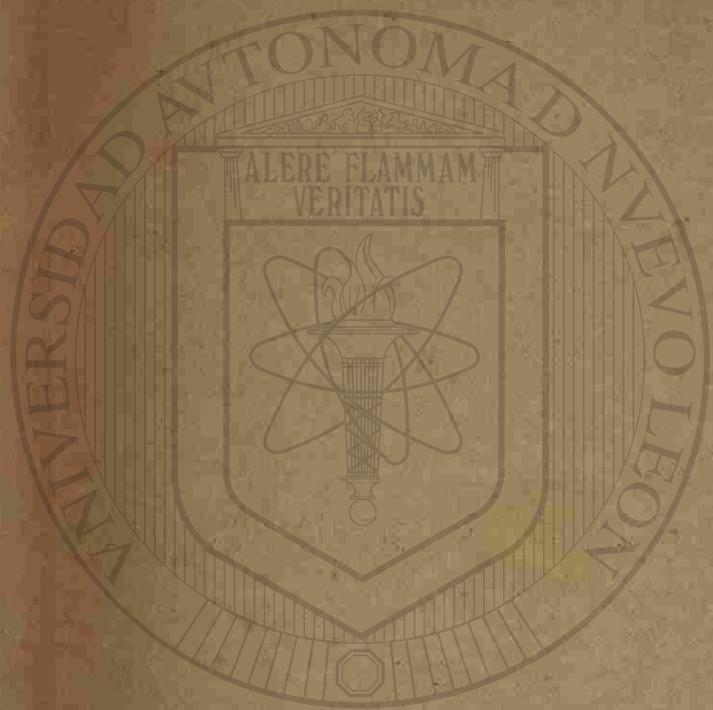
LECCIONES DE GEOGRAFIA HISTORICA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

RAFAEL DELGADO

LECCIONES

DE

GEOGRAFIA HISTORICA

SEGUIDAS DE UNA BREVE INTRODUCCIÓN

AL ESTUDIO DE LA

CIENCIA HISTORICA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

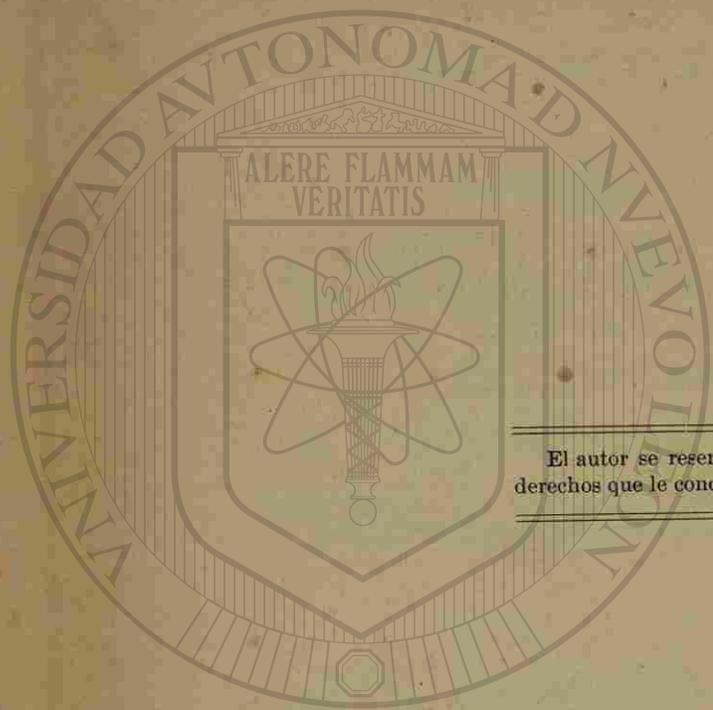


JALAPA.

Oficina Tipográfica del Gobierno del Estado

1910.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
86217



El autor se reserva todos los derechos que le concede la ley.

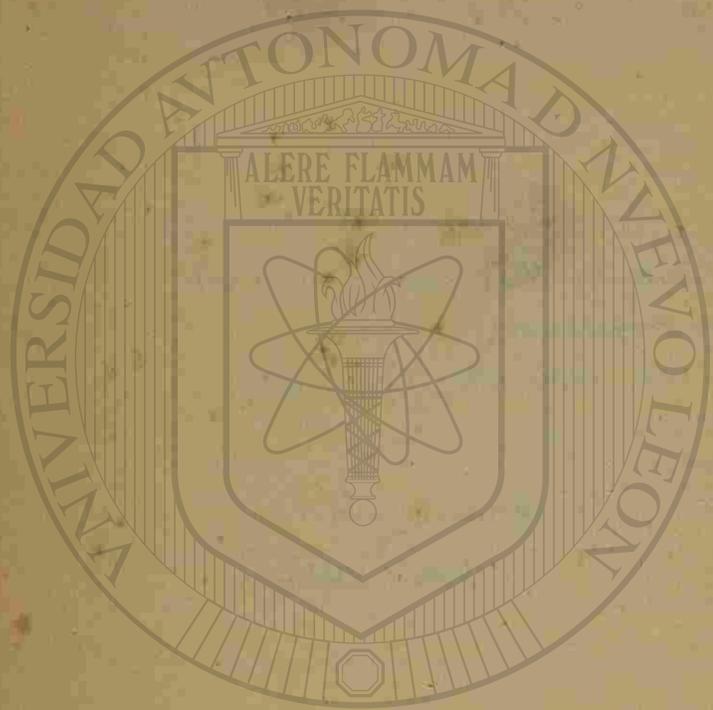
Al señor don *Fernando Rodríguez*, alumno del
Colegio Preparatorio de Orizaba
en los años de 1889, 1890, 1891, 1892 y 1893.

SU MAESTRO Y AMIGO

Rafael Delgado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO
BIBLIOTECA DE ORIZABA
7. 588



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INTRODUCCION.

De la misma manera que la Historia se divide, con relación al tiempo, en Antigua, de la Edad Media y Moderna, así la Geografía puede, asimismo, con relación al tiempo, dividirse en tres partes, como aquélla, y con los mismos calificativos.

Geografía es la ciencia que trata de la descripción de la Tierra. Considerada con relación á los tiempos, podemos decir que *es la ciencia que trata de las divisiones que los hombres han hecho de la Tierra* en la Edad Antigua, en la Edad Media y en la Edad Moderna, por consecuencia de las mudanzas sociales y políticas efectuadas en el Mundo.

En este breve curso, traducido y extractado de varios autores, trataremos de la Geografía Antigua, tan eficaz auxiliadora de la Historia que puede decirse que, sin aquélla, los principales sucesos que ésta refiere apenas pueden ser comprendidos por quienes no hayan cultivado este ramo importantísimo de los conocimientos humanos.

Alguno ha llamado á la Geografía y á la Cronología *los ojos de la Historia*. Efectivamente, ambas ciencias son de la mayor importancia.

Imaginémonos, por un momento, una ciudad tan extensa y populosa como Londres, en la cual, por un des-

cuido apenas concebible, no tuvieran nombre las anchas avenidas, ni las estrechas calles, ni las hermosas plazas, y donde los edificios no estuviesen numerados, y comprenderemos fácilmente lo que sería la Historia si penetrásemos en el dédalo inextricable de sus narraciones sin el auxilio de la Geografía. El viajero que á tal ciudad llegara, veríase á poco perdido en un laberinto de donde sólo un práctico podría sacarle, y tendría suma dificultad para conocer sitios, lugares y edificios hacia los cuales la necesidad ó la curiosidad le impulsaran.

Cosa semejante pasará á quien, tratando de estudiar los variados é interesantes sucesos que constituyen la vida pasada del humano linaje, éntre en el mundo de la Historia sin que la Geografía le preceda en tan largo camino.

CAPITULO I.

BREVES NOCIONES HISTÓRICAS ACERCA DE LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS.

Idea general de la Geografía Antigua.

Millares de años ha necesitado el hombre para tener un conocimiento exacto de la Tierra que habita. De las cinco partes del Mundo, ó seis como pretenden algunos geógrafos contemporáneos, los Antiguos conocían nada más, y eso muy imperfectamente, Europa, Asia y Africa. Sus geógrafos sólo tenían idea clara de una corta extensión de cada una de ellas, y aun puede decirse que únicamente describieron con exactitud las costas del Mediterráneo, en cuyas orillas estuvieron las grandes naciones que empuñaron sucesivamente el cetro del Mundo. Quanto al interior de las tierras el círculo de sus conocimientos no se extendió sino con mucha lentitud, sin llegar nunca á tocar los límites de los continentes.

I.

Desde los tiempos más remotos hasta Herodoto.

Asia fué la cuna de la especie humana, el lugar donde habitaron las primeras naciones civilizadas, y también objeto del primer ensayo geográfico. La Biblia

cuido apenas concebible, no tuvieran nombre las anchas avenidas, ni las estrechas calles, ni las hermosas plazas, y donde los edificios no estuviesen numerados, y comprenderemos fácilmente lo que sería la Historia si penetrásemos en el dédalo inextricable de sus narraciones sin el auxilio de la Geografía. El viajero que á tal ciudad llegara, veríase á poco perdido en un laberinto de donde sólo un práctico podría sacarle, y tendría suma dificultad para conocer sitios, lugares y edificios hacia los cuales la necesidad ó la curiosidad le impulsaran.

Cosa semejante pasará á quien, tratando de estudiar los variados é interesantes sucesos que constituyen la vida pasada del humano linaje, éntre en el mundo de la Historia sin que la Geografía le preceda en tan largo camino.

CAPITULO I.

BREVES NOCIONES HISTÓRICAS ACERCA DE LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS.

Idea general de la Geografía Antigua.

Millares de años ha necesitado el hombre para tener un conocimiento exacto de la Tierra que habita. De las cinco partes del Mundo, ó seis como pretenden algunos geógrafos contemporáneos, los Antiguos conocían nada más, y eso muy imperfectamente, Europa, Asia y Africa. Sus geógrafos sólo tenían idea clara de una corta extensión de cada una de ellas, y aun puede decirse que únicamente describieron con exactitud las costas del Mediterráneo, en cuyas orillas estuvieron las grandes naciones que empuñaron sucesivamente el cetro del Mundo. Quanto al interior de las tierras el círculo de sus conocimientos no se extendió sino con mucha lentitud, sin llegar nunca á tocar los límites de los continentes.

I.

Desde los tiempos más remotos hasta Herodoto.

Asia fué la cuna de la especie humana, el lugar donde habitaron las primeras naciones civilizadas, y también objeto del primer ensayo geográfico. La Biblia

indica, por la genealogía de los descendientes de los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, las naciones que tuvieron su primitivo asiento en esta parte de Asia, y describe Palestina y las comarcas colindantes.

De los hebreos en el siglo XVII a. de J.-C., hay que pasar á los Griegos, porque los Fenicios, que fundaron en esta época la mayor parte de sus colonias, ocultaban con celoso cuidado el secreto de sus descubrimientos.

Los poemas de Homero, que se refieren al siglo X, contienen los conocimientos geográficos de los Griegos en aquel siglo, pero no son claros ni precisos sino en aquello que á Grecia se refiere y á la costa occidental del Asia Menor. Con excepción de algunas noticias acerca de la riqueza de los Fenicios de Sidón y de la magnificencia de Egipto, de una idea vaga de Sicilia, de la Italia meridional y del Océano, el resto de la geografía homérica, es un tejido de fábulas y de maravillas en las cuales no se encuentran datos positivos.

El establecimiento de numerosas colonias griegas en Italia y Sicilia, los perfeccionamientos alcanzados en el arte de la navegación y el desarrollo del comercio ampliaron y rectificaron, en todos sus pormenores, la geografía homérica. Pero, siguiendo el dicho del poeta, se continuó presentando la Tierra como un disco enteramente rodeado por el río Océano, opinión que los filósofos jónicos, discípulos de Tales, quisieron reemplazar con extrañas suposiciones: Anaximandro, de la misma escuela, comparaba la Tierra con un cilindro; Leucipo con un tambor; Heráclido con un esquife, y Jenófanes y Anaximeno con una montaña altísima, cuya base se perdía en lo infinito. Anaximandro trazó el primer mapamundi conocido. Dividía el disco de la Tierra en dos partes, separadas por el Me-

diterráneo, el Mar Egeo y el Ponto Euxino, que suponía en comunicación con el Océano por el río Faso. El mismo geógrafo aplicó á la parte septentrional el nombre de Europa y á la meridional el de Asia. Hecateo de Mileto, (siglo XVI a. de J.-C.) pensando que el Nilo se comunicaba al S. con el río Océano, consideró el continente que se extiende al O., como una tercera parte del Mundo, á la cual dió el nombre de *Libia*, denominación sustituida más tarde con la de Africa. De aquí que los Antiguos tuvieran el oriente de Egipto y de Etiopia por una parte de Asia. Así la división del Mundo conocido, en Europa, Asia y Africa, proviene de la creencia errónea de que cada una de estas partes estaba separada de la otra por los ríos que servían como de canales de comunicación entre el Mar Interior ó Mediterráneo y el río Océano. Así el estrecho de Gades, que ponía en comunicación el Mar Interior con el Océano, separaba Europa de Africa; el Faso, que unía el Ponto Euxino con el Océano, servía de límite entre Europa y Asia; y el Nilo, que desembocaba en el Mar Interior por el N. y en el Océano por el S., señalaba los términos de Asia y Africa.

II.

Geografía de Herodoto.

Poco á poco fué corregido este error. Herodoto, que escribió un siglo después de Hecateo, sabía ya que el Nilo y el Faso no están en comunicación con el Océano, y que el Mar Caspio es propiamente un lago. Des-

pués creyeron que se había engañado, y se admitió que el Mar Caspio era un golfo del Océano, error que no quedó destruido enteramente hasta el II siglo después de J. C. Los viajes de Hecateo y las noticias recogidas por él aumentaron los conocimientos geográficos, los cuales alcanzaban, por lo que se refiere al Continente asiático, hasta el Indó y hasta la extremidad de Arabia, considerada por tal geógrafo como la más meridional de las comarcas habitables; en Africa hasta las corrientes que reunidas forman el Nilo, al S. de Egipto, por una parte, y por otra hasta la Sirte Chica. De la región comprendida desde este punto hasta las Columnas de Hércules, Hecateo solamente da noticias muy incompletas. De Europa señala algunos pueblos de Iberia; los Cunisios y los Celtas, que habitaban del otro lado de las Columnas, y las ciudades de Tarteso y de Gades, al N. del Estrecho; de este lado de las Columnas, las islas del Mediterráneo, Sicilia, *Cirnos*, (Córcega), *Sardón*, (Cerdeña), *Masilia* (Marsella), los Ligios ó Ligures, los Tirrenos, la Gran Grecia, con el nombre de Italia, (el nombre de Italia sólo se aplicaba á la parte meridional de la Península), y en fin los Vénetos á orillas del Adriático. De los países situados al N. de Grecia, conocían el *Borístenes*, (Dnieper), el *Tanais*, (Don), y el *Istro* (Danubio). Herodoto supone las fuentes del Istro cerca de la ciudad de *Pirene*, entre los Celtas. La palabra *Pirineos*, que dice tanto como Pirene, no se aplicaba exclusivamente á la cadena de este nombre, sino á los picos más notables de ella. Corresponde á las palabras célticas y germánicas *brenner* y *firner*.

III.

Intervalo entre Herodoto y Alejandro Magno.

Durante el resto del siglo V. y principios del IV., los viajes y expediciones militares extendieron los conocimientos de los Antiguos.

En tanto que Herodoto escribía, el cartaginés Hannón iba, por orden de su república, á establecer en la costa occidental de Africa treinta mil colonos, y avanzaba en sus exploraciones hacia el S. La época de la expedición de Hannón se ha discutido mucho, mas parece demostrado que fué efectuada en tiempo de Herodoto, quien no tuvo conocimiento de ella. Por la misma época Himilcón, también cartaginés, tocaba en la isla de *Albión* ó Gran Bretaña.

El griego Sífax redactaba en la época de la guerra del Peloponeso su viaje ó *periplo*, que dió vivas luces acerca de Marsella y de las posesiones cartaginesas. Este fué el primer griego que pronunciaba el nombre de Roma. Por otro lado, la retirada de Jenofonte daba á conocer mejor el curso del Tigris y las regiones situadas en la extremidad oriental del Asia Menor.

En la parte opuesta del mundo conocido, otro ciudadano de una república griega, *Pitéas* de Marsella, — que vivió un poco antes de Alejandro Magno, — visitaba las comarcas europeas de las orillas del Océano, *Albión* y la famosa *Tule*. Esta isla, en concepto de algunos era la costa de Jutlandia, según otros, la costa de

Noruega, ó bien una de las islas Shetland. No ha faltado quien diga que era Islandia, pero esta opinión ha sido abandonada.

En el siglo IV a. de J-C., los conocimientos geográficos de los antiguos habían adelantado mucho. Aristóteles daba los siguientes límites al Mundo: al E. el Indo y los montes *Paropamisos*, que él suponía á orillas del Océano; al S. Libia y un río llamado *Crémetes*, que desemboca en el Océano, y que según algunos era el Senegal; al O. el río *Tarteso* (Guadalquivir), en España; al N. la isla de Albión, y en el continente los montes *Hercinianos*, en Germania. Admitía que la Tierra era redonda, y conjeturaba que España no estaba muy distante de la India. Esta creencia trajo á Cristóbal Colón al Continente Americano, el año de 1492.

IV.

Descubrimientos en tiempo de Alejandro Magno y sus sucesores.

La expedición de Alejandro Magno, quien renovó la faz de Asia, abrió á los sabios griegos un nuevo mundo. Conocieron éstos en Tiro y en Babilonia las observaciones de Fenicios y Caldeos, recorrieron toda el Asia Central, y cuando llegaron á la desembocadura del Indo, en el *Mar Eritreo*, (Océano Indico), Nearco costeó, de orden del rey, las regiones comprendidas entre este río y la desembocadura del Eufrates y del Tigris, en el Golfo Pérsico. En tiempo de los sucesores de Alejandro, las armas, la navegación y el comer-

cio llevaron á los Griegos hacia nuevas comarcas. Seleuco Nicator, primer rey de Siria, penetró vencedor hasta el Ganges é hizo alianza con el rey Sandracoto que reinaba en *Palibotra*. La ciudad moderna de Allah-Acbad está edificada en el sitio en que estuvo esta ciudad, en la confluencia de Dejennah y del Ganges. Megástenes, embajador de Seleuco en Palibotra, llevó de allí preciosas noticias acerca del curso del Ganges.

Por otro lado, los Tolomeos hicieron salir de los puertos de Berenice y de Myos-Hormos, abiertos por ellos en la costa del Mar Rojo, naves que fueron á comerciar á la India. Entonces fué conocida la isla de *Taprobana*, hoy Ceilán.

Después de Tolomeo Filadelfo (285-247), principal fundador de este comercio, Tolomeo Evérgetes (247-222), encargó de la Biblioteca de Alejandría á Eratóstenes, quien fundó en bases matemáticas un sistema completo de geografía, ejemplo seguido en el siglo II a. de J-C. por Hiparco, célebre astrónomo nacido en Nicea, en Bitinia (160-125 años a. de J-C). Hiparco prolongaba indefinidamente hacia el O. la costa occidental de Africa, y por el E. la costa oriental hasta juntarla con la India; otros pensaban que Africa terminaba en punta. Con esta convicción Eudoxio de Cizico, después de haber hecho varios viajes á la India, durante el reinado de Tolomeo Evérgetes II (146-117) y de Cleopatra, viuda de este príncipe, emprendió hacia el año 81, antes de J-C., dar vuelta al Africa. Salió de Gades, pero no se sabe dónde paró.

Las investigaciones de los Griegos de Alejandría tenían por teatro Africa y el Asia meridional. Al mismo tiempo los ejércitos romanos abrían Europa á los esfuerzos de los sabios.

Para señalar el desarrollo de los conocimientos geográficos, basta recordar la conquista de España y las primeras expediciones á Galia en el II siglo antes de J.-C., y en el primero la conquista de esta parte de Europa, las primeras tentativas de invasión en la isla de Bretaña, la sumisión de vastas comarcas situadas en la orilla derecha del Danubio, desde su nacimiento hasta la desembocadura de este río en el Ponto Euxino, y en fin, las guerras de Germania, durante las cuales penetraron las legiones hasta el Elba.

V.

Mundo conocido de los Antiguos en la época de Augusto Estrabón.

Los conocimientos geográficos de Romanos y Griegos fueron reunidos por un geógrafo contemporáneo de Augusto, llamado Estrabón, nacido en *Amasea*, hoy Amasieh, en el *Ponto*.

Estrabón, siguiendo las ideas admitidas por sus predecesores, dividía el globo en cinco zonas: zona glacial del N; zona templada; zona tórrida, bajo el Ecuador, y zonas templada y glacial meridionales. Las zonas glaciales y tórrida se tenían por inhabitables; las dos primeras á causa del frío riguroso y la tercera por el excesivo calor.

Así el mundo conocido de los Antiguos estaba comprendido en la zona templada del hemisferio septentrional. Según esta opinión, el Mundo era más largo de O. á E. que de N. á S. De aquí las palabras *longitud* y *latitud*, usadas por los geógrafos.

Sin entrar á pormenorizar los conocimientos geográficos de Estrabón, indicaremos la extensión y forma atribuidas por él á cada una de las tres partes del Mundo.

De Europa conocía la isla de Bretaña, las *Casitéridas*, ya nombradas por Herodoto, quien no sabía el lugar del Océano en que debía ponerlas, y á las cuales, según se dice, iban los Fenicios á buscar el estaño, (islas Sorlingas); la isla de *Ierna* ó *Hibernia* (Irlanda) que era considerada por él como la tierra más septentrional. Una línea, trazada desde Hibernia hasta las fuentes del Borístenes y del Tanais y que corresponde á los 55° de latitud de nuestros mapas, era el término septentrional de Europa. Esta parte del Continente estaba bañada por el *Océano Sarmático* (Báltico) donde Estrabón pone la isla *Basibia*. Se creía que la costa meridional de la península escandinava era una isla. Estrabón habla también de *Tule*, pero sin determinar su posición. A orillas del Océano Sarmático la isla de *Abalo* á donde los *Gutones*, (Godos) establecidos en el curso inferior del Vístula, iban á recoger el ámbar amarillo. Cuanto á la llanura inmensa que se extiende al E., á partir del Vístula, Estrabón sólo tenía noticias muy vagas: suponía á los Dacios entre el Danubio y el Borístenes, y á los Sármatas entre el Borístenes, el Caspio y el Océano, al cual daba su nombre este pueblo.

Si Estrabón limitaba la extensión de Europa, disminuía no menos la de Asia.

Suponiendo que la cadena del Tauro atravesaba toda el Asia de O. á E., dividía este vasto Continente en dos partes: una al N. y otra al S. del *Tauro*. Al N. habitaban los *Escitas*, divididos en gran número de naciones. Su territorio confinaba por el N. con el *Océa-*

no Escítico que conforme al sistema geográfico de Estrabón ocupaba el lugar de Siberia y Mongolia, y que estaba en comunicación con el Mar Caspio por medio de un canal.

En Asia, más allá del Tauro, el país más remoto era la India, que terminaba en la ciudad de *Tina* entre los *Seres*, (reino de Siam), y estaba limitada por el *Mar Eritreo* ó Mar de las Indias, en la parte comprendida entre la desembocadura del Indo y el cabo *Colis* (Comorín); el Océano Oriental que comenzaba en el cabo *Colis* y que se extendía por el O. y N. hasta el Océano Escítico. El Océano Oriental ocupaba el lugar del Cambodje, de Cochinchina y del Imperio Chino. La forma que daban á la India era muy extraña. Estrabón la prolongaba de tal manera hacia el E. que la costa occidental se convertía en meridional, perdiendo así su forma de península. La isla de Taprobana estaba figurada de O. á E., paralelamente á la costa.

Africa, en el mismo sistema, perdía casi la mitad de su extensión. Representábalas como un triángulo cuya base estaba formada por la costa septentrional desde *Pelusa* hasta las *Columnas de Hércules*; uno de sus lados estaba formado por el curso del Nilo, prolongado hasta el Océano, á través de Etiopia, y el otro por la costa comprendida entre Etiopia y las Columnas. Pensaba Estrabón que estas dos costas se juntaban en la zona tórrida, más allá de los límites de la tierra habitable, y que allí se reunía el Océano Atlántico con el Océano Indico. En la costa oriental el punto extremo estaba al S. del *Promontorio de los Aromas* (Guardafuí), y era el cabo llamado *Cuernodel Sud*, (*Noticornu*) hoy Punta Baja, no lejos de la región que producía la canela (*Cinnamomifera regio*). En la costa occidental el país de los *Etiopes Etéreos* cuya comarca

sería imposible señalar. La suponía poco distante de la región de la canela, y creía que sin el excesivo calor de la zona tórrida habrían estado en comunicación ambas regiones. Para Estrabón el interior del Africa era sólo un vasto desierto.

A este cuadro del mundo conocido de los Antiguos añadiremos muchas comarcas fabulosas, embellecidas por las tradiciones poéticas y que tan brillante papel han desempeñado en la Geografía Antigua.

En Europa los montes *Rifeos*, cuya vertiente septentrional estaba habitada por los pueblos hiperbóreos. Los Griegos creyeron al principio que estaban en Tracia, pero cuando conocieron este país y exploraron esta parte de Europa fueron creyendo que estaban más y más al N. En el primer siglo de nuestra era los ponían en la extremidad septentrional de la Tierra. Como se imaginaban que el Aquilón nacía en los montes Rifeos y bajando hacia el S. se extendía por toda la tierra, creían que los hiperbóreos no resentían su helado soplo, que vivían en un clima delicioso, libres de vicios, de enfermedades y discordias, y que cuando estaban hartos de tanta felicidad, después de celebrar el último festín, corrían á precipitarse en el mar desde lo alto de una roca.

En Africa estaba *Panquea*, donde la Fénix anidaba en el altar del Sol. Se cree que esta isla era Socotora. En el interior del continente los *Macrobienses* que llegaban á vivir hasta mil años, y otros muchos pueblos no menos célebres, entre los cuales citaremos á los *Pigmeos*, que desde tiempo de Homero tuvieron un lugar en la Geografía. Se dice que un viajero comunicó, no ha mucho, al mundo científico la existencia de un pueblo en el interior de Africa, cuyos individuos tienen una estatura verdaderamente infantil. Acaso los

Antiguos hayan tenido noticia de él, y de aquí nació la fábula de los Pigmeos. A poca distancia de la costa occidental estaban las famosas islas *Afortunadas*. Homero ponía en el Océano la *Caverna de los Muertos* y el *Eliseo* llamado por él *Isla de los Bienaventurados*. Los poetas de las edades siguientes añadieron la isla de las *Hespérides* (según unos las islas Baleares, según otros la Península Ibérica, ó las Canarias) en cuyos jardines había árboles que daban manzanas de oro. Hay quien crea que dichas manzanas eran las naranjas, las cuales por su hermoso color fueron comparadas por los poetas con el precioso metal. Además de estas islas la de *Medusa*, y otras muchas islas *Afortunadas*. Griegos y Romanos, dominados por estas tradiciones poéticas, cuando conocieron las Canarias les dieron este nombre, aunque la naturaleza de estas islas no justificaba el título. En fin, otra tradición, la de la Atlántida, tan hermosamente cantada hace pocos años por el célebre poeta catalán Jacinto Verdager, fué conservada por Platón. Era una hermosa comarca situada en el Océano, extremadamente rica y fértil, cuyos habitantes habían conquistado Europa hasta Grecia, la cual sólo pudo ser salvada por el valor de los Atenenses; pero que de repente desapareció tragada por el mar.

VI.

Mundo conocido de los Antiguos.

TOLOMEO.

Después de Estrabón, cuyos conocimientos acabamos de analizar, vinieron en el primer siglo antes de J.-C. Plinio el Antiguo, Pomponio Mela y otros escritores, y en el II siglo, ó hacia el año 100, Marino de Tiro, y Tolomeo que floreció de 140 á 170.

Tolomeo resumió en su obra la ciencia geográfica de la Antigüedad, de la cual fué el último y tal vez el más notable representante. De su libro debe extraerse lo que propiamente se ha llamado el *Mundo conocido de los Antiguos*, pero no exclusivamente, porque hay necesidad de consultar también á los escritores precedentes, tales como Plinio y Mela.

Puede decirse, de una manera general, que los países conocidos de los Antiguos comprendían un espacio de 120° de longitud, desde los 20° al O. del meridiano de París, hasta los 100° al E.; y 70° de latitud desde los 60° de latitud N. hasta los 10° de latitud S., con la restricción siguiente: que en los tres continentes de Europa, Asia y Africa, y sobre todo en los dos últimos, los antiguos no descubrieron uniformemente hasta los límites de esta zona, sino que la tocaron nada más en algunos puntos extremos.

EUROPA.

En Europa, como en las otras dos partes del Mundo, las provincias del Imperio Romano habían sido descritas completamente. Así lo prueban los itinerarios militares, cuadros aumentados con algunos por menores acerca de pueblos y países.

Los países extranjeros limítrofes del Imperio eran conocidos exactamente, á causa de las memorias militares y de los tratados políticos ó mercantiles que existían entre Romanos y Bárbaros, pero cuanto á las regiones situadas más allá, sólo tenían nociones confusas é incompletas.

En el Océano Atlántico que bañaba en Europa las provincias romanas de España, Galia y Bretaña, estaba al O. la isla de Ierna ó Hibernia que, aunque conocida de los Romanos, no había sido sometida; al N. de la provincia de Bretaña los Romanos habían recorrido por mar toda la parte superior, independiente todavía y llamada *Caledonia*; pero conforme á sus ideas, creían que este país estaba de O. á E. Puede observarse que inclinaban mucho hacia el E. todas las penínsulas que trazaron en sus mapas. Lo mismo hacían con el *Quersoneso Címbrico* (Jutlandia, Dinamarca) situada en la costa oriental del *Mar de Germania* (Mar del Norte) que le separaba de Bretaña. En la extremidad septentrional del Quersoneso, ponían las islas *Alocias*, que parecían haber estado en otro tiempo separadas del continente por un corto brazo de

mar que las arenas han llenado. En la costa occidental estaban las islas de los Sajones, una de las cuales se llamaba *Glesaria*, nombre derivado de la palabra *glessum*, con la cual designaban los Germanos el ámbar amarillo, lo que parece indicar que dicha isla era un centro importante del comercio de esta substancia. Al E., en el golfo *Codano* (mar Báltico), las cuatro islas Escandinavas (*Scandiae Insulae*) de las cuales tres corresponden á las de Laland, Seeland y Fionia, y la cuarta, á la cual se aplicaba más particularmente el nombre de Escandia. Dábase el de Escania á la costa meridional de Suecia, que se tomaba por una isla. Los Romanos conocían muchos pueblos de esta región y entre ellos el de los Godos (*Gutae*). Tenían también algunas nociones vagas de Noruega, y habían oído ya los nombres de Nerigón y Bergi; pero en el II siglo después de J.-C. se negó la existencia de ellas. En fin, al N. E. de Bretaña, la isla de *Tule* (islas Shetland ó bien Noruega.)

En el continente, Germania era conocida exactamente hasta el Elba, y confusamente más allá de este río; pero la cuenca del Vístula era muy frecuentada por los comerciantes, que, atraídos por el ámbar amarillo, iban hasta las costas del Báltico. Siguiendo hacia el N. E., los conocimientos de los Antiguos llegaban hasta el río *Quesino*, según unos el Duna, y según otros el Perna ó Livonia. Los principales pueblos de esta región eran los Vénedos, los Borusios ó Borusianos (Prusia, prusianos), los *Carcotos* (Curlandeses), los *Agatusos* y los *Salios*.

En el interior de las tierras y en los Montes Carpacios y en el Vístula se abrían para los Antiguos las vastas llanuras de la Sarmacia europea, limitadas al E. por el Tanais (Don), límite entre Europa y Asia.

VII.

ASIA.

El velo que cubrió por muchos siglos la parte septentrional de Asia había sido levantado en algunos puntos.

Al otro lado del Tanais —tégase en cuenta que exponemos los sistemas geográficos Antiguos— comenzaba el continente asiático, del cual conocían el *Ra* (Volga) que habían remontado hasta su fuente, y en la parte más lejana de la Rusia actual el *Ra Oriental* (Kama) que nace en los montes Urales. Al N. de estas dos grandes corrientes de agua, hacia los 60° de latitud N., terminaban las nociones positivas, puesto que colocaban en estas regiones septentrionales á los imaginarios montes Rifeos y á los pueblos hiperbóreos, no menos fabulosos.

Lo que ya se conoce acerca del *Ra*, había destruido el error, por mucho tiempo acreditado, de que el mar Caspio se comunicaba con el Océano Escítico, del cual era un golfo. Se sabía que este mar estaba cerrado, como ya Herodoto lo había dicho. Las comarcas atravesadas por los afluentes del mar Caspio y por el *Iaxarte* que desembocaba en el lago *Oxio*, (lago Aral), estaban divididas en dos partes: la Sarmacia asiática y la Escitia. La Sarmacia tenía por límites al O. el Tanais; al S. el Cáucaso y al E. el Mar Caspio. La Es-

citia estaba limitada al S. O. por el Mar Caspio y al S. por el *Iaxarte*. Sus límites septentrionales no pueden fijarse, porque en esta dirección se suponían tierras muy vastas y desconocidas, que ocupaban el lugar que los geógrafos anteriores daban al Mar Caspio, el cual para Tolomeo estaba más al N., confundido con el Mar glacial, llamado también Mar Perezoso (*Mare Pigrum*).

En el centro de Escitia la cadena de los montes Imaús, de la cual se separaba una rama para formar al N. E. los montes *Annibi*, (Altaí) en tanto que la cadena principal continuaba por el S. E. con los nombres de montes *Emodos* (hoy Bolor ó Belour) y los montes *Séricos* ú *Otorocoros* (Montes Himalaya).

El *Imaús* dividía la Escitia en dos regiones: la Escitia de aquende el Imaús, al N. O., y la Escitia de allende el Imaús, al S. E.

En la primera habitaban los *Iaxartos*, siguiendo el curso del *Iaxarte*; al N. los *Alanos* y los *Aorsos*, que de concierto con los Romanos, en tiempo de Claudio, habían destruido á los *Siracios*, de los cuales enumera Tolomeo treinta y tres pueblos. En el curso superior del *Iaxarte*, el país de los *Masagetas* y de los *Sacios* (Gran Bukaria) que los geógrafos no ponen en las dos Escitias, por mucho que perteneciesen á la gran nación escítica. A lo que parece no tenían más que una ciudad, *Torre de Piedra* (Tachkend) en el camino por donde pasaban las caravanas que iban á *Sérica*.

La Escitia de allende el Imaús era poco conocida. Sin embargo, podemos señalar á *Casia-Regio*, en el Kachgar; *Auzacitis-Regio*, al N. E. de la anterior, y los *Chatas* en el *Khotán* (Bukaria Menor). En la parte septentrional, los *Isedones*, que vivían en carros, cerca de las montañas auríferas del Altaí. En esta mon-

taña terminaban los conocimientos geográficos de los Antiguos, aunque sabían que vastas tierras se extendían más allá. Así, el límite de la geografía antigua llegaba en Asia hasta los 60° de longitud, poco más ó menos. En el E. eran conocidas algunas tribus nómades que vagaban por los confines del gran desierto de Cobi ó Chama, límite extremo de los conocimientos de los Antiguos por este lado, á los 100° de longitud oriental de París.

Entre Escitia é India suponían la *Sérica*, así llamada por el nombre del gusano que produce la seda. Estaba limitada al N. por la Escitia de allende el Imaús; al O. y S. por los montes *Emodos* y *Séricos* que la separaban de la India, y al E. por tierras desconocidas. De los países actuales comprendía el Tíbet Mayor y el Tíbet Menor, el límite meridional de la Bukaria Menor (Cachemira) y algunos otros valles de las montañas en que nace el Indo. Aunque han sido expuestos muchos otros sistemas relativos á la posición y extensión de *Sérica*, seguimos aquí el de Malte-Brun.

Los pueblos principales eran: los *Caspirios* (Cachemira) los *Atacoros* (reino de Ladagh), los *Tagurios*, los *Isedones*, cuyo nombre se encuentra todavía en *Iscerdón* (Tíbet Menor), los *Batas* (Tíbet Mayor) y los *Otorocorros* en las montañas de este nombre. De las ciudades citaremos *Isedón-Sérica* (Iscerdón), *Serinda* (Ser-Hend), donde más tarde los Griegos del Bajo Imperio fueron á traer los gusanos de seda, y *Sera-Metrópolis*, capital de *Sérica*. (Seri-nagar, en el centro del Tíbet). *Nagar* indica una ciudad de primera clase.

Sérica proporcionaba seda, pelo de cabra, hierro de excelente calidad y un perfume llamado *malabathrum*, que tal vez era el almizcle. Los Seres, á pesar

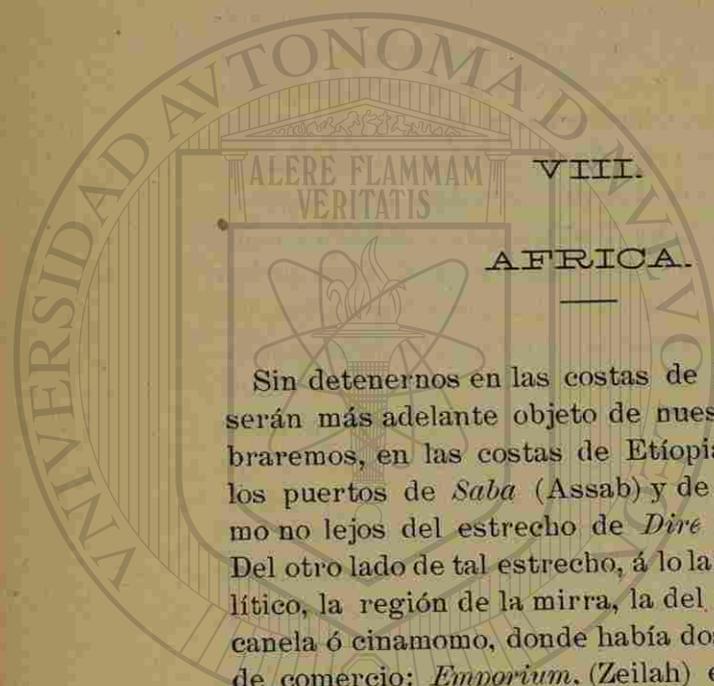
de la riqueza de su país se aplicaban poco al comercio; esperaban á los comerciantes extranjeros, y, sin decir una sola palabra, cambiaban los productos de su industria por los de otras naciones. Las caravanas que iban á *Sérica* salían de *Bactres* (Balkh), remontaban el Iaxarte hasta sus fuentes, pasaban por *Torre de Piedra* (Tachkend), atravesaban el desfiladero de Konghez, llegaban á *Casia-Regia* (en el Kachgar) y por fin, al cabo de siete meses, á *Sera-Metrópolis*.

Al S. de *Sérica*, estaba la India, cuyos límites eran al N. los montes Imaús, Emodos y *Séricos*; al O. los montes *Paropamisos* y los *Arbiti* en *Aracosia*; al S. el mar Eritreo, ó mar de las Indias y el Océano Oriental, y al E. países desconocidos.

Esta vasta comarca, habitada por tantos pueblos ricos y poderosos, se dividía en tres partes: India de aquende el Ganges; India de allende el Ganges; y el país de los *Sines*. Los dos grandes ríos, el Indo y el Ganges, cuyo origen no era conocido, recibían considerable número de afluentes.

Sin entrar en una enumeración inútil, pueden citarse, entre los diez y nueve afluentes entonces conocidos, en la orilla derecha, el *Cophes* (Kaur); en la izquierda los cuatro ríos célebres: el *Hidaspes* (Bebat), el *Acesines* (Teschunab); el *Hidraotes* (Rawy) y el *Hyphaso* (Baypaoha). El Indo, que corría de N. á S., desembocaba en el mar Eritreo por siete bocas. Hoy no tiene más que cuatro.

El Ganges, del cual decían los Antiguos que desde su fuente corría con estrépito, nacía al N. O., y caminando hacia el S. E., desembocaba en el Océano Oriental, también por siete bocas.



Sin detenernos en las costas de Egipto, las cuales serán más adelante objeto de nuestro estudio, nombraremos, en las costas de Etiopía, los *Trogloditas*, los puertos de *Saba* (Assab) y de *Adulis*; este último no lejos del estrecho de *Dire* (Bab-el-Mandeb). Del otro lado de tal estrecho, á lo largo del Golfo Avalítico, la región de la mirra, la del incienso y la de la canela ó cinamomo, donde había dos grandes centros de comercio: *Emporium*, (Zeilah) en el país habitado por los *Avalites*, y *Mosilón*. Este territorio terminaba en el *Promontorio de los Aromas* (Guardafuí). El país situado al S. se llamaba *Barbaria* ó *Azania* (Aján). Dos cabos señalaremos, como muy notables, en esta región: *Zingis* (Orfui) y *Noti-cornu* (Punta Baja). En seguida de la costa de *Azania* estaba la *Gran Playa* (*Magnum littus*, Magadoxo); no lejos de ésta, la ciudad mercantil de *Rapta* (Patta) que como todas las ciudades de la costa dependía de los Arabes sabeos. Al S. estaba la isla *Menuthias*, (Zanzíbar) y, en fin, el promontorio *Prasumus* (cabo Delgado ó del Gado) donde acababan los conocimientos de los Antiguos acerca de la costa oriental de Africa, hacia los 10° de latitud próximamente. En otro sistema ponían este cabo en el cabo Brava, poco más al N. del ecua-

dor. La misma ilusión que hacía que los geógrafos supusieran la India prolongada hacia el S. E., hizo creer que Africa, á partir del promontorio *Prasumus*, continuaba hacia el N. E. hasta juntarse con la India. Las nociones que tenían acerca del interior del continente africano, aunque muy incompletas, eran bastante exactas. Sabían que el Nilo estaba formado por la reunión de muchos ríos, de los cuales los dos principales eran el *Astapo* y el *Astáboras*.

Los ejércitos romanos habían penetrado en la parte septentrional hasta *Phazania* (Fezzán) y por el S. hasta el país de los *Garamantes* que tomaban nombre de la ciudad de *Garama* (Germa), y cuya capital era *Alasis* (Mourzouk). Esta nación tenía un gran territorio que tal vez llegaba hasta el Borneo actual. Todos los pueblos situados al S. de los *Garamantes* tomaban el nombre de Etiopes y los consideraban divididos en dos clases: Etiopes orientales, al E. del Nilo, y occidentales al O. Estos últimos habitaban la *Nigricia*, desconocida por mucho tiempo. La existencia del río *Nigris* (Niger) fué señalada exactamente por Tolomeo. Antes de éste, tenían idea de un gran río que corría de occidente á oriente, pero le habían confundido con el Nilo, porque en sus aguas se criaban los mismos animales y en sus orillas se producía el papiro. Decían que separaba Africa de Etiopía (la occidental), es decir, la raza morisca de la raza negra. Al E. del Niger, el *Gir*, del cual decían que estaba en comunicación con el Nilo, cuando este río salía de madre; pero no se sabe en qué sitio ponerle.

Réstanos tratar de la costa occidental de Africa. Los autores son de tal manera inciertos y oscuros acerca de esto, que es casi imposible decir hasta qué parte habían llegado los navegantes.

En la costa de Mauritania estaban *Zilis* (Azzilia), *Lixo* (Larache), *Sala* (Salé) al S., en la costa, donde no había más que arenales y donde habitaban los *Daralitas* (Darah) y los *Farusios* que habían destruido los establecimientos fundados en otro tiempo por los Cartagineses, y que comerciaban con los Romanos. Una vasta extensión de este país estaba comprendida entre el Atlas Menor (cabo Cantino) y el Atlas Mayor (cabo Bojador, según unos, y según otros cabo Noun). En este espacio de tierra había muchas ciudades: *Kusupis* (Azafi?), *Mysocoras* (Mogador?) y *Tamusiga* (Tamara, llamada por los Portugueses Santa Cruz). Del otro lado *Río de Oro* (Río de Ouro) que corresponde al río *Salathi* de Tolomeo y al *Lixus* del periplo de Hannón, y en seguida el cabo Blanco, la isla de *Arguin*, la famosa isla *Cerné*, donde el jefe cartaginés fundó su última colonia, el río *Darado* ó Senegal y el promontorio *Arenario*, ó cabo Verde.

Nada más incierto que la posición de otros lugares tales como el *Hespericus-Sinus*, la *Montaña del Carro de los Dioses* (Theon-Ochema) y el *Cuerno del Sud* (*Noti-Cornu*) de donde Hannón retrocedió hacia el N.

De cualquiera manera puede afirmarse que el *Cuerno del Sud* no debe buscarse al sud de la península de Sierra-Leona.

Allí, á los 12° de latitud N., terminaban los conocimientos de los Antiguos acerca de la costa occidental de Africa.* De la misma manera que prolongaban este continente por el E., suponían que se extendía indefinidamente por el O. y S. Así la forma de Africa quedaba enteramente desfigurada.

* Según Gosselin los conocimientos de los Antiguos no pasaban del cabo Noun. Malte-Brun los extiende hasta la bahía de San Cipriano, al N. del cabo Blanco. Uno y otro creen que la isla de Cerné era la isla Feral.

En cuanto á las islas *Afortunadas* ó Canarias habían sido exploradas y denominadas; pero de siete que son, sólo cuatro eran conocidas con exactitud: *Planaria* (Canaria), *Nivaria* ó Conwallis (Tenerife) *Capraria* (Fortaventura) y *Pluvialia* (Lanzarote.)

Tal era el mundo conocido de los Antiguos en el siglo II después de J. C., época en que Tolomeo escribía. Los autores romanos que vinieron después de él pudieron dar algunas noticias acerca de los pueblos mencionados por Tolomeo, pero ninguno aumentó el círculo trazado por él.

CAPITULO II.

DEL MUNDO CONOCIDO DE LOS ANTIGUOS.

1. *Límites generales del Mundo Antigo* (1).—El mundo conocido de los Antiguos estaba limitado al O. por el Océano Atlántico; al S. por los vastos desiertos de la Libia interior, el país conocido vagamente con el nombre de *Azania* (costa de Aján) (2) y el mar Eritreo; al E. el golfo del Ganges, el río *Sero* (May-kang) y los montes *Imaüs* (Monte Bolor); al N. el Océano Germánico (Mar del Norte), el golfo *Codano* (Cattegat) y el

(1) Véase el mapa del Mundo conocido de los Antiguos en el Atlas de los señores Drioux y Leroy.

(2) Junto al nombre antiguo, para evitar toda confusión, pondremos entre paréntesis el correspondiente nombre moderno. Así relacionaremos sin cesar la Geografía antigua con la Geografía moderna, á fin de retener la una con el auxilio de la otra.

En la costa de Mauritania estaban *Zilis* (Azzilia), *Lixo* (Larache), *Sala* (Salé) al S., en la costa, donde no había más que arenales y donde habitaban los *Daralitas* (Darah) y los *Farusios* que habían destruido los establecimientos fundados en otro tiempo por los Cartagineses, y que comerciaban con los Romanos. Una vasta extensión de este país estaba comprendida entre el Atlas Menor (cabo Cantino) y el Atlas Mayor (cabo Bojador, según unos, y según otros cabo Noun). En este espacio de tierra había muchas ciudades: *Kusupis* (Azafi?), *Mysocoras* (Mogador?) y *Tamusiga* (Tamara, llamada por los Portugueses Santa Cruz). Del otro lado *Río de Oro* (Río de Ouro) que corresponde al río *Salathi* de Tolomeo y al *Lixus* del periplo de Hannón, y en seguida el cabo Blanco, la isla de *Arguin*, la famosa isla *Cerné*, donde el jefe cartaginés fundó su última colonia, el río *Darado* ó Senegal y el promontorio *Arenario*, ó cabo Verde.

Nada más incierto que la posición de otros lugares tales como el *Hespericus-Sinus*, la *Montaña del Carro de los Dioses* (Theon-Ochema) y el *Cuerno del Sud* (*Noti-Cornu*) de donde Hannón retrocedió hacia el N.

De cualquiera manera puede afirmarse que el *Cuerno del Sud* no debe buscarse al sud de la península de Sierra-Leona.

Allí, á los 12° de latitud N., terminaban los conocimientos de los Antiguos acerca de la costa occidental de Africa.* De la misma manera que prolongaban este continente por el E., suponían que se extendía indefinidamente por el O. y S. Así la forma de Africa quedaba enteramente desfigurada.

* Según Gosselin los conocimientos de los Antiguos no pasaban del cabo Noun. Malte-Brun los extiende hasta la bahía de San Cipriano, al N. del cabo Blanco. Uno y otro creen que la isla de Cerné era la isla Feral.

En cuanto á las islas *Afortunadas* ó Canarias habían sido exploradas y denominadas; pero de siete que son, sólo cuatro eran conocidas con exactitud: *Planaria* (Canaria), *Nivaria* ó Conwallis (Tenerife) *Capraria* (Fortaventura) y *Pluvialia* (Lanzarote.)

Tal era el mundo conocido de los Antiguos en el siglo II después de J. C., época en que Tolomeo escribía. Los autores romanos que vinieron después de él pudieron dar algunas noticias acerca de los pueblos mencionados por Tolomeo, pero ninguno aumentó el círculo trazado por él.

CAPITULO II.

DEL MUNDO CONOCIDO DE LOS ANTIGUOS.

1. *Límites generales del Mundo Antigo* (1).—El mundo conocido de los Antiguos estaba limitado al O. por el Océano Atlántico; al S. por los vastos desiertos de la Libia interior, el país conocido vagamente con el nombre de *Azania* (costa de Aján) (2) y el mar Eritreo; al E. el golfo del Ganges, el río *Sero* (May-kang) y los montes *Imaüs* (Monte Bolor); al N. el Océano Germánico (Mar del Norte), el golfo *Codano* (Cattegat) y el

(1) Véase el mapa del Mundo conocido de los Antiguos en el Atlas de los señores Drioux y Leroy.

(2) Junto al nombre antiguo, para evitar toda confusión, pondremos entre paréntesis el correspondiente nombre moderno. Así relacionaremos sin cesar la Geografía antigua con la Geografía moderna, á fin de retener la una con el auxilio de la otra.

Océano Sarmático (Báltico). Como se ve, no conocían más que una parte del hemisferio en que habitamos.

2. *De los mares principales del Mundo Antiguo.*— Se distinguían dos grandes mares en el Mundo Antiguo: el *Mar Interior* (Mediterráneo) y el *Exterior* ú Océano.

I. El *Mar Interior*, que servía de comunicación entre todos los pueblos antiguos, era considerado por Griegos y Romanos como el primero de todos los mares. Le llamaban *Gran Mar*, *Nuestro Mar*. A estrecho que une el Mediterráneo con el Océano le daban el nombre de *Estrecho de Hércules* (Gibraltar), y á las dos costas que le forman, *Calpe*, (Gibraltar) en Europa y *Ávila* (Montaña de los Monos) en Africa, *Columnas de Hércules*, porque suponían que este héroe fabuloso había abierto el estrecho, separando las dos montañas, para marcar así el límite del mundo. De aquí las columnas que figuran en las armas de España con el tan conocido lema: *Plus ultra*. Este estrecho era también conocido con el nombre de *Estrecho de Gades*. El nombre de Gibraltar es más moderno y se debe á los Moros, quienes se le dieron en honor de Tárik. *Djebel-Tárik*, estrecho de Tárik.

El *Mar Interior* estaba dividido en seis mares principales: 1º: El *Mar Adriático* (Golfo de Venecia), llamado así de *Adria*, una de las ciudades más antiguas de la costa occidental; 2º: el *Mar Jónico*, al S. del Adriático y al O. de Grecia; 3º: el *Mar Egeo*, llamado así por Egeo, rey de Atenas. Según la Fábula, este príncipe se precipitó en él, creyendo que su hijo Teseo había perecido en la expedición contra el Minotauro. Este mar se extiende entre Grecia y el Asia Menor, y está sembrado de islas; 4º: la *Propóntide* (Mar de Mármara) en comunicación con el Mar Egeo

por el *Helesponto* (Estrecho de los Dardanelos); 5º: el *Ponto-Euxino* (Mar Negro) en comunicación con la *Propóntide* por el Bósforo de Tracia (Canal de Constantinopla ó Bósforo); 6º: el *Palus Meótides* (Mar de Azof) que se comunicaba con el *Ponto-Euxino* por el *Bósforo Cimeriano* (estrecho de Kafa).

II. El Mar Exterior estaba dividido en tres grandes mares: el Océano Atlántico, el Océano Hiperbóreo y el Océano Eritreo.

El Océano Atlántico, llamado así por el monte Atlas, que fué considerado durante mucho tiempo como límite meridional del mundo, tomaba distintos nombres. Al S. del Atlas, Océano Etiópico; al N., frente á España, Océano Cantábrico; Océano Aquitánico, al S. de Aquitania, en las costas de Galia; Océano Británico, (Mancha) entre Galia y la Gran Bretaña; Estrecho de Galia (Paso de Calais), y Océano Germánico (Mar del Norte) en las costas de Germania.

El Océano Hiperbóreo era considerado como la parte más septentrional del Globo, y se le daba este nombre por su situación. (Hiperbóreo, es decir, allende el Bóreas). Los Antiguos le llamaban también *Mar Perezoso*, *Mar Congelado*, *Mar Cuajado*, porque suponían que sus aguas estaban siempre congeladas.

El *Océano Eritreo*, ó Rojo, que así llamaban al Océano Indico, estaba dividido en tres golfos principales: el Arábigo, entre Arabia y Africa, en comunicación con el *Golfo Avalites* (Adén) por el estrecho de *Dire* (Bab-el-Mandeb); el *Golfo Pérsico* que se interna entre Persia y Arabia, y el *Golfo del Ganges* (Bengala) entre las dos Indias.

En la creencia de que el Océano rodeaba al mundo, suponían que el Mar Caspio era un golfo, al cual daban el nombre de hircaniano, porque bañaba las cos-

tas de Hircania, una de las comarcas litorales, situadas al S.

3. *División general del mundo antiguo.*—Los antiguos dividían el mundo en tres partes: Europa, Asia y Africa. La primera llamada así por la ninfa Europa, robada por Júpiter, quien para ello se metamorfoseó en Toro; Asia, por la ninfa Asia, y Africa por el viento Afro que soplaba de esta parte del mundo, hacia Europa. No conocían exactamente ninguna de ellas. Europa era la más conocida.

4. *Puntos cardinales.*—Correspondencia con los nombres modernos:

GRIEGOS.	ROMANOS.	MODERNOS.
Bóreas ó Apartias.	Septentrio ó Aquilo.	Norte.
Notos.	Auster.	Sud.
Euros ó Apeliotes.	Subsolanus.	Este.
Zéphiros.	Favonius.	Oeste.

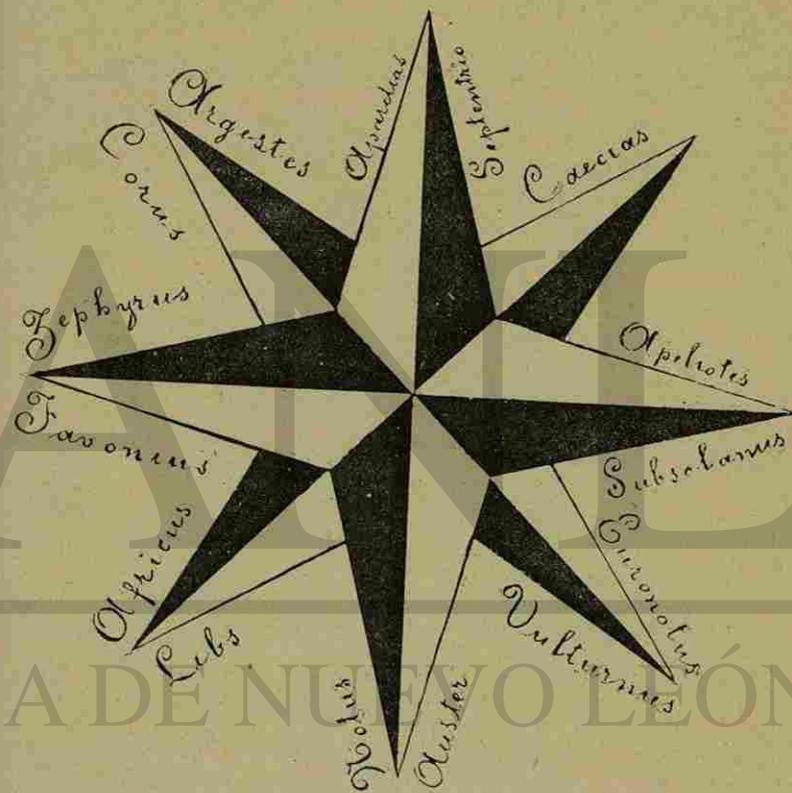
CAPITULO III.

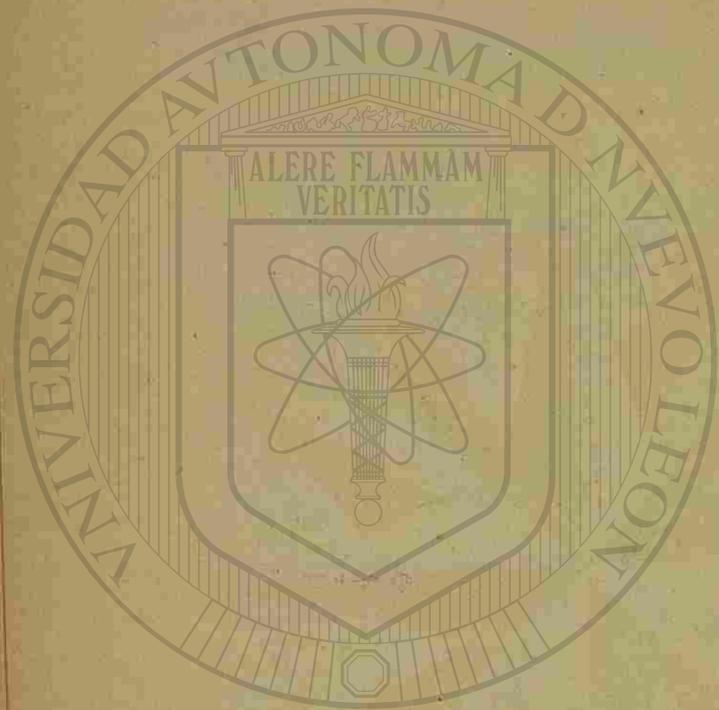
ASIA.

1. *Idea general de Asia* (1).—Asia fué la cuna del género humano. Los geógrafos antiguos no conocían perfectamente ni el N. ni el E. de esta comarca. Así no tenían más que una noción vaga del país de los *Seres* (China) y de las partes de la India designadas con los nombres de *India de aquende* é *India de allende*

(1) Véase en el atlas: Mundo Conocido de los Antiguos.

ROSA DE OCHO VIENTOS.



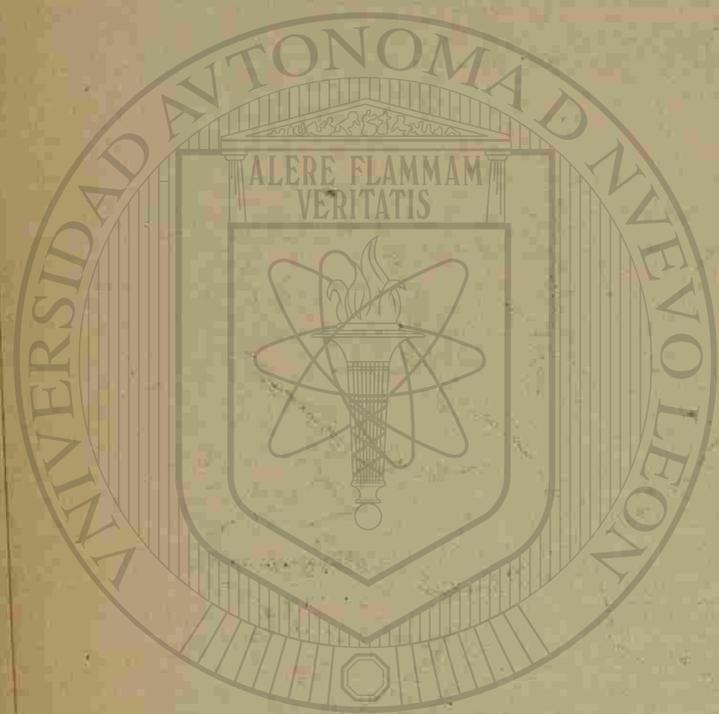


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ROSA DE DOCE VIENTOS.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Ganges. Al N., Escitia, apenas conocida de nombre, y la *Sarmacia Asiática* que distaba mucho de estar suficientemente explorada. Sus límites eran: al S. el Océano Indico y al O. el Mar de Arabia, el Mar Interior y el *Ponto-Euxino* ó Mar Negro.

2. *Montañas*—Las montañas más célebres eran el *Tauro* que separa el Asia Menor de la Alta Asia, el *Cáucaso* cerca del *Ponto-Euxino*, el *Imáus* en Escitia, y el *Líbano* en Siria y Palestina.

3. *Ríos*.—Los grandes ríos de Asia corren de N. á S. y son: el *Eufrates* y el *Tigris* en Asiria, el *Indo* y el *Ganges* en la India, y el *Hális* y el *Sangario* en Asia Menor.

4. *Países*.—Los más conocidos de la Asia antigua, eran: en el centro, *Asiria*, *Media*, *Persia* y la tierra de los Partos (*Partia*); al O. *Judea* ó *Palestina*, *Fenicia* y *Siria*, y *Asia Menor* que formaba, por decirlo así, un mundo aparte. Mucho menos conocidas eran: *Armenia*, *Cólchida*, *Iberia* y *Albania*, que estaban al O. y que no debemos confundir con otros países del mismo nombre; Arabia é India al S. y *Sarmacia* y *Escitia* al N.

CAPITULO IV.

ASIRIA.

1. *Límites y divisiones generales* (1).—El país que vió levantarse los dos grandes imperios de Asiria,

(1) Véase en el atlas: *Monarquías Comparadas de Sirio, Darío y Alejandro*.

puede ser dividido en tres partes; *Asiria*, propiamente llamada así, *Mesopotamia* y *Babilonia* ó *Caldea*.

2. *Asiria*.—Lo que propiamente se llamaba Asiria, núcleo del gran Imperio Asirio, era una comarca situada en la orilla oriental del Tigris. Estaba limitada al N. por Armenia, al E. por Media, al S. por Babilonia y al O. por Mesopotamia. La capital era Nínive.

3. *Mesopotamia*.—Situada al O. de Asiria era llamada así por su situación entre el Tigris y el Eufrates. Las principales ciudades eran: *Calli-Rhoe* (*fuelle bella*) que recibió más tarde el nombre de Antioquia, y *Nisibis*, la plaza más fuerte de Mesopotamia. Su nombre en la lengua del país significaba fuerte, estación militar y más propiamente en Castellano —*presidio*. A pesar de los esfuerzos que tuvo que hacer esta comarca para conservar su independencia, su posición entre Nínive y Babilonia la hizo caer sucesivamente bajo el yugo de estas dos ciudades.

4. *Babilonia*.—Estaba limitada al N. por *Mesopotamia*, al O. por la *Arabia Desierta*, al S. por el Golfo Pérsico y al E. por *Susiana*. A la parte meridional se le daba el nombre de *Caldea*, porque fué poblada por Casid ó Casín hijo de Nacor y sobrino de Abrahán, que fué padre de los Caldeos. Abrahán nació en *Ur*, (*fuego*), situada al Oriente de las bocas del Tigris. Babilonia, fundada por Nemrod, fué la capital de este reino.

5. *Ríos y montañas*.—Asiria, Mesopotamia y Babilonia estaban surcadas por dos grandes ríos: el Eufrates y el Tigris. El primero nace en el monte Ararat, en Armenia, y desemboca en el Golfo Pérsico. El Tigris nace al pie de los *Montes Gordianos* ó *Cárducos* que separan Asiria de Armenia. Los Hebreos le llamaban Hhiddekel (*flecha*) á causa de la velocidad

de su curso. Después de atravesar Susiana desemboca en el Eufrates. Los antiguos le conservaban su nombre hasta el mar, y consideraban el Eufrates como uno de sus afluentes. Los modernos llaman Chat-el-Arab á la parte de este río comprendida desde la confluencia del Tigris y del Eufrates hasta el Golfo Pérsico.

Además de los *Montes Gordianos*, situados entre Armenia y Asiria, citaremos el monte *Zagros*, entre Asiria y Media. Estas montañas no son más que ramas del *Tauro*, cuyo sistema, unido á la cadena del Cáucaso, comprende toda la parte occidental de Asia.

CAPITULO V.

MEDIA, PERSIA Y TIERRA DE LOS PARTOS.

1. *Límites del Imperio Persa* (1).—La Persia unida á Media formó el Imperio Persa. En tiempo de Darío I este imperio estaba limitado al N. por el Iaxarte, el Mar Caspio y el Ponto-Euxino; al O. por el Mar Egeo, el Mar Interior y la *Gran Sirte*, uno de los Golfos del Mar Interior, en Africa; al S. por el *Estado de Meroe*, en Etiopia, al S. de Egipto, los desiertos arábigos, el Golfo Pérsico y el Mar Eritreo, y, en fin, al E., por la cuenca del Indo. Por este lado no se pueden señalar exactamente los límites del Imperio, porque nunca fueron fijados los de estas comarcas. Tan

(1) Véase en el atlas: *Monarquías Comparadas de Siro, Darío y Alejandro*.

vasto imperio tenía aproximadamente de O. á E., es decir desde *Tracia* y la *Gran Sirte* hasta más allá del Indo, mil ochocientas leguas de largo, por quinientas de N. á S., desde el Ponto-Euxino hasta el *Estado de Meroe*, ó desde el río *Iaxarte* hasta el Mar Eritreo.

2. *Division de este Imperio.*—Todas estas comarcas estaban divididas por los Antiguos en tres grandes partes: 1ª: países de aquende el Eufrates; 2ª: países entre el Eufrates y el Tigris; 3ª: países entre el Tigris y el Indo. Comprendían *Asiria*, *Susiana*, *Carmania*, *Gedrosia*, *Media*, *Aria*, *Aracosia*, *Parcia*, *Hircania*, *Bactriana* y *Sogdiana*.

3. *Principales montañas.*—Las principales montañas que se encuentran en la región de aquende el Eufrates, eran: el Tauro en Asia-Menor; el Líbano y el Antilíbano en Siria, al N. de Palestina; la cadena de los *Montes Arábigos* y la cadena de los *Montes Líbicos*, en Egipto.

La región entre el Eufrates y el Tigris estaba limitada al N. por las montañas de Armenia, entre las cuales señalaremos los *Montes Nifates*, el *Ararat* y los *Gordianos*; al E. por el *Monte Zagros*, cuya vertiente occidental manda sus aguas al Tigris.

La región que se extiende entre el Tigris y el Indo presenta al S. E. una inmensa llanura, conocida hoy con el nombre de *Llanura de Persia*. Vastos desiertos ocupan la mayor parte de ella. Al S. señalaremos el Cáucaso, entre el Mar Negro y el Mar Caspio, y el *Paropamisó* ó *Cáucaso Índico* que se extiende desde las costas meridionales del Cáucaso hasta la India. Hacia el N. E. los *Montes Imatús* (Bolor) y los *Montes Emodos* (Himalaya), donde nace el Indo.

4. *Ríos y lagos.*—Los grandes ríos que regaban las comarcas de aquende el Eufrates, eran el *Halyx* que

atraviesa el Asia Menor; el *Oronte*, río el más notable de Siria, que desemboca en el Mar Interior, y el *Jordán* que desemboca en el *Mar Muerto*, después de atravesar Judea; el *Nilo* en Egipto; y el *Cyro* que nace en las montañas de Armenia y desemboca en el Mar Caspio, después de haber recibido las aguas del *Araxe*.

La región entre el Eufrates y el Tigris no está regada más que por estos dos ríos. En la región entre el Tigris y el Indo se señala al N. el *Iaxarte* (Syr-Daria) que desemboca en el lago *Oxio* (Mar de Aral) y el *Oxo* (Amou-Daria) que desemboca en el Mar Caspio. Hoy este río va al Mar de Aral, porque los Tártaros han desviado su curso, para ponerse al abrigo contra los Piratas del Mar Caspio. La parte oriental de la llanura de Persia estaba regada por el *Etymandro* (Helmend) que desagua en el lago *Ariano* (Zerah), y el *Indo*, límite del Imperio por el E.

Además del lago *Ariano* y del lago *Oxio*, ya nombrados, señalaremos en el Imperio Persa el lago *Ar-sisa* (Van) y el lago *Espauta* ó de los *Matianes* (Ourmiah) al N. O.; el lago de *Tiberiades* y el *Asfaltita* ó *Mar Muerto*, en Palestina, y el lago *Moeris* y el *Mareotes*, en Egipto.

5. *Parcia.*—Parcia fué comprendida al principio en el Imperio Persa. Separóse en seguida y formó un reino muy poderoso, cuya capital era *Hecatómpilos*. Estaba dividida en dos partes: Parcia é Hircania.

CAPITULO VI.

PALESTINA.

1. *Límites generales* (1).—El país conocido con el nombre de Judea estaba limitado al O. por el Mar Interior, que los libros santos llaman *Gran Mar*; al S. y al E. por Arabia, y al N. por Siria y Fenicia. Esta comarca fué llamada Tierra de Canaán, porque los Cananeos la habitaron antes de que los hijos de Jacob se adueñasen de ella. Con el nombre de *Tierra Prometida* fue designada á los Patriarcas como la herencia que Dios reservaba á sus descendientes. Tomó el nombre de Tierra de Israel cuando fue ocupada por los hijos de Jacob. Como el poder real pertenecía á la tribu de Judá, se le dió el nombre de Judea, y más tarde fué conocida por Palestina, del nombre de los Filisteos ó Palestinos que se mantuvieron en la parte marítima que confina con Egipto. Los cristianos la llaman Tierra Santa, porque esos lugares fueron testigos del cumplimiento de los grandes misterios del Cristianismo.

2. *Montañas y ríos*.—Las montañas de Judea son al N. E. el Líbano, en la frontera de Fenicia, y el Antilíbano al N. Estas dos cadenas de montañas son muy célebres por los bosques de cedros de que están cubiertas. El Antilíbano se divide al S. en dos ramas,

(1) Véase en el atlas: Egipto y tierra de Canaán; Palestina dividida en doce tribus, y Palestina en tiempo de Herodes; Imperio Romano con la división de Teodosio.

una oriental y otra occidental que forman la cuenca del Jordán. En la parte occidental, el *Tabor*, donde se transfiguró Jesucristo; el Carmelo, cerca del *Gran Mar*; el *Monte de los Olivos*, y el *Gólgota ó Calvario*, donde se cumplieron los misterios de la pasión y muerte de Jesucristo. La parte occidental termina con los montes de Judea. En la parte oriental el *Monte Hermón*, donde nace el Jordán, las montañas de *Galaad* y los montes *Abarín* que terminan, al E. del lago *Asfaltita*, con el *Monte Nebo*, célebre por la muerte de Moisés.

3. *Ríos*.—Las aguas de Palestina van unas al Gran Mar y otras al lago Asfaltita, llamado en los Libros Santos *Mar Muerto ó Mar Salado*. El *Gran Mar* recibe las aguas de cuatro ríos ó torrentes que son: al N. el *Leontes* que riega la tribu de *Azer*, el torrente *Kisón* que desemboca al S. de esta tribu, y los torrentes de *Soreck* y *Besor* que nacen en el reino de Judá.

El lago Asfaltita recibe al O. el torrente *Cedrón* y al E. el de *Amón*; pero el más considerable de todos los ríos de Judea, el único verdaderamente importante, es el Jordán, que desemboca al N. del famoso *Asfaltita*. Nace en los Montes *Hermón*, como ya lo hemos dicho, atraviesa el lago de *Merón*, después el de *Genzareth*, llamado en el Antiguo Testamento *Mar de Cenereth* y en el Nuevo, *Mar de Galilea ó Lago de Tiberiades*, y después de haber atravesado el hermoso *Valle de Aulón* se pierde en el *Mar Muerto*.

4. *De los primeros habitantes de este país*.—Antes del establecimiento de los Hebreos en la Tierra Prometida, esta comarca estaba ocupada por tribus cananeas. La Escritura nos dice que estas tribus eran numerosísimas, pues Josué, cuando conquistó este país, venció hasta treinta y tres reyes, cuyas capitales

conservó. No pudiendo dar á conocer todos estos reinos ni determinar sus límites, nos conformaremos con nombrar los principales pueblos. Eran siete: los *Hetenses*, al S. cerca de *Hebrón*, al O. del lago Asphaltita; los *Gebuseos* al rededor de la ciudad de *Gebús*, más tarde muy célebre con el nombre de *Jerusalén*; los *Amorreos* al N. E. del lago Asphaltita; los *Fereoseos* al O. de los *Amorreos*, cerca de *Siquén*; los *Cananeos* al N. del Carmelo; los *Gergeseos* al N. del lago de Genezareth, y los *Hevenses*, que habitaban al pie del Monte Hermón, del otro lado del Jordán.

5. *División por tribus.*—Cuando los Israelitas se hicieron dueños del país le dividieron en trece partes. Para retener fácilmente esta división distinguiremos las tribus que estaban al O. de las que estaban al E. del Jordán. La parte oriental fué dividida en tres partes: al N. la semi-tribu oriental de *Manasés*, y bajando hacia el S. la tribu de *Gad* y la tribu de *Rubén*. La parte occidental estaba dividida en diez partes que yendo de N. á S., son las siguientes: tribu de *Azer*, tribu de *Neftalí*, tribu de *Zabulón*, tribu de *Izacar*, semi-tribu oriental de *Manasés*, tribu de *Efraín*, tribu de *Dan*, tribu de *Simeón*, tribu de *Benjamín*, y tribu de *Judá*.

Las principales ciudades eran: al E. del Jordán, en la semi-tribu oriental de *Manasés*, *Edraí*, célebre por la derrota de Og rey de Basán; en la tribu de *Gad*, *Ramoth-Galad* y *Iaser*, y en la tribu de *Rubén*, *Hesebón*, antigua capital del reino amorreo.

Al O. del Jordán, en la tribu de *Azer*, *Acco*, más tarde *Tolemaida*, hoy *Acre*; en la tribu de *Neftalí*, *Azor*; en la tribu de *Zabulón*, *Séforis*, que el historiador Josefo considera como una de las ciudades más grandes y más fuertes de Galilea; *Nazareth*, donde Je-

sucristo pasó su infancia; *Caná*, donde hizo su primer milagro, y *Betulia*, célebre por la victoria de *Judit* sobre *Holofernes*; en las tribus de *Izacar*, *Jezrael*, *Endor* y *Sunán*; en la semi-tribu occidental de *Manasés*, *Magedo*; en la tribu de *Efraín*, *Siquén*, llamado más tarde *Neapolis* (*Naplusa*), *Sarón* y *Silo*, donde el Arca de la Alianza fué conservada mucho tiempo; en la tribu de *Dan*, *Jope* (*Jafa*), puerto de mar; en la tribu de *Benjamín*, *Jericó*, *Bethel*, *Gabaón*, *Hái*, *Gálgala* y *Jerusalén*, capital de toda la *Judea*; en la tribu de *Simeón* *Siceleg*, donde *David* venció á los *Amonitas*; en la tribu de *Judá*, *Belén* al N., donde nació *Jesucristo*, *Hebrón* al centro, y *Engadi* á orillas del *Mar Muerto*.

La tribu de *Leví* no tenía tierras, pero poseía cuarenta y ocho ciudades esparcidas en todo *Israel*. De éstas se escogieron seis, llamadas de refugio, donde todo hombre culpable de homicidio involuntario podía retirarse para ponerse al abrigo de la venganza de sus enemigos. Estas ciudades eran: *Hebrón* en la tribu de *Judá*; *Cedes* en la tribu de *Neftalí*; *Gaulón* y *Bozra* en la semi-tribu de *Manasés* al E. del Jordán; *Ramoth-Galaad* en la tribu de *Gad*, y *Bosor* en la de *Rubén*.

6. *Extensión de Judea en tiempo de Salomón.*—El valor de *David* y la sabiduría de *Salomón* elevaron á la nación judía á su más alto grado de esplendor; su dominación se extendía desde las costas del *Mar Interior* hasta las orillas del *Eufrates*, y desde las playas del *Golfo Arábigo* hasta el N. de *Siria*. Entonces eran tributarios de *Judea* los *Filisteos*, los *Sirios*, los *Idumeos*, los *Amonitas* y los *Moabitas*.

Los *Filisteos*, situados al S. O. de *Palestina*, en los confines de la tribu de *Simeón*, obedecían á va-

rios príncipes independientes. Las ciudades de *Get*, *Accarón*, *Azot*, *Ascalón* y *Gaza* eran capitales de sus principales satrapías, estaban muy fortificadas, y en caso de guerra se prestaban mutuo socorro. David conquistó este país; pero sus sucesores no pudieron sostener tal dominación.

Siria estaba dividida en siete reinos. Aquí solamente mencionaremos los de *Emath* ó de *Emeso*, de *Gesur*, de *Soba* ó *Sofena* y el de *Damasco* que eran los más importantes. El país de *Gesur*, al N. de la semi-tribu oriental de Manasés, se sometió voluntariamente, y su jefe dió en matrimonio á David una de sus hijas, que fué la madre de Absalón. El reino de *Emeso* se reconoció también tributario, sin tratar de defenderse; pero no pasó lo mismo con el reino de *Sofena*. *Hadar-Ezer* que era su rey, se alió contra los Judíos á los pueblos que vivían del otro lado del Eufrates, y opuso viva resistencia. Su valor no pudo salvarla, David le venció, y el reino de *Sofena* fué destruído. *Damasco*, que más tarde debía levantarse sobre todas estas ruinas, se vió obligada á rendirse bajo el yugo del rey de Judá y á recibir dentro de sus murallas una guarnición judía.

El país de los Amonitas y el de los Moabitas, que se extendían, el primero al E. de la tribu de Gad y el segundo al S. de la tribu de Rubén, y que estaban poblados de uno á otro extremo por los descendientes de los hijos de Lot, fueron subyugadas también. Al S. las conquistas de David comprendieron á los Madianitas, descendientes de Madián, hijo de Abraham y de Cetura, y los Idumeos ó Edomitas que descendían de Edom ó Esaú, hermano de Jacob. Sus posesiones se extendieron así hasta el mar Rojo, donde Salomón poseía los puertos de *Elat* y *Aziongaber*. Allí equipaba

el gran príncipe las flotas que, tripuladas por fenicios, hacían el comercio de *Ofir*, región incierta que generalmente se toma por las Indias.

7. *Cisma de las diez tribus*.—Después de la muerte de Salomón, la tribu de Judá y la de Benjamín reconocieron como rey á Roboán, hijo de Salomón, y las diez tribus restantes á Jeroboán que tomó el título de rey de Israel. Este nuevo reino tuvo al principio por ciudad real á *Siquén*, en la tribu de Efraín. Uno de los sucesores de Jeroboán, Amri, edificó en seguida á Samaria que fue después capital de Israel y rival de Jerusalén. Se dió á los Israelitas el nombre de Samaritanos para distinguirlos de los Judíos. Levantaron un templo en el *Monte Garizin* y se rehusaron á venir á adorar al verdadero Dios en el templo de Jerusalén. Así aquel cisma que al principio era puramente político, se hizo religioso.

8. *División de Palestina después de la cautividad*.—Los reinos de Judá y el de Israel fueron devastados y los Judíos llevados cautivos á tierras distantes. Al volver de la cautividad no conservaron ya la antigua división. A los trece cantones formados por las doce tribus sustituyeron cuatro provincias: *Galilea*, al N.; *Samaria*, al centro; *Judea* al S. de Samaria y al O. del Jordán, y la *Perea* al E. de tal río. Conservóse esta división durante todo el reinado de los Macabeos, y se la encuentra en uso en el Nuevo Testamento.

Galilea era muy fértil y populosa. Josefo cuenta doscientas cuatro ciudades, de las cuales la menor tenía mil quinientos habitantes. Allí pasó Jesucristo la mayor parte de su vida. Las principales ciudades eran: *Dan*, *Cafarnaun*, *Betsaida*, *Tiberiades*, *Caná* y *Nazaret*. El Evangelio habla de cada una de estas ciudades ilustradas por los milagros de Jesucristo.

Samaria que se encontraba entre Judea y Galilea, comprendía las ricas montañas de Efraín. Se distinguían allí Salén, la ciudad de Melquisedec; *Jezrael* cerca de *Betulia*; *Samaria* antigua capital destruida por los Asirios; *Siquén* la ciudad principal del culto samaritano; *Betel*, célebre por el becerro de Oro de Jeroboán, y *Betaven*.

La Judea, situada entre *Samaria* y la *Arabia Pétreá* era mucho menos rica que las primeras provincias. *Jericó*, *Rama*, *Masfa*, *Imaís*, *Jope*, *Azot*, *Ascalón* y *Gaza* eran las principales ciudades.

La Perea, al E. del Jordán, fué dividida en cinco cantones: *Traconítida*, *Iturea*, *Gaulanítida*, *Auranítida*, *Batanea*, y la *Perea* propiamente llamada así. La *Traconítida* é *Iturea* estaban al N., la *Gaulanítida* al O., la *Auranítida* al centro, la *Batanea* al E., y la *Perea* al S.

9. *División de Palestina en tiempo de Augusto.*—En tiempo de Augusto hubo algunas mudanzas. Después de la muerte de Herodes, Palestina fue dividida en cuatro gobiernos ó tetrarquías. La primera fue formada con la Idumea, la Judea propiamente llamada así, y Samaria, es decir, la parte central y meridional de Palestina, al O. del Jordán. La segunda comprendía Galilea al N. y Perea al E., á excepción de la *Traconítida* y de la *Iturea*. Esta última comarca formó la tercera tetrarquía, y la cuarta fué compuesta del país de *Abilene*, que está al N., en las montañas del Anti-Líbano. Los tres hijos de Herodes obtuvieron las tres primeras tetrarquías, y la cuarta fué concedida á un extranjero llamado Lisantias.

Cuando los Romanos se hicieron dueños de este país los nombres principiaron á variar y la lisonja les dió otros nuevos, imaginadas en honor de los empe-

radores. Así Samaria recibió de Herodes el nombre de *Sebasta*, (Augusta) en honor de Augusto. *Cesarea*, la antigua *Torre de Estratón*, fue reconstruída, á las orillas del mar por Herodes el Grande, quien hizo de ella la primera ciudad de Palestina, para adular la vanidad de los Césares. *Séforis*, la ciudad más grande de Galilea, tomó por el mismo motivo el nombre de *Dio-Cesarea*.

Herodes Antipas reedificó á *Genezaret* y la llamó *Tiberiades*, en honor de Tiberio. Todas las otras ciudades perdieron su nombre y su importancia, y el país olvidó su independencia y su nacionalidad.

10. *División de la Palestina en el siglo IV.*—Cuando el Imperio Romano fué dividido en prefecturas, diócesis y provincias, Palestina, fué dividida de nuevo en cuatro partes: Palestina I., Palestina II., Palestina III., sobrellamada *salutífera*, y la *Arabia Consular*. La Palestina I. se extendía al O. del Jordán y comprendía el país ocupado por la Judea, propiamente llamada así y la parte meridional de Samaria. La Palestina II. estaba al N. y comprendía la parte septentrional de Samaria y toda Galilea. La Palestina III. estaba al S. de la antigua Idumea. La Arabia Consular se extendía al E. del Jordán y comprendía todo el país ocupado por la Perea. Estas provincias pertenecían á la prefectura y diócesis de Oriente.

La Palestina I. tenía por metrópoli á *Cesarea*, (*Kaï-sarich*). Comprendía Jerusalén que Adriano levantó de sus ruínas, y á la cual dió el nombre de *Elia Capitolina*. La Palestina II. tenía por metrópoli *Escitópolis* (El Baisan); la Palestina III., *Petra* (*Krak*), y la Arabia Consular, *Bostra* (*Bosra*).

CAPITULO VII.

FENICIA Y SIRIA.

1. *Descripción general de Fenicia* (1).—Fenicia estaba limitada al N. y al E. por Siria; al S. y al E., por Palestina, y al O., por el mar. Era una lengua de tierra de cincuenta leguas de largo y ocho ó diez de ancho. Toda esta costa estaba cubierta de magníficos bosques, cuyos árboles daban magníficas maderas para la construcción de navíos. El suelo de esta comarca era, por otra parte, estéril é ingrato, y sus habitantes no tenían más recursos que aquellos que les proporcionaba la industria. Se hicieron hábiles por necesidad, y ningún pueblo del mundo antiguo alcanzó á rivalizar con ellos en el comercio y la navegación.

2. *De las principales ciudades de Fenicia, y de su origen.*—Las principales ciudades de Fenicia eran: al N., *Arado*, situada en el mar, en una isla que distaba doscientos metros de la costa; frente á ésta, *Antarado* (Tortosa), que debía su nombre á su posición; ocho leguas al S., *Trípolis* (Tripoli), y siguiendo en la misma dirección, *Biblos*, cerca del riachuelo Adonis, *Berito* (Beyrouth), *Sidón* (Saida), que fue la ciudad más antigua de Fenicia, y *Tiro* (Soud), que fue la más

(1) Véase en el Atlas: Monarquías comparadas de Ciro, Darío y Alejandro.—Imperio Romano con la división de Teodosio.

rica y la más poderosa. Había otras muchas ciudades considerables pero muy renombradas por sus fábricas.

Todas las ciudades fenicias eran al principio independientes, en el sentido de que cada una tenía gobierno y constitución propios. Estaban unidas con una especie de pacto federal y celebraban juntas generales para el arreglo de los asuntos públicos.

Sidón, la más antigua, estuvo á la cabeza de esta liga hasta tiempo de Salomón. Entonces fué suplantada por Tiro, una de sus colonias. Esta ciudad fué destruída por Nabucodonosor II. en 572. Los Tirolos la reedificaron, pero desde esta época Fenicia ya no fué más que una provincia del Imperio Asirio. Después estuvo sucesivamente bajo la dominación de Persas, Griegos y Romanos.

3. *Colonias fenicias.*—Lo que constituía la gloria y riqueza de Tiro y de toda Fenicia eran las numerosas colonias que los Fenicios poseían hasta en las regiones más distantes. De mil quinientos á quinientos, es decir, desde la fundación de Tebas por Cadmo hasta la conquista de los Persas, aquellos navegantes intrépidos cubrieron con sus establecimientos las costas del Mediterráneo y del Océano.

Por el N. E. poblaron las islas de Chipre y de Creta, se establecieron en las *Esporadas*, en las *Cieladas* y en todas las islas cercanas al *Helesponto*; explotaron las minas de oro de Tracia; fundaron en el Mar Negro, *Bitinia*, y *Pronecto* en la Propóntide, y dejaron vestigios de su paso en las costas septentrionales y occidentales del Asia Menor, de donde fueron arrojados por los Helenos.

Al S. O. España con sus minas de fierro, plomo, estaño y plata, fue para los Fenicios lo que Méjico y el

Perú para los Españoles. Es fama que las minas argentíferas de España producían este metal en tanta cantidad, que con él hacían las anclas de los navíos. Penetraron por el estrecho de Gades, después de fundar en las costas africanas algunas colonias. Tenían más de doscientas, casi todas al S., en lo que después se llamó Andalucía. Estas colonias se extendían desde las bocas del *Anas* (Guadiana) y del *Betis* (Guadquivir) hasta las fronteras de los reinos de Granada y de Murcia. *Gades*, (Cádiz) *Carteia*, (Cartagena), *Malacca*, (Málaga) é *Hispalis* (Sevilla) eran las principales ciudades. Penetraron también en las Galias, desembarcaron en Italia, de donde fueron arrojados por los piratas etruscos, se establecieron en Sicilia, Sardenia y en las islas Baleares, y subieron por el N. hasta Inglaterra y las islas Sorlingas.

Egipto estaba cerrado á sus navíos, y sólo por tierra se comunicaban con él; pero fundaron en las costas septentrionales de Africa, Utica, Adrumeta y Cartago, que más tarde haría temblar á Roma.

Las colonias del S. E. fueron menos importantes; los Fenicios, sin embargo, compartieron con los Hebreos la navegación del Mar Rojo y comerciaron con Arabia; pero no han dejado en estos parajes huellas de su paso.

4. *Siria*.—Siria estaba situada al N. de Palestina. Se extendía entre el Eufrates y el Mar Interior. El Líbano y el Anti-Líbano la dividían en dos partes: la *Siria*, propiamente llamada así, y la *Cele-Siria*. Estas montañas eran muy renombradas por sus bosques de cedros y sabinos. Los valles y las llanuras eran muy fértiles: estaban cubiertos de palmeras, olivares, viñedos, plantas odoríferas y toda clase de árboles frutales. Sus principales ciudades eran: *Damasco*, una

de las ciudades más célebres del mundo antiguo, *Antioquía*, *Laodicea*, *Seleucia*, célebre en el reinado de los Seleucidas, y *Palmira*, cuya última reina fué Cenobia, ilustre cautiva de Aureliano. Esta soberana contó entre sus ministros á Longino, célebre autor del *Tratado de lo Sublime*, que todavía se estudia en las escuelas.

CAPITULO VIII.

ASIA MENOR.

1. *Límites generales de Asia Menor* (1).—Se ha dado el nombre de Asia Menor á la península situada al O. de Asia. Estaba limitada al N. por el Ponto-Euxino y la Propóntide; al O. por el Helesponto y el Mar Egeo; al S. por el Mar Interior, y al E. por la *Comagena* y el curso superior del Eufrates que la separa de Armenia. Muchas de las considerables islas esparcidas en el Mar Egeo pertenecían al Asia Menor. Así señalaremos al S. O. de *Caria* la isla de *Carpatos*, la isla de *Cos* y la de *Patmos*, y yendo de S. á N. las de *Samos*, *Chios*, *Lesbos* y *Tenedos*. En el Mar Interior la gran isla de *Chipre*, separada de *Cilicia* por el mar de este nombre.

2. *Montañas*.—El Tauro es el núcleo de todas las montañas del Asia Menor, y se extiende en la parte meridional de E. á O. En la extremidad occidental se divide en varias ramas: el *Tmolo* en *Frigia* y el *Monte*

(1) Véase el Atlas.—Asia Menor.—Monarquías comparadas de Ciro, Darío y Alejandro.

Sipila en Lidia; el *Ida* en Troada y el *Olimpo* en Bitinia. En la extremidad oriental se encadena con el Anti-Tauro que forma el lazo principal del gran sistema Tauro-Caucasiano, puesto que se extiende de S. O. á N. E. y une el Tauro al Cáucaso en los Montes de Armenia. Esta disposición de las montañas nos presenta el Asia Menor casi como rodeada por todas partes de alturas. En el centro nos ofrece una vasta llanura, semejante á la que hemos visto en la Alta-Asia. Esta llanura comprende una gran parte de Frigia. En ella hay algunas corrientes de agua que no tienen salida y que forman pantanos salobres, como son los lagos de Iconio, de Laodicea y el Pantano Salado, llamado por Estrabón *Tatta-Pallus*.

3. *Ríos*.—Todas las aguas que riegan el Asia Menor pueden ser distribuidas en cuatro grandes cuencas: la del Ponto Euxino, la de la Propóntide, la del Mar Egeo, la del Helesponto y la del Mar Interior.

El Ponto Euxino recibía los más grandes ríos de la Península. Yendo de E. á O. el *Termodón* (Termeh), que atraviesa la rica llanura de Temiscira, en la provincia del Ponto, antiguo país de las Amazonas; el *Iris*, engrosado por el *Lico* (Djekyl-Irmack) que desemboca en el Golfo de Armisa; el *Halix* (Kisil-Ermack, río rojo), el río más grande de toda la Asia Menor. Después de correr de E. á O. y de atravesar así toda la *Capadocia*, llega á *Frigia*, y se dirige de S. á N. para llevar al mar todas las aguas de la cadena central del Tauro. Después del *Halix* está el *Sangario* (Sakaria) que nace en *Galacir* y atraviesa la *Bitinia* para echarse en el mar.

La Propóntide recibía gran número de riachuelos. El más considerable es el *Rindaco*, (Lartaco) que desemboca al oriente de este mar, pero el más célebre

es el *Granico*, inmortalizado por el valor de Alejandro. Desemboca al Oeste.

El Mar Egeo y el Helesponto recibían también una multitud de ríos, solamente notables por su celebridad histórica. Así el *Xanto* ó *Escamandro* es un arroyo que debe toda su gloria á los cantos homéricos. Desemboca en el Helesponto, después de haber regado la Troada. Su principal afluente es el *Simois*, cuyas aguas descienden de la cumbre más alta del *Ida*. Yendo de N. á S. el *Eveno* y el *Calco* que van al Egeo por el golfo de Cuma. En seguida el *Hermo*, engrosado por el *Pactolo* cuyas aguas arrastran pajillas de oro; el *Caistro* (río negro), célebre por sus hermosos cisnes, y el *Meandro*, (Meinder) llamado así por las vueltas que da en las llanuras que recorre. Desembocaba cerca de Mileto y es el único río digno de este nombre, entre cuantos van al *Mar Egeo*.

El Mar Interior no podía recibir grandes ríos, porque el Tauro está muy cerca de la costa. Solamente citaremos el *Eurimedón* (Menougad) que desemboca en el golfo de Panfilia; el *Cidno* que atraviesa la ciudad de *Tarse*, cuna de San Pablo, el apóstol, en *Cilicia*, y muy célebre por la frialdad y limpidez de sus aguas, y el *Saro* (Seihoum) al E. del *Cidno*.

4. *División general del Asia Menor*.—El Asia Menor estaba dividida en doce provincias: tres al N.: *Bitinia*, *Paflagonia* y el *Ponto*; tres al O.: *Misia*, *Lidia* y *Caria*; tres al S.: *Licia*, *Panfilia* y *Cilicia*, y tres al centro: *Phrigia*, *Galacia* y *Cupadocia*.

5. *Ciudades principales*.—Las ciudades notables eran: al N., en Bitinia, *Prusa* (Brusa), que fué la capital de esta provincia; *Nicomedia*, más tarde *Nicea*, célebre por los concilios ecuménicos que allí se celebraron; en *Paflagonia*, *Sinope*, colonia griega donde

nació Diógenes, y en el Ponto, *Trapezo* (Trebisonda) y *Comana-Póntica*, (Tokat), célebre por su templo.

Al O., en Misis, *Troya ó Ilion*, cuya destrucción celebró magníficamente Homero en su incomparable poema, y *Pérgamo* que fue después del desmembramiento del Imperio de Alejandro, capital del reino de este nombre; en *Lidia*, *Sardes*, antigua capital del reino de Creso; *Esmirna* que algunos creen patria de Homero; *Foccea*, metrópoli de Marsella, *Efeso*, *Colofón* y *Clazomenes*; en Caria, *Mileto*, notable por su comercio, *Halicarnaso* que fue la capital de la provincia de este nombre, y *Cnido*, célebre por el culto de Venus.

Al S., en Licia, *Xanto* que, según parece, fue en los tiempos más remotos capital de este país, y *Patara*, donde Apolo tenía un templo y daba oráculos; en *Panfília*, *Paga* (Kara-Hissar), á orillas del riachuelo *Cestro*, y la colonia griega de *Sida*; en *Cilicia*, *Selinonte*, en la desembocadura del riachuelo de este nombre, y *Tarse*, á orillas del *Cidno*.

Al centro, las principales ciudades eran: en Frigia, antigua capital de este reino, *Timbrea*, donde Creso fue vencido por Ciro, *Iconio*, capital de *Licaonia*; en Galacia, *Pesinonte*, *Anera*, *Tuvio* y *Gordio*, célebre por el nudo gordiano; en *Capadocia*, *Comana*, distinta de la ya citada, en un profundo valle del Anti-Tauro y *Mazaca ó Cesarea*, cerca del monte *Argeo*.

CAPITULO IX.

DE OTRAS COMARCAS DEL ASIA-ANTIGUA.

1. *División de estas comarcas* (1).—Las otras comarcas del Asia pueden dividirse en tres partes: las comarcas del O. son Armenia, Cólchida, Iberia y Albania; las comarcas del S. que comprenden Arabia é India, y las comarcas del N. ó lo que por tal señalamos, *Sarmacia* y *Escitia*.

2. *Comarcas del Oeste*.—*Armenia* es célebre por el *Monte Ararat*, sobre el cual descansó el Arca de Noé después del diluvio. *Tigranocerta*, fué la capital de este país, cuando fué elevado á reino. La *Cólchida* se extendía á lo largo del Ponto-Euxino. En los tiempos heroicos los Argonautas fueron á esta comarca á conquistar el vellocino de oro. *Iberia* y *Albania* estaban situadas entre la Cólchida y el Mar Caspio. Citaremos entre estos dos países las altas montañas del Cáucaso.

3. *Comarcas del Sud*.—Arabia estaba limitada al N. por Palestina y Babilonia; al O. por el Golfo Arábigo; al S. por el mar Eritreo y al E. por el Golfo Pérsico. Estaba dividida en tres partes: Arabia Pétreá, Arabia Desierta y Arabia Feliz.

La *Arabia Petrea* estaba limitada al O. por Egipto y se extendía por el S. hasta el Golfo Arábigo. Esta-

(1) Véase en el Atlas: Mundo conocido de los Antiguos.—Monarquías comparadas de Ciro, de Darío y de Alejandro.

nació Diógenes, y en el Ponto, *Trapezo* (Trebisonda) y *Comana-Póntica*, (Tokat), célebre por su templo.

Al O., en Misis, *Troya* ó *Ilion*, cuya destrucción celebró magníficamente Homero en su incomparable poema, y *Pérgamo* que fue después del desmembramiento del Imperio de Alejandro, capital del reino de este nombre; en *Lidia*, *Sardes*, antigua capital del reino de Creso; *Esmirna* que algunos creen patria de Homero; *Foccea*, metrópoli de Marsella, *Efeso*, *Colofón* y *Clazomenes*; en Caria, *Mileto*, notable por su comercio, *Halicarnaso* que fue la capital de la provincia de este nombre, y *Cnido*, célebre por el culto de Venus.

Al S., en Licia, *Xanto* que, según parece, fue en los tiempos más remotos capital de este país, y *Patara*, donde Apolo tenía un templo y daba oráculos; en *Panfília*, *Paga* (Kara-Hissar), á orillas del riachuelo *Cestro*, y la colonia griega de *Sida*; en *Cilicia*, *Selinonte*, en la desembocadura del riachuelo de este nombre, y *Tarse*, á orillas del *Cidno*.

Al centro, las principales ciudades eran: en Frigia, antigua capital de este reino, *Timbrea*, donde Creso fue vencido por Ciro, *Iconio*, capital de *Licaonia*; en Galacia, *Pesinonte*, *Anera*, *Tuvio* y *Gordio*, célebre por el nudo gordiano; en *Capadocia*, *Comana*, distinta de la ya citada, en un profundo valle del Anti-Tauro y *Mazaca* ó *Cesarea*, cerca del monte *Argeo*.

CAPITULO IX.

DE OTRAS COMARCAS DEL ASIA-ANTIGUA.

1. *División de estas comarcas* (1).—Las otras comarcas del Asia pueden dividirse en tres partes: las comarcas del O. son Armenia, Cólchida, Iberia y Albania; las comarcas del S. que comprenden Arabia é India, y las comarcas del N. ó lo que por tal señalamos, *Sarmacia* y *Escitia*.

2. *Comarcas del Oeste*.—*Armenia* es célebre por el *Monte Ararat*, sobre el cual descansó el Arca de Noé después del diluvio. *Tigranocerta*, fué la capital de este país, cuando fué elevado á reino. La *Cólchida* se extendía á lo largo del Ponto-Euxino. En los tiempos heroicos los Argonautas fueron á esta comarca á conquistar el vellocino de oro. *Iberia* y *Albania* estaban situadas entre la Cólchida y el Mar Caspio. Citaremos entre estos dos países las altas montañas del Cáucaso.

3. *Comarcas del Sud*.—Arabia estaba limitada al N. por Palestina y Babilonia; al O. por el Golfo Arábigo; al S. por el mar Eritreo y al E. por el Golfo Pérsico. Estaba dividida en tres partes: Arabia Pétreá, Arabia Desierta y Arabia Feliz.

La *Arabia Petrea* estaba limitada al O. por Egipto y se extendía por el S. hasta el Golfo Arábigo. Esta-

(1) Véase en el Atlas: Mundo conocido de los Antiguos.—Monarquías comparadas de Ciro, de Darío y de Alejandro.

ba comprendida entre el Golfo Heropolites y el Golfo Elanites. Los Idumeos que descendían de Jacob por Esaú, ocupaban una parte de ella, pero estaba habitado sobre todo por los hijos de Ismael, llamados Nabateos, de Nabajot, hijo mayor de Ismael. En tiempo de Augusto tenían un rey cuya sede estaba en Petrea.

Sus principales ciudades eran: *Elat*, situada en la extremidad del Golfo que por este nombre se llamó Elanites, y *Madiano*, cuyo nombre recuerda el de uno de los hijos de Abrahán, habido en Cetura, y *Fenicón*, que no era probablemente sino un establecimiento comercial de los Fenicios. Los Nabateos se extendían muy lejos por la Arabia Desierta pero es imposible trazar los límites de estas dos comarcas.

La *Arabia Feliz* se extendía al S. de la Arabia Pétreá hasta el mar Eritreo, y comprendía todos los países que están al E. del Golfo Arábigo. Sus principales montañas forman la cadena de los montes *Casánitas*, y por lo general no se encuentra ningún río que perezca en las llanuras ó se pierda en los pantanos. Las ciudades más célebres de esta parte de Arabia, eran: al centro, *Maco-Raba*, (la Meca) donde los Arabes veneraban la casa de Abrahán y en la extremidad oriental *Ocelis*, situada en el estrecho de Dira (Bab-el-Mandeb), que une el Golfo Arábigo al mar Eritreo. Esta ciudad tenía un puerto muy frecuentado. La parte meridional de la Arabia Feliz estaba habitada por la tribu de los Homeritas, cuyo nombre viene tal vez de la palabra *Homíar*, rey rojo, nombre de su soberano. Los Sabeos eran una tribu de los Jectanidas. Era la nación más distinguida, y frecuentemente otros pueblos han sido comprendidos en esta denominación general. Los Sabeos habitaban al E. de los Homeritas y su capital era *Sabatea*. Siguiendo hacia el E. sin

alejarnos mucho del mar Eritreo, encontraremos el *País del Incienso*, así llamado porque aquel suelo le producía de suprema clase y en gran cantidad.

En las costas del mar Eritreo había dos grandes almacenes comerciales: el de *Arabia* al E. del estrecho de Dira, y el de *Cana* al S. del país de los Sabeos. Se consideraba como perteneciente á la Arabia Feliz la isla de Dioscórides, situada al S. de Cana, en el mar Eritreo, por más que estuviese cerca de la costa de Africa.

La *Arabia Desierta* se extendía al N. del *País del Incienso*. Estaba limitada al O. por la Arabia Feliz y la Arabia Petrea, y al E. por el Golfo Pérsico. Estaba separada de Palestina y de Babilonia al N. por ardientes arenales. En esta parte de Arabia no hay ciudades importantes más que á orillas del Golfo Pérsico. Las más notables eran: *Omano* y *Gerra* (el-Katif), situada en las orillas de un golfo muy notable por su comercio. Los mercaderes llevaban por un lado á Petra los perfumes que recibían de los Sabeos, y por otro remontaban el Eufrates hasta *Tapsaco*, para cambiar sus artículos por otros productos.

Cuando los Romanos penetraron en esta parte de Arabia, encontraron en el centro una comarca llamada Ararena, muy árida y estéril, que tenía un rey; pero generalmente los habitantes de esta comarca eran nómades, y los Griegos llamaban á estas tribus errantes *scenitae*, (de la palabra *scena*, tienda), porque vivían bajo tiendas.

La *India*, situada igualmente al S. de Asia, estaba dividida en dos partes: India de aquende é India de allende el Ganges. Esta última parte era muy poco conocida. La primera permaneció en la oscuridad hasta la época de las conquistas de Alejandro. Entonces

fué dividida en tres partes: *India Citerior* ó *India de aquende el Indo*; *India Ulterior* ó *India de allende el Indo*, y la *India Marítima*. Al N. de la India citerior el país de los *Asacenienses*, cuya capital era *Masaga*, el país de los *Astacenienses*, al E. de los anteriores, y cuya capital era *Aornos*, y el país de los *Aspienses*. La India ulterior comprendía el reino de Poro, el de Abisara y el de Taxil, de los cuales hizo Alejandro otras tantas satrapías. *Lahor* en el reino de Poro y *Taxila* en el de Taxil eran las principales ciudades de esta comarca.

La India Marítima comprendía al N. el país de los Segdos, donde Alejandro fundó una ciudad que fué llamada *Alejandría*, y el país de los *Patalenses* cuya capital era *Patala*. Cerca del mar, en las lagunas, el héroe macedónico hizo construir una ciudad de madera, á la cual, por este motivo, dió el nombre de *Xylenópolis*.

4 *Comarcas septentrionales*.—Los países del N. de Asia eran *Sarmacia* y *Escitia*. De la Sarmacia, situada al N. del Cáucaso, no tenían noticias ciertas. La Escitia estaba situada al E. de Sarmacia y dividida por el Imaús en dos partes, de N. á S.: *Escitia de aquende* y *Escitia de allende el Imaús*.

CAPITULO X.

AFRICA.

1 *Nociones generales* (1).—Africa es una vasta península triangular unida al Asia por el istmo de Suez. Los Antiguos le dieron el nombre de Libia. Los Romanos no dieron primeramente el nombre de Africa más que á la porción de territorio situada frente á Italia. En seguida extendieron esta denominación á toda la península.

2 *Límites*.—Al N. el Mediterráneo que la separa de Europa; al O. el Océano Atlántico, al S. los arenales de la Libia Interior, y al E. el Golfo Arábigo ó Mar Rojo, el Istmo de Suez y el Mar Eritreo.

3 *Ríos y montañas*.—El Nilo en Egipto, y la cadena del Atlas en la parte septentrional.

4 *División general*.—Los Antiguos no conocían absolutamente el S. de Africa. Lo que les era conocido puede dividirse en tres partes: Egipto, Etiopia y Libia, y los países situados en el litoral del Mediterráneo.

(1) Véase en el Atlas: Mundo conocido de los Antiguos.

CAPITULO XI.

EGIPTO.

1 *Límites generales de Egipto* (1).—Egipto estaba limitado al N. por el Mar Interior; al E. por el Mar Rojo y el Istmo de Suez; al S. Etiopia, y al O. los áridos desiertos que le separan de Libia. Era un valle estrecho, encerrado entre montañas blanquecinas, sin bosques, pero sembrado aquí y allá de palmeras, naranjos y limoneros. Ofrecía por todas partes un suelo de fecundidad prodigiosa. Este valle tenía mil kilómetros de largo por cuarenta de ancho; en algunos lugares de sesenta á setenta kilómetros, y de Alejandría á Pelusa, alcanzaba una distancia de doscientos kilómetros.

2. *El Nilo*.—Este valle no estaba regado más que por un solo río, el Nilo, llamado por los Griegos *Egyptus*. Este río entra en Egipto por la isla de File, formando arriba de Elefantina una célebre catarata llamada *catarata chica*, en oposición á otra mayor que hay más al S., en Etiopia, (Nubia). Entra en el Mar Interior por siete bocas, cuyos nombres apuntaremos aquí ordenadamente, yendo de O. á E.: Canópica, Bolbitínica, Sebenítica, Fatnética, Mendisíanica, Tanítica y Pelusiaca. La mayor parte de estas bocas están actualmente cegadas é inútiles para la navegación; no quedan más que dos: la Bolbitínica (boca de Roseta) y la Fatnética (boca de Damieta). El terri-

(1) Véase en el Atlas: Egipto.

torio comprendido entre las bocas más distantes era llamado *Delta*, á causa de su forma, semejante á la letra giega de este nombre. Pero lo que propiamente se llamaba *Delta* era el espacio comprendido entre las bocas de Roseta y Damieta.

3 *Lagos y canales*.—Los principales lagos de Egipto eran: al O. del Delta el lago Mareotis, junto al mar Interior; el lago Butico, que estaba en comunicación con el mar por la boca Sebenítica, y el lago Meris, en el Egipto central. El lago Mareotis debía su nombre á la ciudad de Marea, situada en la extremidad occidental, y el lago Butico, á la ciudad de Butis, edificada en la orilla meridional; el lago Meris tomó este nombre porque fué cavado por un príncipe llamado así. Este lago servía para regularizar las inundaciones del Nilo. Cuando las aguas no subían lo bastante se abría el lago para aumentarlas, y si por el contrario eran muy abundantes las recibía en su seno, y no las dejaba en los terrenos invadidos más que el tiempo necesario para fecundizarlos.

Como las aguas del Nilo eran las únicas que había para regar los campos, tenía éste una multitud de canales. El más notable de todos los canales derivados del Nilo es el de Neco, comenzado por este príncipe y concluído por Tolomeo. Une el Nilo al Mar Rojo en la extremidad septentrional, la cual tomaba el nombre de *Golfo Heroopolites*.

4 *Montañas*.—El valle del Nilo está encerrado entre dos cadenas de montañas. Los montes Arábigos al E. y los montes Libicos al O. A la cadena de los montes Arábigos se unen otras muchas cadenas secundarias, tales como los montes de las Esmeraldas, los de Pórfido y los de Alabastro. Todas estas montañas tomaron su nombre de las canteras abiertas en

ellas. Los montes Líbicos contribuyeron también á enriquecer al Egipto, cuyos monumentos gigantescos asombran todavía á los extranjeros que visitan aquellas regiones. De esos montes salieron las enormes piedras con que los egipcios hicieron columnas, obeliscos y hasta edificios de una sola pieza los cuales son todavía motivo de singular admiración.

5 *Oasis*.—Para terminar la descripción física del Antiguo Egipto nos falta hablar de los oasis. Los Antiguos no conocían más que dos: el *Oasis Mayor*, situado casi á la altura de la ciudad de Tebas y llamado algunas veces *Oasis de Tebas*, era de suelo muy fértil y producía excelente vino, por lo cual era llamado *Oasis de los Bienaventurados*; y el *Oasis Menor* situado al N. O. del precedente. Numerosas fuentes mantenían en él una rica vegetación.

6 *Descripción de Etiopía*.—Los Antiguos llamaban Etiopía á la región habitada por todos los pueblos de la parte meridional de Africa, porque suponían que los individuos de estas regiones eran negros á causa de que el sol les había quemado el rostro. En griego la palabra *etiopía* quiere decir tanto como *cara quemada*. Consideraban la Etiopía dividida en tres partes: occidental, interior, y de más allá de Egipto. Las dos primeras eran poco conocidas, por lo cual no hablaremos más que de la tercera.

Esta tenía por límites al N. el Egipto; al O. Libia y la *Etiopía Interior*; al S. la *Etiopía Interior*, *Azania* (Costa de Ajan), y al E. el Golfo Arábigo. Estaba regada por el Nilo que al E. recibía dos grandes afluentes: el *Astapo*, (Río Azul) y el *Astaboras* (Tacazcé). Estos dos afluentes formaban la isla de Meroe, antes de unirse al Nilo. El río, engrosado con estas aguas, seguía rápidamente su curso hacia el N., y formaba en

su camino dos grandes cataratas. Los Antiguos se aplicaron á hacer la descripción de esas caídas que consideraban como una de las grandes maravillas del mundo, pero sus narraciones son por extremo exageradas, porque sólo las cataratas de Nubia son notables. Las que están arriba de Elefantina no son más que corrientes que repentinamente cambian de nivel, y cuya altura en tiempo de sequía no pasa de cuatro á cinco pies.

7 *Del Egipto en los tiempos más antiguos*.—Antiguamente Egipto fué dividido en tres partes: el *Alto Egipto* ó *Egipto Superior*, llamado también Tebaida, por la ciudad de Tebas que era su capital; el *Egipto Central*, y el *Inferior*, también llamado *Bajo Egipto*, ó *Delta*. En tiempo de Sesostris todó Egipto fué reunido en un solo reino y dividido en treinta y seis *nomas* ó gobiernos: diez en la Tebaida, diez en el Delta, y diez y seis en el Egipto Central. Los Griegos dividieron más tarde este último en siete nomas, por lo cual fué llamado Heptanómida.

Las ciudades de Siena y Elefantina separaban el Antiguo Egipto de Etiopía. Las nomas cuyos límites trazó Sesostris fueron subdivididas en subprefecturas y las subprefecturas en comunas. Pero la Historia no ha conservado estos pormenores acerca de esto, y nada se sabe de la administración interior de Egipto ni de las modificaciones que sufrió durante la dominación pérsica. Limitémonos, pues, á conocer las principales ciudades.

8 *Del Alto Egipto. Ciudades y monumentos*.—En el Alto Egipto, al N., la isla de *File* ó *Isla del Templo*, llamada así por un templo que existe todavía; las ciudades de Siena y de Elefantina estaban muy fortificadas, y la nación mantenía en ellas un ejército perma-

nente, para defender por este lado sus fronteras contra las agresiones de los Etopes. Tebas, capital de esta parte de Egipto pasaba por una de las ciudades más bellas del mundo. También era llamada *Hecatompilos*, ó Tebas de las cien puertas, para distinguirla de la Tebas de Beocia. Era tan vasta como populosa; según se dice, podía hacer salir al mismo tiempo por cada puerta dos mil combatientes y cien carros de guerra. Algunos dicen que las puertas de Tebas no eran más que pares de columnas. Los Griegos y los Romanos celebraron á porfía su magnificencia, y eso que sólo pudieron admirar las ruinas augustas de esta espléndida ciudad. Como en ella se tributaba especialmente culto á Júpiter, los Griegos la llamaron también *Dióspolis Magna* ó *Gran Ciudad de Júpiter*. Las demás ciudades notables del Alto Egipto eran: al S. de Tebas, *Ombos*, capital de una noma muy considerable; *Latópolis* célebre por un templo magnífico dedicado al dios Amón. Al N. de Tebas, *Coptos*, ciudad mercantil para Egipcios y Arabes. *Abidos*, antigua residencia del rey Memnón; *Quemnis* ó *Panópolis* (Tolemaida), á lo que se cree patria de Danao que llevó una colonia á Argos; *Apolinópolis Magna*, (Atbo), y *Tentiris* (Denderah), en la cual había templos extremadamente curiosos, y en fin *Licópolis*, (Syout), llamada también por los Griegos la *Ciudad del Lobo*, porque en ella se tributaba culto al chacal.

Las maravillas del Alto Egipto eran: el coloso de Memnón que producía sonidos cuando le herían los rayos del sol; la tumba de Osimandías, construída con arte y magnificencia tales que, al decir de Rollin, no sabía uno qué admirar más en él, si la riqueza de la materia ó el arte y la industria de los obreros; y

las tumbas regias abiertas en la roca y enriquecidas con pinturas y esculturas muy variadas.

9 *Del Egipto central. Ciudades y monumentos.*—Las principales ciudades del Egipto Central eran: *Menfis*, *Cocodrilópolis* y *Heracleópolis*.

Menfis, fundada por Menes, fué, después de Tebas, capital de todo Egipto. Los reyes fijaron allí su residencia y la embellecieron con palacios y monumentos. Cerca de esta ciudad estaban las pirámides que al presente son todavía motivo de admiración para los extranjeros. Esta gran ciudad contaba muchos obeliscos. No lejos de la pirámide de Quefren estaba la estatua colosal de la Esfinge.

Cocodrilópolis estaba situada á orillas de un canal que ponía en comunicación las aguas del Nilo con el lago *Meris*. *Heracleópolis*, sobrenombrada la *grande*, porque era una de las más considerables de Egipto, estaba al S. de *Cocodrilópolis*, en una isla grande y fértil limitada por los canales del Nilo. Entre estas dos ciudades admiraban los viajeros el famoso *Labyrintho*, vasto edificio formado de doce palacios, donde se reunían los delegados de todas las nomas de Egipto, para ofrecer á los dioses sacrificios comunes.

10 *Del Bajo Egipto. Ciudades y monumentos.* El Bajo Egipto comprendía un gran número de ciudades importantes, entre las cuales señalaremos: *On* ó *Heliópolis*, *Pelusa*, *Tanis*, *Sais*, *Tamiatis* (Damieta), *Bolbitina* (Roseta), y *Canopé* (Aboukir). *On* ó *Heliópolis* fué así llamada por un magnífico templo dedicado al Sol. Pelusa era una plaza fuerte en la cual había siempre una guarnición numerosa, para defender el país contra las invasiones orientales. Lo mismo se hacía en Marea, situada al otro lado del Delta. *Tanis*, situada en la desembocadura del Nilo á la cual daba

nombre, era una de las ciudades más antiguas del Bajo Egipto y fué corte de una de las dinastías que reinaron antiguamente en esta comarca, y acaso la ciudad más considerable del Delta. En esta ciudad había un templo con esta inscripción: “*Yo soy el que es, fué y será; ninguno ha penetrado el velo que me cubre*”; *Tamiatís* (Damieta), *Bolbitina* (Roseta) y *Canope* (Aboukir) eran muy célebres por su situación á orillas de los brazos del Nilo á los cuales dieron nombre.

El Bajo Egipto no era menos importante por sus templos, obeliscos, etc. En Sais había un templo monolítico que tenía doce metros de largo, siete de ancho y cuatro de alto. Estaba dedicado á la Sabiduría Divina, y los sacerdotes de él eran otros tantos sabios. Se dice que fueron maestros de los principales filósofos griegos.

CAPITULO XII.

ETIOPIA Y LIBIA.

1 *Etiopia* (1).—Etiopia estaba al S. de Egipto. Esta comarca era poco frecuentada y por consiguiente casi desconocida. Al S. los Azumitas que, según los Abisinios, fueron fundados por Chus, uno de los hijos de Can; los Memnonos, en las orillas del Astaboras, en la región que producía el cinamomo, especie de canela; el imperio de la isla de Meroe, el más poderoso de todos los reinos etíopicos, que podía, á lo que se dice, poner doscientos cincuenta mil hombres

(1) Véase en el Atlas: Egipto; Mundo conocido de los Antiguos.

en pie de guerra; al N. O. de esta isla los Macrobien- ses, así llamados por su larga vida; siguiendo el curso del Nilo, los Nubios que han dado su nombre á la Nubia actual, y los Blemmios tan deformes que daba miedo verlos. A lo largo del Golfo Árábigo, los Trogloditas, llamados así por los Griegos, porque vivían en cavernas. Generalmente todos los pueblos de estas regiones tomaban nombre de su género de alimentación. Así, á orillas del mar los *ichthyophagos* ó comedores de pescados, los *rhizophagos*, comedores de raíces, los *elephantophagos*, que comían elefantes y los *achridiophagos*, que comían langostas.

2 *Libia*.—Dábase el nombre de Libia al Africa en general. Esta designación se restringió en seguida y bajo el nombre de *Libia Interior* se comprendía solamente la vasta región que se interna en las tierras y que no presenta más que un desierto aridísimo. Llamóse *Libia Marítima*, la comarca situada al O. de Egipto y bañada por el Mediterráneo. Las principales ciudades de esta comarca eran: *Ciencé*, *Barcé*, *Tolemaida* y *Berenice*. Esto es lo que más tarde se llamó *Cirenaica* ó *Pentápolis*.

CAPITULO XIII.

AFRICA SEPTENTRIONAL.

1 *Límites generales* (1).—Bajo el nombre de Africa Septentrional comprendemos aquí toda la parte de Africa situada á orillas del Mar Interior, desde

(1) Véase en el Atlas: Imperio Romano con la división de Teodosio.

Egipto al E., hasta las costas occidentales, bañadas por el Océano. Dividiremos este litoral en tres partes: *Cirenaica* al E., las posesiones cartaginesas al centro, y Numidia y Mauritania al O.

2 *Posesiones cartaginesas*.—Las posesiones africanas de los Cartagineses pueden ser divididas en tres regiones: las dos *Sirtes*; el territorio de *Cartago*, y las costas de *Numidia* y de *Mauritania*. Como se ve ocupaban toda la costa del Mediterráneo, desde los altares de *Filenes*, al E., hasta la extremidad de las costas occidentales de Africa.

Las principales ciudades de: las dos Sirtes eran *Sabatra* (Sabart), *Ea* (Trípoli), *Leptis Magna* (Lébidá). Por estas tres ciudades se dió á la comarca el nombre de *Tripolitana*.

El territorio de Cartago se extendía desde el río Tusca al O. hasta la *Sirte Chica* al E. Era muy fértil, y allí estaba toda la fuerza de Cartago. En una extensión de cerca de setenta y cinco leguas de costa, había una multitud de ciudades notables. Así, al S. de Cartago, estaban *Tines*, *Aspis* ó *Clipea*, *Adrumeta*, *Tisdro*, *Tenes*, y *Tacapa*. Al O. Utica, aliada de Cartago, é *Hipo-Diarrito*, á orillas del golfo de este nombre. Todas estas ciudades eran de suma importancia mercantil, y á ellas estaban sometidos todos los pueblos del interior de Africa.

No pasaba lo mismo con Numidia y Mauritania. Cartago poseía almacenes en todas las costas, pero no tenía poder ninguno sobre los indígenas. Por esta causa los ejércitos romanos, cuando atacaron Africa, llegaron fácilmente hasta las murallas de la gran ciudad cartaginesa.

3 *Numidia*.—Numidia se extendía desde el río Tusca al E. y el río Malva al O. Estaba dividida en

dos partes: los Masesilienses al O. y los Masilienses al E.; los primeros, súbditos de *Sífax*, y los segundos de Masinisa. Después de la batalla de Zama, estos dos reinos formaron uno solo; Masinisa, su rey, fijó su residencia en *Cirta*, que más tarde, después de haber sido embellecida y restaurada por Constantino, tomó el nombre de Constantina. En la *Numidia Oriental*, *Hipo-Regio* (Bona) que era uno de los puertos más notables, y *Vaca*, que era una de las ciudades de más comercio del reino de Yugurta, en las fronteras de la provincia romana. Metelo se apoderó de ella al principio de la guerra de Yugurta, y la entró á saco para vengarse de los habitantes que habían pasado á cuchillo la guarnición romana. Entre las ciudades de la Numidia Occidental, *Siga*, grande y hermosa ciudad, á orillas del mar, donde residía *Sífax*.

4 *Mauritania*.—La Mauritania, situada al O. del río Malva, estaba limitada al N. por el Mar Interior y el estrecho de Hércules; al O. por el Atlántico; al S. por Getulia y al E. por Numidia. Era el reino de Boco, cuya ciudad más importante era Tingis (Tánger), á orillas del *Estrecho de Hércules*.

CAPITULO XIV.

EUROPA.

1 *Nociones generales* (1).—Los Antiguos no conocían Europa exactamente. Sus conocimientos exactos llegaban hasta las orillas del *Océano Germánico* (Mar

1 Véase el Atlas: Imperio Romano con la división de Teodosio.

Egipto al E., hasta las costas occidentales, bañadas por el Océano. Dividiremos este litoral en tres partes: *Cirenaica* al E., las posesiones cartaginesas al centro, y Numidia y Mauritania al O.

2 *Posesiones cartaginesas*.—Las posesiones africanas de los Cartagineses pueden ser divididas en tres regiones: las dos *Sirtes*; el territorio de *Cartago*, y las costas de *Numidia* y de *Mauritania*. Como se ve ocupaban toda la costa del Mediterráneo, desde los altares de *Filenes*, al E., hasta la extremidad de las costas occidentales de Africa.

Las principales ciudades de: las dos Sirtes eran *Sabatra* (Sabart), *Ea* (Trípoli), *Leptis Magna* (Lébi-da). Por estas tres ciudades se dió á la comarca el nombre de *Tripolitana*.

El territorio de Cartago se extendía desde el río Tusca al O. hasta la *Sirte Chica* al E. Era muy fértil, y allí estaba toda la fuerza de Cartago. En una extensión de cerca de setenta y cinco leguas de costa, había una multitud de ciudades notables. Así, al S. de Cartago, estaban *Tines*, *Aspis* ó *Clipea*, *Adrumeta*, *Tisdro*, *Tenes*, y *Tacapa*. Al O. Utica, aliada de Cartago, é *Hipo-Diarrito*, á orillas del golfo de este nombre. Todas estas ciudades eran de suma importancia mercantil, y á ellas estaban sometidos todos los pueblos del interior de Africa.

No pasaba lo mismo con Numidia y Mauritania. Cartago poseía almacenes en todas las costas, pero no tenía poder ninguno sobre los indígenas. Por esta causa los ejércitos romanos, cuando atacaron Africa, llegaron fácilmente hasta las murallas de la gran ciudad cartaginesa.

3 *Numidia*.—Numidia se extendía desde el río Tusca al E. y el río Malva al O. Estaba dividida en

dos partes: los Masesilienses al O. y los Masilienses al E.; los primeros, súbditos de *Sífax*, y los segundos de Masinisa. Después de la batalla de Zama, estos dos reinos formaron uno solo; Masinisa, su rey, fijó su residencia en *Cirta*, que más tarde, después de haber sido embellecida y restaurada por Constantino, tomó el nombre de Constantina. En la *Numidia Oriental*, *Hipo-Regio* (Bona) que era uno de los puertos más notables, y *Vaca*, que era una de las ciudades de más comercio del reino de Yugurta, en las fronteras de la provincia romana. Metelo se apoderó de ella al principio de la guerra de Yugurta, y la entró á saco para vengarse de los habitantes que habían pasado á cuchillo la guarnición romana. Entre las ciudades de la Numidia Occidental, *Siga*, grande y hermosa ciudad, á orillas del mar, donde residía *Sífax*.

4 *Mauritania*.—La Mauritania, situada al O. del río Malva, estaba limitada al N. por el Mar Interior y el estrecho de Hércules; al O. por el Atlántico; al S. por Getulia y al E. por Numidia. Era el reino de Boco, cuya ciudad más importante era Tingis (Tánger), á orillas del *Estrecho de Hércules*.

CAPITULO XIV.

EUROPA.

1 *Nociones generales* (1).—Los Antiguos no conocían Europa exactamente. Sus conocimientos exactos llegaban hasta las orillas del *Océano Germánico* (Mar

1 Véase el Atlas: Imperio Romano con la división de Teodosio.

del Norte) y del *Océano Sarmático* (Mar Báltico). Creían que *Escandinavia* (Suecia y Noruega) era una isla y que el *Océano Sarmático* estaba en comunicación con el *Océano Hiperbóreo* (Mar Glacial). El *Quersoneso Címbrico* (Dinamarca) y las *Islas Británicas* (Inglaterra é Irlanda) distaban mucho de ser suficientemente conocidas. No conocían la extensión de las llanuras de la *Sarmacia Europea*, cuya parte septentrional corresponde actualmente al Imperio Ruso; pero la parte central de Europa, *Galia*, *Germania*, *Nórica*, *Pannonia*, y sobre todo las comarcas meridionales, tales como *Grecia*, *Epiro*, *Italia*, *Hispania*, *Macedonia*, *Tracia*, etc., habían sido descritas y estudiadas del modo más perfecto.

2 *Límites*.—Europa estaba limitada al S. por el Mediterráneo, al O. por el Atlántico, al E. por el *Tanaís*, cuyas fuentes no eran conocidas, y por el *Ra* (Volga). No pueden precisarse los límites septentrionales.

3 *Ríos*.—Los principales ríos eran: el *Tíber* y el *Po* ó *Eridano* en Italia; el *Rín* y el *Ródano* en las Galias; el *Ebro* en España; el *Istro* (Danubio) en Germania; el *Tanaís* y el *Ra* en los límites asiáticos.

4 *Montañas*.—Las principales cadenas de montañas eran: los *Alpes*, los *Pirineos*, los *Apeninos*, el *Monte Hemo* y los *Montes Rifeos* en *Tracia*.

5 *División general*.—Dividiremos Europa en tres partes: la del S. que comprendía *Grecia*, *Italia* y *España*; la del centro, *Galia*, *Germania*, *Vindelicia*, *Reicia*, *Nórica*, *Pannonia*, *Dacia*, *Iliria* y *Mesia*; la septentrional cuyos principales países eran: las *Islas Británicas*, el *Quersoneso Címbrico*, *Escandinavia* y *Sarmacia*. Las más célebres de estas comarcas eran: *Grecia*, *Italia*, *España*, y *Galia*; de las cuales trataremos muy particularmente en este compendio.

CAPITULO XV.

GRECIA.

1 *Límites y divisiones generales* (1).—Grecia estaba limitada al N. por la prolongación de los *Alpes Cárnicos* que la separaban de *Iliria* y *Macedonia*, comprendidas por algunos en la misma Grecia; al S. y al E. por el *Mar Egeo* y al O. por el *Mar Jónico*. Esta comarca estaba dividida naturalmente en tres partes: la *Grecia Septentrional* que comprendía *Tesalia* y *Epiro*; la *Grecia Central* ó *Hélade*, que se extendía desde la cadena del *Eta* y del *Pindo* hasta el istmo de *Corinto*, y la *Grecia Meridional* ó *Peloponeso* que formaba una península unida al continente por el istmo mencionado: Los ríos y montañas de esta comarca son muy célebres en la Historia.

2 *Ríos y montañas de la Grecia Septentrional*.—Las montañas más célebres de la *Grecia Septentrional* eran: el *Olimpo*, el *Osa* y el *Pindo*. La Mitología enriqueció todos estos nombres con los más poéticos recuerdos, porque los *Helenos* procedían de los Antiguos soberanos de esta comarca. No hay allí más que un solo río notable, el *Peneo*, que atraviesa *Tesalia*, recibe gran número de afluentes y desemboca en el *Mar Egeo*, después de haber recorrido el hermoso valle de *Tempe*, tantas veces cantado por los poetas. Los ríos de *Epiro* son menos considerables, pero muchos de ellos han recibido de la Mitología grandísima celebridad.

Véase el Atlas: *Grecia Antigua*.

Tal es, particularmente, el *Aqueronte* (río negro) que atraviesa el pantano *Aquerusio* y va á desembocar en el *Mar Jónico*, después de recibir las aguas del *Cocito*. Ambos ríos han sido colocados en los infiernos por los poetas, á causa, sin duda, de lo negro y espeso de sus aguas. Al E. del *Aqueronte*, en el *Golfo de Ambrasia*, el *Avas* (Lurca) y el *Aretón* (Arta.)

3 *Ríos y montañas de la Grecia central.*—Las montañas de la *Hélade* no eran más que una prolongación del *Pindo*, que, con el nombre de *Corax* (Coraca), viene á terminar en el promontorio *Anti-Rium*, en la entrada del *Golfo de Corinto*. Pero esta cadena y sus ramificaciones toman diferentes nombres que importa mucho conocer. Así, entre *Tesalia* y *Fócida*, al N. de la *Hélade*, el *Parnaso*, cuyas diez cimas fueron escogidas por los poetas para morada de Apolo y de las Musas. En su falda nacia la fuente *Castalia*, cuyas aguas, al decir de los Antiguos, excitaban el entusiasmo poético. No lejos del *Parnaso* el *Eta* que termina en las orillas del *Golfo Maliaco*. Una de sus cortaduras forma, con los pantanos que rodean este golfo, el célebre paso de las *Termópilas* (puertas cálidas), así llamado por las aguas termales que brotan allí.

En *Beocia* el *Helicón*, consagrado también á las Musas, con la fuente *Hipocrene* y el riachuelo llamado *Permeso* que de allí toma curso. Atica se gloriaba de poseer el *Monte Pentélico*, famoso por sus mármoles blancos, y el *Himeto* célebre por su miel, que pasaba por la mejor del mundo. El *Pentélico* y el *Himeto* se unían al *Parmeso* que no era más que una prolongación del *Citerón*, célebre por el fin trágico de Edipo.

Todos los ríos de la *Hélade* pueden ser divididos en tres grandes grupos, según los mares en donde van á desembocar.

El *Mar Jónico* recibía el *Aqueloo* (río blanco) cuyo curso era largo é impetuoso. Como arrastraba mucho lodo, sus depósitos fueron formando las islas *Eniadas* y *Equinadas*, que al fin quedaron unidas al continente. Este río es muy célebre en la Fábula por su combate con Hércules, quien le arrancó uno de sus cuernos. Esto significa, probablemente, que el héroe (ó sea el pueblo griego) cegó uno de sus brazos para dar á la agricultura el terreno que ocupaban las aguas.

El *Golfo de Corinto*, cuya extremidad formaba el mar de los Alciones, recibía el *Eveno*, en cuyas orillas mató Hércules al centauro *Neso*.

En fin, el *Mar Egeo* recibía el *Cefiso* y el *Iliso*, dos arroyos que regaban la campiña de Atica; el *Asopo* que corre en Beocia y desagua en el *Estrecho de Eubea*, y el *Esperquio* que desemboca en el *Golfo Maliaco*.

En el centro de la *Hélade* el lago *Copais* que recibía las aguas de un riachuelo llamado *Cefiso*, (no hay que confundirle con el anterior que hemos citado al tratar del Atica) y el pantano de *Hilica*, cerca del lago *Copais*, y menos considerable. Recibía el riachuelo llamado *Ismeno* que regaba los muros de *Tebas*.

4 *Ríos y montañas de la Grecia meridional.*—Todas las montañas del *Peloponeso* forman una cadena cuya altura principal es el *Taigeto*. Esta cadena se extiende desde el *Istmo de Corinto* hasta el promontorio *Tenaro*, donde había una caverna muy profunda que los poetas señalaban como uno de los respiraderos del Infierno. Divide las aguas que van hacia el *mar Jónico* de las que van al *Golfo de Argólida* y al *Golfo de Laconia*. Entre las principales ramificaciones de esta cadena de montañas señalaremos: al N. el *Erimanto*, donde Hércules mató al famoso javalí; al SE., y siempre en *Arcadia*, el *Menalo*, consagrado al dios

Pan y célebre por la cierva de pies de bronce que sólo Hércules pudo matar; en fin el *Liceo*, igualmente renombrado por el culto que allí se tributaba á las divinidades campestres. La cadena de los montes *Líceos*, prolongándose hacia el SO., da nacimiento al monte *Itome*, conocido por las guerras y desgracias de *Mesenia*.

Los ríos del *Peloponeso* eran poco considerables. El *Alfeo* (Orfea), que era el más importante, no tenía más que veinticinco leguas de curso. Nace en *Arcadia*, atraviesa *Elida* y desemboca en el *Mar Jónico*. Además: el *Neda* que desemboca al S. del *Alfeo*, y el *Pamiso* (*Pirnatza*) que desemboca en el *Golfo de Lacedonia*. Los Espartanos sumergían á sus hijos para fortalecerlos en las aguas de este río.

Había tres lagos principales en el interior del *Peloponeso*. Al pie del monte *Cilene* el lago Estinfal, en cuyas orillas destruyó Hércules unos pájaros que se alimentaban de carne humana; el *Lago de Orcomenes*, cerca de la ciudad de este nombre, y el pantano de *Lerna*, cerca del *Golfo Argólico*, célebre por la hidra que pereció á manos de Hércules.

La parte del Mar Egeo que bañaba la costa del *Peloponeso* era llamada mar de *Mirtos*. No recibía del *Peloponeso* más que dos riachuelos: el *Friaxo* y el *Inaco* que regaban Argólida, y formaban dos golfos muy notables: el *Golfo Argólico* al SE. y el *Golfo Sarónico* (Golfo de Egina) que formaba la península que se adelanta hacia el *Golfo de Corinto*. Al N. del *Golfo Sarónico* estaba el célebre estrecho de *Salamina*, donde los Griegos ganaron á los Persas famosa batalla.

5 De las principales provincias de la Grecia septentrional.—En la *Grecia septentrional* no había más que dos grandes estados: *Tesalia* al E. y *Epiro* al O.

Tesalia ocupaba una vasta cuenca formada al N. por los montes *Olimpo* y *Cambunenses* que la separaban de Macedonia; al O. por el *Pindo*, que la separaba de Epiro, y al S. por el *Monte Eta* que la separaba de *Fócida*. Esta cuenca presenta una multitud de valles extremadamente fértiles, donde pastaba una inmensa cantidad de caballos. Las yeguas y caballos de *Tesalia* eran muy estimados. Todo este país estaba dividido en cinco cantones: *Pelasgiótida* al N., *Histiótida* al O., *Tesaliótida* al centro, *Tiótida* ó *Ptiótida* al S., y *Magnesia* al E.

La *Pelasgiótida*, llamada así por los *Pelagos*, una de las colonias más antiguas de Grecia, comprendía la *Perébia* ó *Perhebia*, y tenía por capital *Larisa*, donde reinaba Aquiles. La *Histiótida*, situada hacia la parte superior del *Peneo*, tenía por capital *Trica* (*Tricala*) en la orilla izquierda de este río.

La *Tesaliótida*, ó la región que propiamente se llamaba *Tesalia*, ocupaba el centro de esta comarca y su capital era *Farsalia*, que más tarde debía ser testigo de la derrota de *Pompeyo* por *César*. La *Tiótida* estaba ocupada por la nación de los *Malienses* que dieron su nombre al *Golfo Maliaco*. *Feres* era la capital. En fin *Magnesia* que se extendía á lo largo de las costas del mar Egeo. Su capital era *Magnesia*. Las principales ciudades eran: *Ioleos*, patria de Jasón, y *Pagasa* á orillas del *Golfo Pelásgico*, en cuyas orillas fué construído el navío que tripularon los Argonautas. *Epiro*, cuyo nombre significa en griego *continente*, fué nombrado así en oposición á la isla de *Corcira* situada enfrente. Estaba limitada al N. por *Iliria*; al E. por el *Pindo* que la separaba de *Tesalia*; al S. por *Etolia* y el *Golfo de Ambracia*, y al O. por el *Mar Adriático* y el *Mar Jónico*. El suelo, cubierto de mon-

tañas, casi no estaba cultivado. Abundantes dehesas constituían la riqueza de este país. Los caballos de esta comarca no eran menos célebres que los de *Tesalia*.

Todo este país estaba dividido en cuatro cantones: al N. los *Caones* y los *Atintanses*; al S. *Tesprocia*; al centro el país de los *Molosos* que comprendía *Molosia* y *Heliópida*, y al E. *Atamania*.

Caonia, atravesada por los montes *Acroceraunienses*, tenía por capital *Quimera*, la cual conserva todavía este nombre. *Tesprocia*, regada por el *Aqueronte*, contaba entre sus principales ciudades *Butrote* (Butrinto) y *Ambracia* que dió su nombre al golfo situado al S. de *Epiro*. El país de los *Molosos* tenía por Capital *Pesaro* (Pasarón). Sus reyes se fijaron después en *Ambracia* y la ciudad más célebre, no sólo de esta provincia sino de todo *Epiro*, fué *Dodona*, que estaba rodeada de una selva cuyas encinas daban oráculos. *Atamania*, situada á lo largo de la cadena del *Pindo*, no tenía ninguna ciudad notable.

6 *Principales Estados de la Grecia central*.—La Grecia central ó *Hélade*, que se extendía desde la cadena del *Eta* y del *Pindo* hasta el istmo de *Corinto*, comprendía siete Estados principales: *Acarmania*, *Etolia*, *Lócria*, *Fócida*, *Dórida*, *Beocia*, *Megárida* y *Ática*.

Acarmania, comarca la más occidental de lo que propiamente debe llamarse Grecia, estaba limitada al O. y al S, por el *Mar Jónico*; al E. por el *Aqueloo* que la separaba de *Etolia*, y al N. por el *Golfo de Ambracia*. *Estratos*, ahora en ruinas, era su capital. Formaba una confederación que estuvo siempre en guerra con sus vecinos los *Etolios*.

Etolia estaba limitada al O. por el *Aqueloo* que la separaba de *Acarmania*; al S. por el *Golfo de Corinto*; al E. por *Dórida* y *Lócria*, y al N. por *Tesalia*.

Era una de las más grandes comarcas de Grecia, pero no estaba cultivada y sus habitantes eran bárbaros, habituados á vivir del bandolerismo y la rapiña. *Termo* era la capital.

Lócria estaba dividida en dos partes: *Lócria oriental* y *Lócria occidental*.—La primera fué llamada también *Lócria ozolienze* (*hedionda*) porque sus habitantes se vestían con pieles de cabra no curtidas. Se extendía al N. del *Golfo de Corinto*, desde el promontorio *Anti-Río* al O., hasta el *Golfo de Crisa* al E. Su Capital era *Naupacte* (*Lepanto*) cerca del *Golfo* de este nombre, en el cual poseía un puerto muy notable. La *Lócria oriental*, situada al N. E., hacia el *Golfo Maliaco*, estaba dividida también en dos partes: la *Lócria Epi-Nemidiana* y la *Lócria Opunciana*. Los habitantes de la primera ocupaban la parte septentrional, y su nombre les venía del *Monte Nemis* ó *Nemo* que los separaba de los *Locrios-opuncianos*. Sus principales ciudades eran: *Tronio* al E., á orillas del riachuelo *Boagrio* y *Némides* ó *Unémides*, cerca del mar, al pie del monte que le daba su nombre. Los *Locrios-opuncianos* daban su nombre á la ciudad de *Oponte*, su capital.

Tócida y *Dórida* estaban situadas entre las dos *Lócrias* que las limitaban al E. y al O. Del lado del N. lindaban con *Tesalia* y por el S. con el *Golfo de Corinto*. *Dórida* no tenía más que cuatro ciudades sin importancia. En la *Fócida* propiamente llamada así, *Delfos*, edificada en la pendiente del *Parnaso*, y célebre por sus oráculos; *Antela*, cerca del desfiladero de las *Termópilas*, aldea célebre porque allí se reunió el primer Consejo Anfictiónico, y *Crisa*, puerto y arsenal de *Delfos*, en la parte del *Golfo de Corinto* llamada *crisseus sinus*, golfo de *Crisa*.

Beocia estaba situada al S. E. de Fócida. El monte Citerón la separaba de Atica y estaba comprendida entre el Golfo de Corinto, llamada también Mar de los Alciones, y el canal de Eubea. Esta comarca era muy fértil á pesar de que tenía muchos lagos y pantanos. Ya hemos citado el lago Copáis cuyas aguas estancadas hacían el aire espeso y brumoso, lo cual contribuía, en concepto de los Antiguos, á que los Beocios fueran torpes y groseros. Testifica lo contrario, en favor de los Beocios, que esta comarca tuvo la gloria de producir muchos grandes hombres y de representar un papel brillantísimo en los asuntos de Grecia. Tebas, fundada por el fenicio Cadmo, era la Capital. De las otras ciudades citaremos Queronea, patria de Plutarco y célebre por la victoria de Filipo contra los Atenenses; Orcomenes, que en los tiempos antiguos disputó la preminencia á Tebas; Platea, donde fué derrotado el ejército persa mandado por Mardonio; Leuctres, aldea célebre por la victoria de Epaminondas contra los Lacedemonios, y el magnífico puerto de *Áulide*, donde los Griegos sacrificaron á Ifigenia, antes de partir para el sitio de Troya.

Megárida no era más que una comarca de ocho á nueve leguas de largo por cuatro ó cinco de ancho. Ocupaba el istmo de Corinto que une el Peloponeso al resto de Grecia. Su posición la hacía muy importante, y por este motivo tuvo que sostener tantas guerras con los Atenenses. Su capital era Megara, á orillas del Golfo Sarónico. Al S. O. de la costa estaban las rocas Cirónidas, ó Scirónidas, desde las cuales el bandido Cirón precipitaba á los viajeros en el mar.

Atica comprendía la península montañosa con que termina la Grecia Central y que va estrechándose

hasta el promontorio Sunio. Al O., al S. y al E. esta limitado por el Golfo Sarónico y el mar de Mirtos, y al N. por el Citerón que la separaba de Beocia. Su territorio estaba dividido en tres partes: la Diácria, ó región montañosa, el Pedión, ó la llanura, y la Paralia, ó costa. Atica no tenía más que una ciudad considerable: Atenas, la cual estaba dominada por el Acrópolis, que era la ciudadela. Tenía tres puertos en el Golfo Sarónico: el Pireo, Muniquia y Faleria. Pericles los fortificó, y amuralló la ciudad. Extramuros de Atenas, estaban los jardines de la Academia, del Cinosargó y del Liceo, destinados al paseo y ejercicio de los jóvenes.

Entre los lugares dignos de recuerdo, citaremos Eleusis, unido á Atenas por la *vía Sacra*, donde se celebraban los grandes misterios de Proserpina y de Ceres, y la aldea de Maratón immortalizada por la victoria de los Atenenses contra los Persas.

7 *De los principales estados de la Grecia meridional ó Peloponeso.* El Peloponeso fué llamado al principio Apis, del nombre de Apis, rey de Siciona. Recibió después el nombre de Pelasgia, por los Pelasgos establecidos allí, y, en fin, después de la invasión de Pelops, tomó el nombre de Peloponeso ó isla de Pelops. Esta última denominación fué la que conservó hasta el fin de la edad antigua. La Grecia Meridional estaba dividida en ocho estados principales. Corintia, Siciona, Acaya, Elida, Arcadia, Argólida, Laconia y Mesenia.

Corintia ocupaba la parte occidental del istmo que une la Grecia Meridional á la Grecia Central. La Capital era Corinto. Esta ciudad tenía dos puertos considerables; el de Laquea, en el Golfo de Corinto, y el de Cercrea en el Golfo Sarónico. A estos dos puer-

tos debía el ser por extremo rica y mercantil, así como su importancia política á los juegos ístmicos que cada cuatro años y en honor de Neptuno se celebraban en su territorio.

Sicionu estaba situado al O. de Corintia y tomaba su nombre de la capital que era un puerto muy frecuentado, á orillas del Golfo de Corinto. Tuvo la gloria de poseer escuelas muy famosas de pintura y escultura. Fué patria de los escultores Policleto y Licipo y de los pintores Pausanias y Timanto.

Acaya, situada en la extremidad N. O. del Peloponeso, tenía las siguientes principales ciudades: Egio, donde se reunían los consejos de Acaya, Patra (*Patras*) y Dima, ó ciudad occidental, así llamada por su posición.

Estas tres comarcas fueron reunidas al principio bajo el nombre de Egialea y obedecían á un mismo jefe. Antes de la guerra de Troya era rey de estas comarcas Agamenón. Más tarde fueron reunidas bajo el nombre de Acaya.

Élida, situada al S. O. de Acaya, hizo un gran papel en la Antigua Grecia, porque en su territorio, en *Olimpia*, se celebraban los juegos Olímpicos. Unicamente los habitantes de *Élida* tenían derecho de presidir esta solemnidad. Este privilegio dió á *Élida* una gran importancia. Tenía doce leguas de largo y sólo tres ciudades notables: Olimpia, de que ya se ha hablado, Elis á orillas del Peneo, y Pisa, á orillas del Alfeo.

Arcadia, situada en el centro del Peloponeso, era un país montañoso. Sus habitantes, pacíficos y sencillos, vivían dedicados al pastoreo. Arcas los inició en el conocimiento de las artes y de las letras y por este motivo tomó la comarca el nombre de Arcadia.

Sus principales ciudades eran Orcomenes, fundada por uno de los hijos de Licaón, Mantinea, donde pereció Epaminondas, después de haber vencido á los Espartanos, y Tegea que vió morir á Pausanias, el vencedor de Platea, quien después deshonró su nombre con una cobarde traición. Megalópolis, que fué más tarde la primera ciudad de Arcadia. Fué fundada por Epaminondas para servir de baluarte al resto de Grecia contra los Lacedemonios. En ella nacieron el historiador Polibio y el general Filopomeno, llamado *el último de los Griegos*. A causa de su fundación fué llamada la ciudad más nueva de Grecia.

Argólida, situada al E. de la Arcadia y al S. de Corintia, comprendía el reino de Argos, el de Micenes, Epidauria, Trecenia y Hermiónida. El reino de Argos, cuya capital era Argos, fué muy poderosa en tiempo de la guerra de Troya. Allí reinaba Diomedes. Homero da el nombre de Hipobotos, *proveedora de caballos*, á esta comarca, porque los de esta región gozaban de justa fama. Esta ciudad influyó mucho en todas las guerras de Grecia. El reino de Micenes tenía por capital Micenes, donde reinaba Agamenón. Al N. de esta ciudad estaba la corta población de *Nemea*, donde cada tres años se celebraban juegos en honor de Júpiter. Epidauria comprendía la ciudad de Epidauro, al S. O. de la cual se levantaba el famoso templo de Esculapio. Trecenia, cuya ciudad principal era Trecenia, debía su celebridad á la muerte de Hipólito. Hermiónida tenía por capital Hermiona, situada á orillas del golfo de este nombre. La púrpura procedente de allí pasaba por la más preciosa del mundo.

Laconia, al S. de Argólida y de Acaya, terminaba en dos penínsulas montañosas, separadas por el Gol-

fo de Laconia: el promontorio Tenaro en la extremidad de la península occidental y el promontorio de Malea en la extremidad de la península oriental. Laconia, como Atica, no tenía más que una ciudad importante: Esparta ó Lacedemonia. En tiempo de Homero eran dos ciudades distintas, pero después fueron reunidas, y esta ciudad única fué metrópoli del Peloponeso. Su puerto y arsenal era Gítio, situado diez leguas al S. E., en el Golfo de Laconia. Helos había sido en los tiempos primitivos una ciudad muy considerable, pero los Espartanos esclavizaron á los habitantes, los cuales tomaron el nombre de *Ilotas* ó *Hilotas*.

Mesenia estaba en la extremidad S. O. del Peloponeso. Era un país llano, de gran fertilidad. Mesenia era la capital. Estaba defendida por el monte Itome que la dominaba y le servía de fortaleza. Sus habitantes se hicieron muy célebres por la gloriosa resistencia que hicieron contra los Espartanos cuando éstos intentaron subyugarlos. Debemos citar también á Pilos, patria de Nestor, en la entrada de un pequeño golfo del Mar Jónico que le servía de puerto, y al pie del monte Egialeo.

8 *División general de las islas.*—Todas las islas de Grecia pueden dividirse en tres partes: islas del Mar Egeo, islas del Mar Interior propiamente dicho, é islas del Mar Jónico.

9 *Islas del mar Egeo.*—Todas las islas del mar Egeo pueden ser divididas en tres grupos principales: las islas de las costas orientales de Grecia, las Cícladas y las Esporadas. Entre las islas de las costas orientales señalaremos Eubea (*Negroponto*) que no está separada del Atica más que por el estrecho de Euripa. Esta isla era muy fértil. Su configuración

hizo que la denominaran Macris, (*larga*). Homero le dió el nombre de Abántida, porque sus primeros habitantes fueron los belicosos Abantes. Su capital era Calcis que pasaba por una de las ciudades más fuertes de Grecia. Orea ó Istiea, situada al N., en la orilla del Artemiso, era también muy importante. La isla entera tuvo que sufrir mucho por la invasión de los Persas, todas sus ciudades fueron devastadas y la mayor parte de los habitantes fueron llevados cautivos.

Las otras islas de las costas orientales eran: Escopelos y Halonexos, renombradas por sus excelentes vinos, y Ciro ó Seiros, donde fué educado Aquiles. En el Golfo Sarónico, al O. del Atica, Salamina que vió triunfar á Temístocles de la inmensa flota de los Persas, y Egina, célebre por la resistencia valerosa que opuso á los Atenieses que querían subyugarla.

Las *Cícladas* comprendían el grupo situado al S. del mar Egeo. Los Griegos dieron á estas islas tal nombre porque las consideraban situadas en círculo. Las más notables eran. Delos, donde nacieron Diana y Apolo, y donde estaba, al pie del monte Cinto, el famoso templo de este dios. Andros, la más septentrional de todas las Cícladas y la más importante; Tenos y Miconos, donde la fábula colocaba la tumba de los últimos centauros. Ceos, la más próxima al Atica, donde nació el poeta Simonides; Paros, célebre por sus mármoles blancos; Naxos, la más fértil de las Cícladas, famosa por su excelente vino, lo que hizo que la consagraran á Baco; Amorgos, igualmente cubierta de viñedos, y, en fin, al O., las islas de Melos y de Sifnos.

Las Esporadas, vecinas de las Cícladas, formaban con ellas el Archipiélago. Se les dió el nombre de Es-

poradas, porque están, por decirlo así esparcidas en la parte S. O. del mar Egeo. Las principales eran: Ios, poblada por los Jónicos; Tera, que parece haber sido formada por un volcán; Anape que era una colonia dórica; Astipalea, cuyos hermosos vergeles hicieron que fuera llamada la *mesa de los dioses*.

10 *Islas del Mar Interior*.—En el Mar Interior había tres islas que dependían de Grecia: Citeres, Egilea y Creta. Citeres (*Cérigo*), al S. O. del Golfo de Laconia, estaba cubierta de rocas. Había sido consagrada á Venus. Cuentan los poetas que la graciosa deidad no gustó de este país rocalloso y prefirió la isla de Chipre. Egilea era una isla poco importante, situada entre Citeres y Creta. Esta última era la más grande de todas las islas de Grecia. Tenía más de sesenta leguas de largo y doce ó quince de ancho. Producía vinos y frutos exquisitos. La Fábula suponía que Júpiter había nacido en esta isla, en una de las cumbres de la cadena del Ida. Sus ciudades principales eran: Ecnosa ó Cnosa, donde reinó el rey Minos, uno de los legisladores antiguos más célebres, y que la fábula ha colocado entre los jueces de los infiernos, con Eaco y Radamanto. Cidonia que tenía un puerto famoso, y Gortina que fué tal vez en los tiempos más remotos la ciudad más considerable de tal isla.

11 *Islas del Mar Jónico*.—Las islas del Mar Jónico eran: al N. Corcira y las islas de Paxos. Corcira (*Corfú*) es llamada por Homero isla de los Feacios, del nombre de sus primeros habitantes. Allí coloca el poeta los jardines de Alcinoos, donde Ulises, después de su naufragio, fué muy bien recibido. Las ciudades principales eran: Corcira y Casiope. Las islas de Paxos, hoy *Paxo* y *Anti-Paxo*, no tenían nada notable.

Yendo hacia el S. se encuentran Léucades, Itaca, Cefalonia, Zacinta y las Estrofadas. Leucades, frente á la Acamania, fué en tiempos remotos una península. Una colonia Corintia que se estableció allí, cortó el istmo y la separó así del Continente; pero como el estrecho no tenía más que cincuenta pies de ancho, echaron un puente, y la comunicación fué fácil. Itaca era la capital de los Estados de Ulises, inmortalizada por Homero. Parece que el rey de Itaca dominaba entonces en la península de Leucades, en las islas de Cefalonia y de Zacinta y en otras partes del Continente, Zacinta y el grupillo de las Estrofadas fueron en seguida una dependencia de la Elida.

CAPITULO XVI.

ITALIA.

1 *Límites* (1).—Italia estaba limitada al N. por los Alpes, al E. por el mar Adriático llamado también entonces Mar Superior; al S. por el Mar Jónico y el Mar de Sicilia y al O. por el Mar Inferior ó Tirreno. Dábase también á este Mar, en las costas de Liguria, el nombre de Mar Ligúrico ó Ligústico.

2 *Montañas*.—Las Montañas de Italia pueden dividirse en dos grandes cadenas: la de los Alpes y la de los Apeninos.

La cadena de los Alpes forma el límite septentrional de Italia y se extiende de O. á E. Sus diferentes partes recibían diversos nombres. Así, yendo de S. O.

(1) Véase el Atlas: Italia Antigua.

poradas, porque están, por decirlo así esparcidas en la parte S. O. del mar Egeo. Las principales eran: Ios, poblada por los Jónicos; Tera, que parece haber sido formada por un volcán; Anape que era una colonia dórica; Astipalea, cuyos hermosos vergeles hicieron que fuera llamada la *mesa de los dioses*.

10 *Islas del Mar Interior*.—En el Mar Interior había tres islas que dependían de Grecia: Citeres, Egilea y Creta. Citeres (*Cérigo*), al S. O. del Golfo de Laconia, estaba cubierta de rocas. Había sido consagrada á Venus. Cuentan los poetas que la graciosa deidad no gustó de este país rocalloso y prefirió la isla de Chipre. Egilea era una isla poco importante, situada entre Citeres y Creta. Esta última era la más grande de todas las islas de Grecia. Tenía más de sesenta leguas de largo y doce ó quince de ancho. Producía vinos y frutos exquisitos. La Fábula suponía que Júpiter había nacido en esta isla, en una de las cumbres de la cadena del Ida. Sus ciudades principales eran: Ecnosa ó Cnosa, donde reinó el rey Minos, uno de los legisladores antiguos más célebres, y que la fábula ha colocado entre los jueces de los infiernos, con Eaco y Radamanto. Cidonia que tenía un puerto famoso, y Gortina que fué tal vez en los tiempos más remotos la ciudad más considerable de tal isla.

11 *Islas del Mar Jónico*.—Las islas del Mar Jónico eran: al N. Corcira y las islas de Paxos. Corcira (*Corfú*) es llamada por Homero isla de los Feacios, del nombre de sus primeros habitantes. Allí coloca el poeta los jardines de Alcinoos, donde Ulises, después de su naufragio, fué muy bien recibido. Las ciudades principales eran: Corcira y Casiope. Las islas de Paxos, hoy *Paxo* y *Anti-Paxo*, no tenían nada notable.

Yendo hacia el S. se encuentran Léucades, Itaca, Cefalonia, Zacinta y las Estrofadas. Leucades, frente á la Acamania, fué en tiempos remotos una península. Una colonia Corintia que se estableció allí, cortó el istmo y la separó así del Continente; pero como el estrecho no tenía más que cincuenta pies de ancho, echaron un puente, y la comunicación fué fácil. Itaca era la capital de los Estados de Ulises, inmortalizada por Homero. Parece que el rey de Itaca dominaba entonces en la península de Leucades, en las islas de Cefalonia y de Zacinta y en otras partes del Continente, Zacinta y el grupillo de las Estrofadas fueron en seguida una dependencia de la Elida.

CAPITULO XVI.

ITALIA.

1 *Límites* (1).—Italia estaba limitada al N. por los Alpes, al E. por el mar Adriático llamado también entonces Mar Superior; al S. por el Mar Jónico y el Mar de Sicilia y al O. por el Mar Inferior ó Tirreno. Dábase también á este Mar, en las costas de Liguria, el nombre de Mar Ligúrico ó Ligústico.

2 *Montañas*.—Las Montañas de Italia pueden dividirse en dos grandes cadenas: la de los Alpes y la de los Apeninos.

La cadena de los Alpes forma el límite septentrional de Italia y se extiende de O. á E. Sus diferentes partes recibían diversos nombres. Así, yendo de S. O.

(1) Véase el Atlas: Italia Antigua.

á N. E., á orillas del Golfo Ligústico ó Mar de Liguria, los Alpes Marítimos, así llamados porque estaban cerca del mar; los Alpes Cotienses en los cuales estaba comprendido el monte Cenis; los Alpes Grayos, que se extendían hasta las fuentes del Gran Doria; los Alpes Peninos que comprendían lo que hoy llamamos el Monte Blanco, el San Bernardo, el Rosa, el Simplón y el San Gotardo, cumbres las más altas de los Alpes; los Alpes Réticos que se prolongan hasta las fuentes del Atesis (*Adige*); los Alpes Tridentinos que son continuación de los Réticos, y los Alpes Cárnicos ó Julianos ó Nóricos, que limitan la Italia por el N. E., y donde nacen los ríos que van á desembocar en el Golfo de Tergeste (*Golfo de Trieste*.)

Los Apeninos son montañas de segundo orden. Esta cadena principia donde acaban los Alpes, cerca del Golfo Ligústico, y recorre Italia, en toda su extensión, es decir de N. á S. Se les ha dado el nombre de los países por donde pasan, y así tenemos Apeninos *ligúricos*, Apeninos *etruscos*, Apeninos *romanos* y Apeninos *napolitanos*. Los Apeninos *romanos* terminan al N. de la Gran Grecia, desde la cual van declinando hasta el mar.

Al E. de esta gran cadena que va de N. á S., el monte Gárgano que forma en las costas del Adriático el promontorio del mismo nombre (*Gárgano*); y el monte Vúltur al S. de Aufida. Al O. el promontorio de Populonio (*cabo Piombino*); el Soracta en la ribera derecha del Tiber; el monte Másico y la campiña de Falerno, cuyo vino mereció ser cantado por Horacio; los promontorios de Misena (*Cabo Mesino*), y el de Minerva (*Cabo de Minerva*) que forman el Golfo de Puteolia (*Puzzolè*), y el Vesubio, volcán famosísimo, situado entre los dos promotorios.

³ *Ríos y lagos*.—Sólo hay en Italia un río de importancia el Pado (Po) que corre en la parte septentrional, en el fondo de una magnífica cuenca formada al N. por los Alpes y al S. por los Apeninos. Sus principales afluentes son: á la derecha el Tánaro (*Tánaro*), el Trebiá (*Trebia*) el Taro (*Taro*) el Gabelo (*Secchia*), el Escultena (*Pánaro*), el Reno (*Reno*). A la izquierda el Doria Menor (*Doria-Riparia*), el Ticino (*Tesino*) por el cual desagua el lago Verbano (*Lago Mayor*), el Adua (*Ada*) que sale del lago *Lario* (lago de *Como*) el Olio (*Oglio*) que atraviesa el lago Sevino (lago de *Iseo*) y el Mincio que sale del lago Benaco (lago de *Garda*).

Al N. del Po, el Atesis (*Adige*) que es el segundo río de Italia, los Medoacos, *Mayor y Menor*, (*Bacchi-glione y Brenta*), el Piave y el Tilavento, (*Tagliamento*) y el Soncio (*Isonzo*) que desembocan en el Adriático.

La parte meridional de Italia es muy estrecha para tener grandes ríos. Entre los que van á desembocar al Mar Tirreno señalaremos solamente, yendo de N. á S., el Arno (*Arno*), el Umbro (*Ombro-ne*), el Marta, desaguadero del Lago Vulsiniano (lago de *Bolsena*), el Tiber que riega la campiña romana, el Vulturno en Campania, el Silaro (*Sele*) que va al Golfo de Pesto, el Lao (*Laó*) que daba su nombre á un golfo, y el Metauro, cerca del estrecho de Mesina.

La vertiente oriental de los Apeninos manda al Golfo de Tarento, llamado también *Mar de Ausonia*, el Aciris (*Agri*), el Casuento (*Bisiento*) y el Bradano (*Brándano*); al Mar Adriático, el Aufida (*Ofanto*), el Cerbalo (*Cervaro*), el Tiferno (*Biferno*), el Aterno (*Pescara*), el Truento (*Tronto*), el Pisauro (*Foglia*) y el Rubicón (*Pisatello*), inmortalizado por César. Todos estos últimos ríos estaban al S. del Po.

Independientemente de los lagos cuyas aguas van al mar y de los que ya hemos nombrado al tratar de la cuenca del Po, había otros de aguas estancadas; tales eran el lago de Trasimeno (*lago de Perugia*), el Averno, llamado así porque se creía que sus exhalaciones eran mortales para los pájaros que le atravesaban, y el lago Fucino (*Fucino*) en la Italia Central.

4 *División general.* - La Italia estaba dividida naturalmente en cuatro partes: 1ª: Italia Septentrional, ó Galia Cisalpina, que se extendía desde los Alpes hasta los ríos Rubición y Maera; 2ª: Italia Central, desde éstos hasta el Silaro y el Tronto; 3ª: Italia Meridional desde estos últimos ríos hasta Sicilia; 4ª: las islas. En seguida daremos las subdivisiones de cada una de estas partes, y señalaremos los límites de cada provincia y diremos el nombre de las principales ciudades.

5 *Galia Cisalpina.* - La Galia Cisalpina estaba dividida en cuatro partes: la *Galia Transpadana* y la *Galia Cispadana*, *Liguria* y *Venecia*. La Galia Transpadana estaba situada al N. del Po. Los Romanos la sobrenombraron así porque estaba con relación á ellos del otro lado de este río. Comprendía algunos pueblos ligurios, los Taurinos (habitantes de Turín), los Segusinos (habitantes de Susa) y los Libicios cuya capital era Versele (Verceil). Pero en su mayor parte estaba ocupada por Galos, entre los cuales nombraremos los Insubrienses, los Orobienses y los Cenomanos. Las ciudades más notables de la Galia Transpadana eran: Taurasia (*Turín*), capital de los Taurinos; Segusia (*Susa*), á orillas del Doria Menor, capital de los Segusinos; Mediolano (*Milán*), capital de los Insubrienses; Bergamo (*Bérgamo*), capital de los Orobienses, y Como (*Como*), importante ciudad, pertene-

ciente al mismo pueblo; Cremona (*Cremona*) y Mantua (*Mantua*), patria de Virgilio, eran las principales ciudades de los Cenomanos.

La *Galia Cispadana* situada al S. del Po, así llamada por los Romanos, porque con relación á Roma, estaba al otro lado del Po, comprendía tres grandes tribus gálicas: los Anamanos, los Boyenses y los Lingones. Los primeros, establecidos á orillas del Taro, uno de los afluentes del Po, fundaron la hermosa ciudad de Placencia (*Placencia*) que debió su nombre á lo ventajoso de su situación. Los Boyenses, situados al S. E. de los Anamanos, formaban una de las tribus gálicas más poderosas. Sus principales ciudades eran: Bonomia (*Bolonia*), Mutina (*Módena*) y Parma (*Parma*). Los Lingones, que habitaban entre las desembocaduras meridionales del Po, formaban la menos fuerte de las tribus gálicas. No tenían más que una sola ciudad importante, Ravena (*Ravena*).

Liguria, al O. de la Galia Cisalpina, ocupaba el litoral del golfo que fué llamado Ligúrico ó Mar de Liguria. Estos pueblos eran de origen céltico. Genua (*Génova*), único puerto de los Ligures, era su principal ciudad. Albinga, situada también á orillas del mar, y llamada por los Antiguos *Albium Ingaunum*, (*Albinga*) era de segundo orden.

Venecia estaba al E., en la costa del Mar Adriático, como Liguria en el Tirreno. Comprendía *Carnia* é *Histria*. Debía su nombre á los Vénetos, su tribu principal, que eran de origen céltico. Las principales ciudades de los Vénetos eran: Verona (*Verona*), á orillas del Atesis (*Adige*); Patavio (*Padua*), á orillas del Medoaco Menor (*Bacchiglione*) y Adria (*Venecia*), antigua ciudad fundada por los Etruscos, que dió su nombre al Mar Adriático. La capital de los Car-

nios era Aquileia (*Aquilea*) cerca del mar. Los Histrios contaban entre sus más importantes ciudades á Pola (*Pola*). La ciudad de Tergeste (*Trieste*), que debe su nombre al golfo que se interna entre Carnia é Histria, era una colonia romana.

6 *Italia Central*.—La Italia central, ó propiamente Italia, comprendía siete estados principales: Ombria, el Piceno, Etruria, Sabinia, el Lacio, el Samnio y Campania.

Ombria estaba limitada al N. por el Rubicón que la separaba de la Galia Cispadana; al O. por los Apeninos y el Tíber que la separaban de Etruria; al S. por Sabinia y el Piceno, y al E. por el mar Adriático. Comprendía dos pueblos de origen gálico: los Senones y los Ombrienses. Los Senones fundaron Sena á orillas del Adriático. Los Romanos le dieron el sobrenombre de *Sena-Gállica*, hoy *Sinigaglia*. Una de sus principales ciudades era Ariminio (*Rimini*). Las ciudades principales de los Ombrienses eran: Camerino (*Camerino*) y Espolecio (*Spoletto*).

El *Piceno* estaba situado al S. E. de Ombria, entre los Apeninos y el Adriático, desde el Esis al N. hasta el Aterno al S. Se le llamó Piceno ó *Ager Picenus*, (*campo de la pez*) porque la producía en abundancia. Comprendía dos pueblos: los Picentinos y los Pretucienses. Las principales ciudades de los Picentinos eran: Ancona, á orillas del mar, y Asculo (*Ascoli*) en una montaña cerca del Truento. Los Pretucienses tenían por capital Adria (*Atri*) que, según parece, fué fundada por desterrados de la famosa Adria, de la cual hablamos al tratar de Venecia.

Etruria, llamada también Tirrenia ó Toscana, hoy *Toscana*, estaba entre el Macra, al N., los Apeninos y el Tíber al E. y al S., y al O. el mar que fué llama-

do Tirrenio, Tirreniano, ó Tirreno. El país estaba dividido en doce ciudades independientes, cada una de ellas gobernada por un jefe que tomaba el título de *lucumón*. Las más notables de estas ciudades eran: al S. Veyes que sostuvo contra los Romanos un sitio célebre; Cere ó Agila, cuyos habitantes tenían una marina floreciente; Tarquinias, patria de Tarquino el Viejo; Faleria, capital de los Faliscos; Clusio (*Chiusi*) que dió motivo á la guerra de los Galos contra Roma; Perugia (*Perusa*), cerca del lago Trasimeno; Arrecio (*Arezzo*) donde Metelo fué exterminado con su ejército por los Ombrienses y los Galos Senones; Florencia (*Florenzia*) á orillas del Arno, y Fésula (*Fiesoli*) al N. E. de Florencia.

Sabinia, ó país de los Sabinos, estaba enclavada entre el Piceno, la Ombria, la Etruria y el Lacio. Cures, (*Correso*) era la metrópoli. Su rey Tasio fué vencido por Rómulo. Entonces se pactó una alianza entre los dos pueblos, y los Romanos se comprometieron á tomar el nombre de *quirites*. Señalaremos también en Sabinia la ciudad de Fidenes que fué sometida por Tarquino el Viejo. El Alia, célebre por la victoria de los Galos contra los Romanos, era uno de los afluentes del Tíber que fecundizan esta comarca.

El *Lacio*, que vió levantarse y crecer el poder romano, no era primitivamente más que una provincia de corta extensión, en el litoral del Mar Inferior, y cuyos límites eran: al N. el Tíber y al S. el promontorio de Circe (*Circello*). Luego los Romanos se extendieron por el S. E. hasta el Liris, límite septentrional de Campania. Cuando este territorio fué conquistado recibió el nombre de *Nuevo Lacio*, en oposición al primero que en lo de adelante fué llamado *Lacio Antiguo*.

Esta provincia estaba habitada por diferentes pueblos, de los cuales señalaremos los siguientes: los Latinos, propiamente llamados así, los *Rútulos*, los *Ecuos*, los *Hérnicos*, los *Volscos* y los *Aruncos*.

Los *Latinos* eran el pueblo más importante del Lacio. Su territorio estaba limitado al N. por el Tíber; al O. por el mar; al S. por los *Rútulos* y al E. por los *Hérnicos* y los *Ecuos*. Además de Roma, centro de su poder, poseían Laurenta, Lavinia, Palancio, Alba-Larga, Gabies, Túsculo (*Frascati*) y Ostia que eran otras tantas ciudades muy notables.

Los *Rútulos* fueron de los primeros que los Latinos subyugaron. Ardea era su capital. Los *Ecuos*, situados al N. E. de Roma, tenían un corto territorio. Su fortaleza principal era Sublaqueo (*Subiaco*) por estar edificada cerca de varios lagos, cuyas aguas iban al Anio. Preneste (*Palestrina*), era la capital.

Los *Hérnicos*, al S. de los *Ecuos*, tenían por capital Anagnia (*Agnani*).

Los *Volscos*, eran el pueblo más poderoso del Nuevo Lacio. Su capital *Suesa-Pomecia* era considerada como una de las ciudades más opulentas de Italia. Tarquino el Soberbio la saqueó; pero se levantó prontamente y gozó de su gloria hasta que Servilio hizo de ella una colonia romana. De las demás ciudades de los *Volscos* citaremos Aucio (*Anzio*) y Anxur (*Terracina*), á orillas del mar.

Los *Aruncos* ocupaban la parte meridional del Lacio, lindando con Campania. Las principales ciudades eran: Formies en la costa; Caieta (*Gaëta*), puerto muy frecuentado; Minturnes cerca de la desembocadura del Liris. En los pantanos que hay cerca de esta ciudad trató de ocultarse Mario. Entre Caieta y Formies está la campiña de Cécubo, cuyos vinos han sido tan hermosamente cantados por Horacio.

El *Samnio* estaba limitado al N. por el Aterno que lo separaba del Piceno; al O. por Campania y el Lacio; al S. por el Fronto, límite de la Italia Central, y al E. por el Adriático. Los pueblos principales del Samnio, eran: los Vestinos, los Marrusinos, los Marsos, los Pelignos, los Samnitas propiamente llamados así, los Hispinos y los Picentinos. Este país estaba cubierto por las montañas boscosas del Apenino, y todos los pueblos que le habitaban eran muy belicosos. De las ciudades notables, citaremos: Teate (*Chieti*) en la orilla derecha del Aterno; Marrubio, Corfinio, muy célebre durante la guerra social; Benevento, antigua colonia pelásgica, llamada al principio Malevento, y á la cual los Romanos le mudaron el nombre, porque les parecía de mal agüero; Caudio, una de las ciudades más célebres del Samnio, cerca de la cual estaba el famoso desfiladero de las Horcas Caudinas, y en fin, Salerno, en el Piceno.

Campania estaba entre el Tirreno, el Lacio y el Samnio.

Era el país más rico y más hermoso de Italia. Su belleza atrajo á muchos pueblos y pronto contó muchas ciudades. De éstas citaremos Capua (*Capua*), que enervó el valor de los soldados de Aníbal, después de la batalla de Cannas; Cumas la ciudad más fuerte de Italia; Parténope llamada después Neápolis (*Nápoles*); Bayas, que era una ciudad de placeres; Herculano y Pompeyo, arruinadas por una erupción del Vesubio el año 79 después de Jesucristo; Puteoli (*Puzzole*); Literno, donde se retiró el gran Escipión, y Nola (*Nola*), una de las últimas ciudades conquistadas por los Romanos en esta comarca.

7 *Italia Meridional*.—La Italia Meridional ó Gran Grecia estaba dividida en cuatro partes: *Apulia* al N., *Mesapia* al E., *Lucania* al O., y *Brucio* al S.

Apulia se extendía entre los Apeninos y el Mar Adriático, comprendiendo el promontorio Gárgano. Estaba dividida en dos partes: Daunia al N. O. y Peucecia al S. E. Los Daunienses, á lo que parece de origen griego, tenían, entre sus principales ciudades, Arpi, quitada á Fabio por Aníbal; Luceria (*Luceria*) donde los Romanos se vengaron de la afrenta recibida en las Horcas Caudinas; Cannas, célebre por la victoria de Aníbal contra los Romanos; Canusio (*Canosa*), donde Aníbal supo la derrota de su hermano Asdrúbal, cerca del Metauro, y Venusia (*Venosa*), patria de Horacio y una de las plazas más fuertes de Apulia. Los Peuceninos, considerados como una rama de los Liburnienses salidos de Iliria, no tenían ciudades notables. Las principales eran: Bario (*Bari*) y Egnacia en las costas del Adriático.

Mesapia ó Iapigia, era una península bañada por el Mar de Tarento y el Adriático. Los Mesapienses, los Calabreses y los Salentinos eran los principales pueblos de ella. Entre las principales ciudades de esta comarca, citaremos: Tarento y Brundusio (*Brindes*). Tarento era una de las ciudades más ricas y poderosas de Italia, tenía una flota inmensa, y se hizo célebre por la guerra que sostuvo contra los Romanos. La caída de Tarento produjo la sumisión de toda la Italia Meridional.

Lucania estaba situada al O. de Apulia y separada de esta comarca por el Brandano. Bañábanla de un lado las aguas del Golfo de Tarento y del otro las del Tirreno. Fué habitada al principio por los Enotrienses, los cuales fueron arrojados de allí por los Lucanios que eran probablemente de origen Samnita. Las principales ciudades eran: Pesto (*Pesto*) á orillas del Golfo de este nombre; Metáponte, Heraclea, y Síbaris Ila.

mada más tarde Turio, en las costas del Golfo de Tarento. Los Sibaritas tenían universal fama de muelles y voluptuosos. Su molicie ha pasado en proverbio: se dice que un pétalo de rosa bajo las sábanas les impedía dormir.

Brucio ocupaba la parte más meridional de Italia, es decir, la península situada entre las aguas del Golfo de Tarento y de los Mares Inferior y Siciliano. Los habitantes de esta comarca fueron primitivamente esclavos de los Lucanios. Cuando quisieron sacudir el yugo, éstos los llamaron en su lengua *brucienses*, es decir *rebeldes*, y este nombre conservaron aun después de que su independencia fue reconocida. Sus principales ciudades eran: Mamerto (*Ópido*), Escila, ó Scila, cerca del escollo de este nombre, Regio (*Reggio*), Locres y Crotona.

8 *Islas*.—Las tres grandes islas conquistadas por los Romanos, fueron Sicilia, Cerdeña y Córcega.

Sicilia, situada al S. de la Italia Meridional, de la cual estaba separada por el estrecho de Sicilia y el faro de Mesina, fué llamada Sicania por el pueblo que primitivamente la habitó. Su forma triangular y sus tres cabos, el cabo Pélora al N. E. el cabo Paquino al S. E. y el cabo de Lilibea al O., hicieron que se le denominara Trinacria. Sus montañas eran los montes Nebrodes y los montes Herenses ó de Juno. Estos últimos comprendían el Etna, donde los poetas suponían las fraguas de Vulcano y la morada de los Ciclopes. Las aguas que regaban esta isla pueden ser divididas en tres vertientes: las del N. que van al Mar Tirreno; las del E. al Mar de Sicilia y las del S. al Mar Interior. No tenía ríos dignos de mencionarse.

Las principales ciudades eran: en las costas del

Tirreno, Miles (*Milazzo*), Tíndaris, Himera, Panormo (*Palermo*), Segeste y Drepana (*Trápani*); en las del Mar Interior, Lilibea, Selimonte, Agrigente y Gela; en las del Mar de Sicilia, Siracusa, Leoncio (*Lentini*), Híbla Mayor é Híbla Menor, Catania, Tauromenio (*Taormina*) y Zancle, después Mesana, hoy *Mesina*.

Serdeña ó Sardinia fué llamada por los Griegos Ichmusa ó Sandalíotes, por su forma semejante á la de una sandalia. Estaba atravesada por los montes hoy llamados Límbarra, y cubierta de pantanos pestíferos. Los Romanos hicieron de esta isla una tierra de destierro. Las principales ciudades eran: Olbia y Turris-Libisones (*Porto di Torre*), y al S. Caralis (*Cagliari*), colonia fenicia, engrandecida por los Cartagineses.

Córcega estaba separada de Serdeña, por el estrecho de Tafros (*Bonifacio*). Los Griegos la llamaron Cirnos. Fué poblada por colonias fenicias, griegas, cartaginesas y romanas. Sus principales ciudades eran: *Mariana* y *Aleria*.

Citaremos aquí las islas menores de Italia. En la costa occidental Ilba (*Elba*), Planasia (*Pianosa*), Poncia, (*Ponza*), Pandataria (*Vandotena*), Pitecusa (*Ischia* ó *Isquia*), isla hermosísima del Golfo de Nápoles, y Capréa (*Capri*) cerca de la anterior. En esta isla residió mucho tiempo el emperador Tiberio. En torno de Sicilia las islas de Eolo ó de Vulcano (*Islas Lípari*) al N.; las islas Egatas ó Egadas al N. O., y la isla de Melita (*Malta*) al S.

CAPITULO XVII.

ESPAÑA.

1. *Límites, nombres y aspecto de España* (1).—España está limitada al N. por la cadena de los Pirineos que la separa de las Galias y el Mar Cantábrico ó Aquitánico, que no es más que un golfo formado por el Océano Atlántico; al O. por el Océano Atlántico y al S. y al E. por el mar Interior, que toma los nombres de Mar Ibérico y Mar de las Baleares. Además del nombre de Hispania tuvo en la antigüedad los nombres siguientes: Iberia, por el río Ibero (*Ebro*), Hesperia ó Vesperia ó Tierra del Poniente, por su situación con respecto á Italia y Grecia, y, en fin, Celtiberia, porque fue habitada al mismo tiempo por los Celtas y los Iberos, de cuya mezcla nació el pueblo celtibérico. España con Grecia ó Italia era una de las tres grandes penínsulas de la Europa Meridional. Su longitud es casi igual á su latitud, y las montañas que en todos sentidos la atraviesan, mantienen una temperatura dulce y saludable, moderando el calor que en algunos lugares es excesivo.

2. *Montañas y ríos*.—Las principales montañas de España son: al N., los Pirineos que se prolongan hacia el O. hasta el Atlántico y terminan en dos promontorios notables: el de Trileuco (*Órtegal*) y el Artabro (*Finisterre*). Esta cadena recibía á lo largo del Mar

(Véase el Atlas: Cuenca del Mediterráneo.—Imperio Romano con la división de Tiodosio).

Cantábrico, en lo que hoy se llama Asturias, el nombre de Monte Vinio. A la mitad de estos Montes, se desprende una cadena, que al principio va de N. O. á S. E., y luego de N. á S., hasta el Mediterráneo. Esta cadena tomaba al N. el nombre de Monte Idúbeda (Sierra de Oca, de Moncayo y de Molina) y al S. el de monte Orospeña (*Sierra de Alcaraz, de la Sagra, etc.*) y divide á España en dos grandes vertientes: la del Mar Interior al E. y la del Atlántico al O.

Los ríos que desembocan en el Mar Interior son: yendo de S. á N., el Tader (*Segura*), el Suero (*Xúcar*), el Turia ó Turis (*Guad-al-Aviar, río blanco*) el Ibero (*Ebro*), río el más grande de toda la península, y el Rubricato (*Llobregat*). Los que van al Océano son: al S. el Betis (*Guad-al-quíer, río grande*), y el Anas (*Guadiana*); y siguiendo las costas hacia el N., el Tago (*Tajo*), el Munda (*Mondego*), el Durio (*Duro*), y el Minio, (*Minho*, en Portugués,) vulgarmente *Minho*.

Las cuencas de los ríos principales que van al Océano están rodeadas de montañas muy notables. Así la del Betis está formada al S. por los Montes Ili-pula. (*Sierra Nevada*), al E. por los Montes Orospeña y al N. por el Monte Mariano; el Anas está separado del Tago por el Monte Herminio (*Montes de Toledo*) y el Tago del Durio por una cadena central, que actualmente toma los nombres de *Sierra de Estrella, Sierra de Urate*, y que va de Segoncia (*Sigüenza*) á Olisipo (*Lisboa*).

3. *Estado de España en los tiempos más antiguos.*—A lo que parece España fué primitivamente habitada por pueblos asiáticos que penetraron probablemente por el estrecho de Hércules. Estos pueblos formaron lo que se ha llamado de una manera general la nación ibérica. Los Celtas, establecidos en Galia,

hicieron una irrupción en el N. de España y después de largas guerras, se mezclaron á la raza indígena y dieron nacimiento á la celtibérica, mixta de nombre y origen. El movimiento de las emigraciones gálicas continuó, y los Celtas se establecieron al S. O., entre el Océano y el Anas. Otros Galos sentaron reales al N. O. de la península y dieron su nombre á la comarca que todavía se llama *Galicia*. “La comarca intermediaria conservó una parte de su población, la cual, mezclada con los vencedores, produjo la nación de los Lusitanos, no menos célebres que los Celtas en los tiempos antiguos de Iberia. La raza gálica, mixta ó pura, ocupó desde entonces la parte occidental de España. Podrían señalarse los límites de su territorio con una línea que partiera de las fronteras de Galicia, siguiera á lo largo del Ebro hasta la mitad de su curso, y de allí volviera apareada con los Montes Idúbeda para ir á terminar en el Anas” (*Amadeo Thierry, “Histoire des Gaulois”, 4a parte, capítulo I.*)

Las tribus ibéricas, arrojadas hacia el E. por todas estas emigraciones gálicas, forzaron los pasos orientales de sus montañas, invadieron Italia y se establecieron en ambas vertientes del Apenino Septentrional.

4. *Colonias fenicias.*—Durante este movimiento de tribus gálicas é ibéricas los Fenicios, que recorrían todos los mares, entraron en España por el estrecho de Gades, y fundaron doscientas colonias, casi todas en Andalucía. Sus posesiones se extendían desde las bocas del Anas y del Betis hasta las fronteras de los reinos de Granada y de Murcia. Gades (*Cádiz*), Malaca (*Málaga*) é Hispalis (*Sevilla*) eran sus principales ciudades. Este país fué para ellos, lo que más tarde para los españoles el Nuevo Mundo. En el se-

no de sus áridas montañas se encontraron inmensas riquezas. Cuéntase que hacían de plata las anclas de sus navíos.

5. *España bajo el dominio Cartaginés.*—Después de la caída de Tiro, Cartago heredó su poder en España, pero sus posesiones no se extendieron en el interior del país sino hasta después de las conquistas de Amilcar, de Aníbal y de Asdrúbal. Entonces la península hispánica fué dividida en dos partes: pueblos independientes y pueblos sometidos á Cartago. Por el tratado del año 227 sólo quedaron pueblos independientes al N. del Ibero y del Durio. El resto reconoció la dominación de Cartago.

Entre los pueblos independientes señalaremos al O. los Calaicos y los Astures; al N., en el litoral Cantábrico, la valiente nación de los Cántabros; á lo largo del Ibero, los Bascos y los Ilérgetes, y en las costas del Mar Interior, al N. E. los Indígetes, los Castellanos y los Ausetanos. Las ciudades más importantes eran las que Masilia (*Marsella*) había fundado en las costas, para extender su comercio. Al S. del Ebro, la famosa Sagunto, ciudad medio griega y medio latina, cuyo sitio fué causa de la segunda guerra púnica.

Entre las posesiones cartaginesas señalaremos: al E. los Edetanos, cuyas principales ciudades eran: Salduba (*Zaragoza*) é Ibera, destruída por los Romanos en la segunda guerra púnica; los Ilercaones entre el Ibero (*Ebro*) y el Sucro (*Xúcar*), y los Contestanenses al S. de este último río. En el territorio de estos últimos estaba Cartagena, fundada por Asdrúbal, y capital de la España cartaginesa.

En el valle del Betis los Turdetanos cuyas principales ciudades eran: Iiturgis, ciudad muy rica y poderosa; Córdoba (*Córdoba*) que debía todo su esplen-

dor al comercio; Hispalis (*Sevilla*), á veinte leguas del mar, y Gades (*Cádiz*), en el estrecho de Hércules.

En el valle del Anas, señalaremos dos pueblos principales: los Cunicios en la desembocadura de este río y los Celtas, de los cuales ya hemos hablado. Las principales ciudades de estos últimos eran: Pax-Julia (*Beja*), Ehora (*Évora*) y la capital de los Cunicios que era Cunaca, en la margen derecha del Anas.

Entre el Tajo y el Duero, al E., hacia las fuentes del Tajo, los Carpetanos, los Vetones al centro, y los Lusitanos al O., en la Costa del Atlántico. La capital de los Carpetanos era Toletó (*Toledo*) á orillas del Tajo; la de los Vetones Salmantica (*Salamanca*) en las montañas que separan las cuencas del Duero de la cuenca del Tajo, y la de los Lusitanos, Olisipo (*Lisboa*).

Al centro cerca de las fuentes del Tajo, del Duero y del Gadiana, los Celtiberos ó Celtíberos, el más valiente de todos los pueblos españoles. Sus principales ciudades eran: Contrebia, Bílbilis (*Calatayud*) y Segóbriga.

6. *España, después de la conquista Romana.*—Luego que los Romanos entraron en España el Senado creyó sometida la comarca y la dividió en dos partes: España Citerior, al N. E., y España Ulterior al S. O. Denominaban así estas dos partes, porque, viniendo de Italia, los Romanos entraban en España por Galia. Los Celtiberos, los Vetones y otros pueblos, retirados en las montañas, se sublevaron, y fué preciso emprender de nuevo la conquista de todo el país. Los Bascos se sostuvieron hasta el tiempo de Pompeyo; los Astures y los Cántabros conservaron su independencia hasta el reinado de Augusto, de suerte que la península no fue enteramente sometida hasta esta época. Algunos historiadores españoles sostienen que los Romanos nunca sometieron totalmente España.

CAPITULO XVIII.

GALIA.

1. *Límites y aspecto general* (1).—Galia estaba limitada al E. por los Alpes, al S. por el Mar Interior y los Pirineos, y al O. por el Océano Atlántico que tomaba los nombres de Océano Aquitánico, Océano Británico, Estrecho de Galia, ú Océano Germánico. El Rin fijaba los límites por el N. E. Esta comarca, circunscrita así por el mar, por altas montañas y por un gran río, estaba dividida interiormente por una cadena de montañas que la atravesaba de N. á S., dividiéndola en dos vertientes: una inclinada hacia el N. O., y cuyas aguas van al Atlántico, y otra menor, cuyas aguas van al Mediterráneo.

2. *Montañas y ríos*.—Las montañas que forman la cuenca del Mar Interior son: al E. los Alpes Marítimos y los Alpes Grayos; el N. el Vosego (*Vosges*) y al O. los montes Cebena (*Cevennes*.) Esta cuenca no tiene más que un gran río, el Ródano, que nace al pie de los Alpes Peninos (*San Gotardo*), atraviesa el lago Lemano (*Lago de Ginebra*) y recibe los afluentes que á continuación van apuntados: á la derecha el Arar (*Saône*), engrosado por el Dubis (*Doubs*), y á la izquierda el Isara (*Isère*), el Druna (*Drôme*) y el Druencia (*Durance*). Entre los riachuelos de esta cuenca citaremos el Varo (*Var*) y al O. el Atax (*Aude*).

(1) Véase el Atlas: Antigua Galia.

La cuenca del Atlántico comprende cuatro cuencas menores: la del Océano Germánico, la del Océano Británico, la del Océano Atlántico, propiamente llamado así, y la del Océano Aquitánico.

En la cuenca del Océano Germánico comprendía dos ríos: el Reno (*Rin*) y la Mosa (*Meuse*). El primero nace en las vertientes de los Alpes Peninos, como el Ródano, pero del lado opuesto, atraviesa el lago Brigantino (*Lago de Constanza*), sigue á lo largo de las fronteras de Galia, para recibir de esta cuenca varios ríos, de los cuales el más notable es el Mosela (*Moselle*) que nace en la cadena del Vosego. El Masa engrosado por el Sabis (*Sambre*) y por un brazo del Escaldis ó Escalda (*Escaut*) desemboca también en el Océano Septentrional.

La cuenca del Océano Británico, comprendía el Samara (*Somme*), el Olina (*Orne*) y el Secuana (*Sena*). Los afluentes de este último eran el Matrona (*Marne*) el Isara (*Oise*) que recibía al Axona (*Aisne*) y á la izquierda el Atura (*Eure*) y el Icanna (*Yonne*).

La cuenca del Atlántico, propiamente llamada así, comprendía dos ríos principales: el Ligerio (*Loire*) y el Carantono (*Charente*). Muy numerosos son los afluentes del Ligerio. Señalaremos los principales: á la derecha el Meduana (*Muyenne*) y á la izquierda el Vigena (*Vienne*), el Caricio (*Cher*) y el Eláver (*Alli-ver*).

La cuenca del Océano Aquitánico comprendía el Garumna (*Garona*) y el Aturo (*Adour*). El Garona sólo tenía afluentes considerables del lado derecho. Eran el Duranio (*Dordogne*), el Oltis (*Lot*) el Tarnicio (*Tarn*) y el Aurífero (*Ariège*). Dábasele este nombre porque sus aguas arrastraban pajillas de oro.

3. *División política de las Galias*.—Este magnífico

país estaba ocupado por tres grandes familias: la familia *ibérica*, la familia *gala* ó *gálica* y la familia *greco-jónica*.

4. *Familia ibérica*.—Estaba dividida en dos ramas: los Aquitanios y los Ligures. 1.^a El país de los Aquitanios que estaba comprendido entre los Pirineos, el Garona y el Océano. Los pueblos principales de esta nación eran: los Tarbelios (*Tarbes*), los Bigerriones (*Bigorre*), los Garumnios en las fuentes del Garona, y los Auscios (*Auch*). Dos tribus menores, galas también, vinieron á juntarse en esta población ibérica: Los Boyeses de origen kímrico y los Biturigios Viviscios, de origen galo. Los primeros habitaban en las tierras de los Tarbelios. La capital de los segundos era Burdigala (*Bordeaux* ó *Burdeos*). 2.^a, los Ligurios ó Ligures se habían mezclado mucho á los Galos y á los Griegos. No habían conservado con tanta pureza el tipo original ibérico, como los Aquitanios. En los tiempos que precedieron á la conquista romana existía al O. del Ródano, entre este río y los Pirineos, la Ibero-Liguria, habitada por tres grandes pueblos: los Sardos, los Elésicos y los Bébricos. Los primeros establecidos al pie de los Pirineos, se extendían por el litoral español; los segundos, arriba, hasta el Ródano. Sus principales ciudades eran: Numanso (*Nismes*) y Narbo (*Narbonne*); los terceros ocupaban los Pirineos, hasta el punto en que estos montes se unen con los Cevennes. Cuando César llegó á la Galia no quedaba de la Ibero-Liguria más que algunos pueblos muy desgraciados y poco numerosos. Tribus Volkas ó Belgas, habían invadido todo el país. Tolosa (*Tolosa*) era la principal ciudad.

La parte de Liguria situada al O. del Rhin, tomaba el nombre de Celto-Liguria. Entre los diversos pue-

blos repartidos en esta comarca, señalaremos los Salgos, capital Arelate (*Arlés*), los Albiacios, y otros varios pueblos.

5. *Familia Greco-Jónica*.—Era una colonia de Focidios que, arrojada de Córsega, vino á refugiarse en Galia. Masilia (*Marsella*) era la ciudad más importante. Tenía una multitud de establecimientos en las costas del Mediterráneo.

6. *Familia Gala*.—Esta familia se dividía en tres ramas: los Galos, los Galo-Kimris y los Kimris. Una línea que partiendo de la desembocadura del Tarn, corriera á lo largo de este río, del Ródano, del Isère, de los Alpes, del Rin, de los Vosges, del Loire y del Vienne, y después se uniera al Garonne, circunscribiría, poco más ó menos, el territorio de los Galos. Comprendía tres grandes pueblos, subdivididos en veintidós naciones. Además de estas confederaciones había otras tres naciones galas, muy importantes: los Helvecios (*Suizos*) los Alóbroges (*Saboyanos*), y las tribus peninas diseminadas en los valles de los Altos Alpes. Los Galo-Kimris estaban limitados al N. por el Sena y el Marne, al E. por la frontera de los Galos y al O. por el mar.

Los Kimri-Belgas ocupaban el espacio comprendido entre el Sena, el Marne, los Vosges, el Rin y el Océano.

César venció á todos estos pueblos y dividió la Galia en tres grandes partes: Céltica, Aquitania y Bélgica. En tiempo de Augusto las Galias fueron divididas en diez y siete provincias: Narbonesa 1.^a, capital Narbona; Narbonesa 2.^a, capital Aix; Vienesa, capital Viena; Alpes Marítimos, capital Embrún; Alpes Peninos, capital Darantasia; Aquitania 1.^a, capital Bourges; Aquitania 2.^a, capital Burdeos; Aquitania 3.^a,

ó Novempopulania, capital Eause, y más tarde Auch; Lionesa 1ª, capital Lyon; Lionesa 2ª, capital Rouen; Lionesa 3ª, capital Tours; Lionesa 4ª, capital Sens; Lionesa 5ª, capital Besançon; Bélgica 1ª, capital Trèves; Bélgica 2ª, capital Reims; Germania 1ª, capital Mayence, y Germania 2ª, capital Colonia.



CAPITULO XIX.

GERMANIA, ISLAS BRITÁNICAS, SARMACIA,
ESCITIA Y ESCANDINAVIA.

1. *Germania* (1).—Al N. el Océano Germánico ó el Mar de los Suevos, al S. el Danubio, al E. el Vístula y al O. el Rin. Era un país cubierto de bosques, al cual se le daba el nombre general de *Selva Herciniana*. La gran cadena de montañas que comienza en las fuentes del Rin y se prolonga hacia el E., siguiendo el curso del Danubio, da nacimiento á todos los ríos que riegan esta comarca. Todos siguen la misma dirección, corren de S. á N., y van al Océano Germánico ó Mar de los Suevos. Los más notables son: el Reno (*Rin*), el Visurgis (*Weser*), el Albis (*Elba*), el Viadro (*Oder*) y el Vístula (*Vístula*).

2. *Islas Británicas*.—Estaban situadas al N. O. de Europa. Una se llamaba *Albión* (Inglaterra), otra *Yerné* (Irlanda ó país de Erín). Al N. de Albión, *Caledonia* (Escocia). Las principales ciudades eran: Londinio (*Londres*), Eboraco (*York*) y Eblana (*Dublín*).

(1) Véase el Atlas: Imperio Romano con la división de Tiodosio.

3. *Sarmacia*.—Sarmacia estaba limitada al O. por el Vístula que la separaba de Germania y el Tiras (*Dniester*) que la separaba de Dacia; al S. por el Ponto-Euxino, el Pallus-Meótides, el Cáucaso y el Caspio; al E. por el Tanaís (*Don*) y el Ra (*Volga*) que la separaba de Escitia, y al N. por el Océano Glacial ó Hiperbóreo. Este último límite era supuesto, porque los Antiguos conocían muy vagamente estas comarcas. Como se ve, este país comprendía una gran parte de la Rusia actual y las posesiones de Polonia y de Prusia situadas al Oriente del Vístula. Los principales ríos que riegan esta comarca siguen una dirección opuesta á los ríos de Germania. Los más notables son, después del Vístula, el Hipanis (*Boug*), el Borístenes (*Nieper* ó *Dnieper*) el Tanaís (*Don*) y el Ra (*Volga*). A principios de la Edad Media, hacia el año 471, el nombre de Sarmacia fué reemplazado por el de Eslavia ó Eslavonia, porque la familia eslava ocupaba toda esta comarca.

4. *Escitia*.—Escitia ocupaba todo el N. de Asia y estaba dividida en dos partes: Escitia de aquende y Escitia de allende el Imaús. La primera estaba limitada al O. por el Ra que la separaba de Sarmacia, al S. por el Iaxarte que la separaba de Sogdiana, una de las provincias más septentrionales del Imperio de Alejandro, y al E. por la cadena del Imaús. Sus límites septentrionales no eran conocidos. Los Antiguos la designaban con el nombre demasiado vago de región hiperbórea. Allí ponían á los Isedones, á los Saeios y á los Masagetas, que, al decir de algunos historiadores antiguos, mataban á los ancianos para comerse los. La Escitia de allende el Imaús comprendía una parte de la China actual. Era muy poco conocida, por lo cual sólo nos limitaremos á mencionarla.

5. *Escandinavia*.—La Escandinavia, ó Escandia ó Escancia, comprendía la parte meridional de Suecia y Noruega, y apenas era conocida. Creían que era una isla del Océano Hiperbóreo, cuya extensión no podían determinar. Distinguían de una manera vaga la Sueonia (*Suecia*), y Nerigón (*Noruega*). Estas dos comarcas estaban separadas por el monte Sevo (*Montes Tulienses*). En Sueonia ponían á los Sueonios, pueblo de nautas, á los Hileriones y más tarde á los Godos que eran de origen germánico. La única comarca de Noruega que los Antiguos mencionan es Bergo (*Berghén*), y creían que era una isla.

6. *Quersoneso Címbrico*.—Consideraremos como formando parte de las comarcas anteriores el Quersoneso Címbrico (*Jutlandia*), aunque los Antiguos le comprendían en Germania. Tenía al N. y al E. el estrecho Codano; al S. la desembocadura del Albis (*Elba*) y al O. el Océano Germánico. De allí salieron los Cimbrios y los Teutones que después de haber devastado Galia y España hicieron temblar á Roma. Más tarde esta misma isla vió á los Sajones y á los Anglos los cuales esparcidos por Europa, se fijaron al fin en el centro de Alemania y en la Gran Bretaña. Fueron los precursores de los Normandos que, salidos de Sueonia, causaron tantos males á Francia y á otros estados cristianos del siglo IX al siglo X de nuestra era.

CAPITULO XX.

DE OTRAS COMARCAS DE EUROPA.

Las otras comarcas de Europa eran: Recia, Vindelicia, Nórica, Panonia y Mesia, situadas á la derecha del Danubio. (1)

1. *Recia*.—Recia, hoy país de los Grisones (*Tirol*); y una parte de Suiza y de los estados de Venecia, confinaba con esta última y con la Cisalpina por el S., con Helvecia por el O.; por el N. con Vindelicia y con Nórica al E. Comprendía una multitud de pueblos y sus principales ciudades eran: Curia (*Coire*) cerca de las fuentes del Rin, y Tridentino (*Trento*) á orillas del Atesis, (*Adige*).

2. *Vindelicia*.—La Vindelicia (hoy parte meridional de *Baviera* y del ducado de *Baden*), al N. de Recia, tenía por ciudades principales Damasia que en tiempo de Augusto tomó el nombre de *Augusta-Vindelicorum* (*Augsburgo*) y Brigancia (*Breguenz*) á orillas del lago que se llamó Lago Brigantino (*lago de Constantza*). Después de la conquista romana Vindelicia fué unida á Recia, y estos dos países no formaron más que una sola provincia.

3. *Nórica*.—La Nórica, (hoy parte S. E. de *Baviera* y de la *Alta Austria*) estaba al E. de Recia y al N. de los Alpes que fueron llamados Nóricos. Las principales ciudades eran: Boyoduro (*Innstadt*), y Lauriaco

(1) Véase el Atlas: Imperio Romano con la división de Tiodosio.

(*Lorch*) á orillas del Danubio. Augusto puso allí una guarnición y una flotilla para defender las fronteras del Imperio.

4. *Panonia*.—Panonia (hoy *Baja Austria* y parte S. O. de *Hungria*), estaba al N. de Iliria, y dividida en dos partes: Panonia Superior y Panonia Inferior. En la superior, Vindobona (*Viena*), antigua ciudad céltica, y Siscia, á orillas del Save, la ciudad más fuerte de toda la provincia en tiempo de Augusto. En la Panonia Inferior, Sirmio (*Sirmich*), baluarte del imperio, amenazado de este lado por los Dacios.

5. *Mesia*.—Mesia (hoy *Servia* y *Bulgaria* en el Imperio Otomano) se extendía hasta el Ponto Euxino y hasta la desembocadura del Danubio. Situada al N. de Macedonia y de Tracia estaba dividida, como Panonia, relativamente al curso del Danubio, en dos partes: Mesia Superior y Mesia Inferior. El riachuelo Ciabros (*Zebritz*) dividía estas dos comarcas. Entre las ciudades de la Mesia Superior citaremos: Singiduno (*Belgrado*) en la confluencia del Save y del Danubio, Viminacio (*Widdin*) á orillas del Danubio, y en el interior del país Naíso (*Nizza*) donde nació Constantino el Grande. La Mesia Inferior comprendía Esco (*Ingigen*) á orillas del Danubio, ciudad principal de los Tribales, y Sardica (*Triaditza*), cerca del monte Orbelo. Aureliano hizo de esta comarca una provincia que fué llamada Dacia-Aureliana.

A la izquierda del Danubio se extendía la Dacia ó país de los Getas que fue conquistada por Trajano.

INTRODUCCION AL ESTUDIO

DE LA

CIENCIA HISTORICA.

(Notas tomadas de varios autores.)

(*Lorch*) á orillas del Danubio. Augusto puso allí una guarnición y una flotilla para defender las fronteras del Imperio.

4. *Panonia*.—Panonia (hoy *Baja Austria* y parte S. O. de *Hungria*), estaba al N. de Iliria, y dividida en dos partes: Panonia Superior y Panonia Inferior. En la superior, Vindobona (*Viena*), antigua ciudad céltica, y Siscia, á orillas del Save, la ciudad más fuerte de toda la provincia en tiempo de Augusto. En la Panonia Inferior, Sirmio (*Sirmich*), baluarte del imperio, amenazado de este lado por los Dacios.

5. *Mesia*.—Mesia (hoy *Servia* y *Bulgaria* en el Imperio Otomano) se extendía hasta el Ponto Euxino y hasta la desembocadura del Danubio. Situada al N. de Macedonia y de Tracia estaba dividida, como Panonia, relativamente al curso del Danubio, en dos partes: Mesia Superior y Mesia Inferior. El riachuelo Ciabros (*Zebritz*) dividía estas dos comarcas. Entre las ciudades de la Mesia Superior citaremos: Singiduno (*Belgrado*) en la confluencia del Save y del Danubio, Viminacio (*Widdin*) á orillas del Danubio, y en el interior del país Naíso (*Nizza*) donde nació Constantino el Grande. La Mesia Inferior comprendía Esco (*Ingigen*) á orillas del Danubio, ciudad principal de los Tribales, y Sardica (*Triaditza*), cerca del monte Orbelo. Aureliano hizo de esta comarca una provincia que fué llamada Dacia-Aureliana.

A la izquierda del Danubio se extendía la Dacia ó país de los Getas que fue conquistada por Trajano.

INTRODUCCION AL ESTUDIO

DE LA

CIENCIA HISTORICA.

(Notas tomadas de varios autores.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1.—La palabra *historia*, tomada del Griego, significa etimológicamente *rebuscar, examinar, inquirir*. En su más amplia significación la Historia es el memorial de todos los hechos que caen bajo el dominio de la observación. *Rerum cognitio praesentium*, —ha dicho Valerio Flaco,— el conocimiento de las cosas presentes. En su sentido más vulgar es el relato de los hechos realizados por el hombre.

El objeto principal de la Historia es describir con verdad y juzgar con alto y recto criterio, para enseñanza de los hombres, los acontecimientos felices ó infaustos relativos al humano linaje.

La Historia general es la historia de la humanidad, pero siendo tan vasto el campo de su estudio, limita éste á los hechos auténticos y á los sucesos memorables.

2.—*Definición:* Historia es la narración serena, imparcial, justificada, —y á las veces artística,— de sucesos dignos de la memoria humana, claramente expuestos, debidamente comprobados, y apreciados, calificados y juzgados con alto sentido crítico y moral, para enseñanza y provecho común.

Fácilmente se comprende, en vista de esta definición, por qué los hombres más sabios han hecho de la Historia el objeto de un estudio especial, convencidos de que, como ha dicho Bossuet, —“*es vergonzoso, no sólo para un príncipe, sino para cualquier hombre culto, ignorar lo que ha sido el género humano, y las mudanzas que la serie de los siglos ha producido en el mundo.*”

Cicerón, hablando de la Historia, la llama: “*testis temporum, lux veritatis, magistra vitae, nuntia vetustatis.*” Esto es: *testigo de los tiempos, luz de la verdad, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad.*

Lamartine se preguntaba, en uno de sus libros más hermosos: “*¿Qué es la Historia?*” Y respondía: “*Es el mundo escrito, el humano linaje en relieve, evocado de todos los sepulcros, tomando el alma, la vida, el movimiento y la palabra delante de los hombres nacidos y por nacer, para representar, enseñando con la lección y el ejemplo, la eterna tragedia de la Humanidad, en las arenas de un inmenso anfiteatro sembrado de tumbas, cuyo polvo es la ceniza misma de los hombres que vivieron antes de nosotros. La Historia es el espectáculo de las cosas humanas, al cual nos es dado asistir con el recuerdo, ya con admiración, ya con repugnancia, según que la virtud ó el crimen, la barbarie ó la civilización estén presentes en la escena, pero siempre con provecho para nuestro propio perfeccionamiento.*”

3.—*División:* La Historia general se divide ordinariamente en cuatro partes:

I.—*Historia antigua*, que comienza con el mundo y acaba con la destrucción del Imperio romano de Occidente, 476 años después de Jesucristo.

II.—*Historia medioeval*, que comienza con la destrucción del Imperio romano de Occidente, 476 años

después de Jesucristo, y acaba con la toma de Constantinopla por los Turcos, 1453 años después de Jesucristo.

III.—*Historia moderna*, que comienza con la toma de Constantinopla por los Turcos, 1453 años después de Jesucristo y termina con la Revolución francesa, 1789 años después de Jesucristo.

IV.—*Historia contemporánea*, que comienza con la Revolución francesa, 1789 años después de Jesucristo, y llega hasta nuestros días.

Algunos historiadores dan por término á la Edad media de 476 años después de Jesucristo á 1453 id., el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, acontecimiento verdaderamente memorable, que, por decirlo así, duplicó el mundo. (1492 años después de Jesucristo, — 12 de octubre.) No faltan historiadores que le dan por término el Tratado de Westfalia, — 1648 años después de Jesucristo, — porque fué la base de un nuevo sistema político en Europa, por el equilibrio que estableció entre las diversas potencias del mundo europeo.

Los principales acontecimientos que separan la Historia antigua de la Historia medioeval son:

I.—La irrupción de los Bárbaros. (409 después de Jesucristo.)

II.—La destrucción del Imperio romano de Occidente. (476 años después de Jesucristo.)

III.—La fundación de los Estados modernos. (Del siglo V al siglo XIV de la era vulgar.)

Los sucesos principales que marcan la separación de la Historia medioeval de la moderna son:

I.—La toma de Constantinopla por los Turcos. (1453.)

II.—El descubrimiento de América. (1492.)

III.—El descubrimiento, hecho por Vasco (ó más bien Basco) de Gama, del paso para las Indias orientales, por el cabo de Buena-Esperanza. (1498.)

Estas divisiones arbitrarias, meramente políticas, son muy discutibles.

En las historias diplomáticas, legislativas, comerciales, literarias, eclesiásticas, & & se divide la Historia de diversas maneras.

4.—*Métodos*: Siguen diversos métodos para el estudio de la Historia. Así hay:

Método geográfico, cuando toma como objeto de su estudio las divisiones territoriales.

„ cronológico, cuando sigue regularmente el curso de los tiempos.

„ etnográfico, cuando trata de las razas.

„ sincronístico, cuando coordena y paraleliza los acontecimientos.

„ dogmático, cuando se aplica á estudiar la sucesión de los acontecimientos como causas y efectos.

„ filosófico, cuando se ocupa en investigar las leyes de la Historia.

4.—*La Historia y la Fábula*. Dicho queda que la Historia sólo estudia los hechos auténticos, y que de ninguna manera debe ocuparse con aquellos que no están debidamente comprobados. Lo que distingue de la Historia la Fábula, y entendemos por Fábula el conjunto de las ficciones mitológicas, es que la Historia refiere lo que considera conforme á la verdad, al paso que la Fábula inventa lo que relata. Lo verdadero se relata como verdadero, lo fabuloso como fabuloso. Así nadie da crédito á ciertos prodigios de que nos habla Tito Livio, sin que por eso deje de ser éste el príncipe de los historiadores latinos. Las ficciones mi-

tológicas tienen su lugar en la Historia, pero siempre como táles. En ellas suelen descubrir los mitólogos verdades históricas que los poetas, la fantasía popular y el celo religioso supieron ocultar bajo el velo de la ficción ó de la leyenda. La fábula de las Hespérides, por ejemplo, con sus jardines y sus manzanas de oro robadas por Hércules, encubre la historia de la introducción en Grecia de una planta útil: *el naranjo*. En este sentido la Mitología es una eficaz auxiliadora de la Historia.

5.—*Ciencias auxiliares de la Historia*. Como para poder juzgar bien de un hecho es preciso saber el lugar y el tiempo en que se efectuó, la Historia tiene como ciencias auxiliares la Geografía y la Cronología, que alguno acertó á llamar: los ojos de la Historia. De la primera ya tenemos idea; de la segunda diremos que es *la ciencia que tiene por objeto determinar el orden y las fechas de los sucesos históricos*.

Son también auxiliares de la Historia la Arqueología, la Numismática, la Paleografía y la Etnografía. *Arqueología es la ciencia que tiene por objeto el estudio de los monumentos y cosas de la antigüedad.*

Numismática es la ciencia que tiene por objeto el conocimiento de las monedas y medallas, principalmente de las antiguas.

Paleografía es el arte de leer la escritura y los signos de los libros y documentos antiguos.

Etnografía es la ciencia que tiene por objeto el estudio y descripción de las razas ó de los pueblos.

Hay una ciencia, relativamente nueva, que presta á la Historia particular auxilio; esta ciencia es *la Filología*, la cual se aplica al estudio y conocimiento de las leyes etimológicas, gramaticales, históricas y lexicológicas de una ó varias lenguas. Su importancia es

grande. Si la civilización moderna desapareciera en un instante, y se perdieran los monumentos de que nos gloriamos y las obras científicas y literarias de que nos enorgullecemos, la lengua que hablasen nuestros descendientes serviría para descubrir nuestras relaciones con los pueblos contemporáneos. La universal dominación de los Romanos está testificada no sólo por los restos de sus monumentos, sino por la multitud de voces de origen latino que se encuentran en las lenguas de casi todos los pueblos cultos.

6.—*Nociones cronológicas.* La Historia reclama un curso especial de Cronología. En esta Introducción nos limitaremos á consignar unos cuantos puntos de ella.

Era es el punto fijo y fecha determinada de un suceso, desde el cual se empiezan á contar los años.

Según varios autores el origen de la palabra *era* es el siguiente:

Los Romanos contaban los tiempos desde la fundación de Roma, y usando de una expresión antonomástica, ponían en las inscripciones públicas:

EX · VRBE · CONDITA

En tiempo de Augusto la adulación hizo poner, por lisonjear al Soberano:

AB · EXORDIO · REGNI · AVGVSTI

y por abreviatura:

A · E · R · A

De aquí la palabra *era*.

Litré dice que es la forma plural de la voz latina *aes aeris*, plural *aera*, *cobre*. La palabra *aes* corresponde á la voz sánscrita *ayas*, hierro, metal.

Las eras principales son las siguientes:

Era de la Creación ó del Mundo, según los Judíos.....	5508 ant. de Jesucristo.
Id. según los benedictinos en su «Arte de verificar las fechas».....	4963 " " "
Id. según Usserio.....	4004 " " "
Id. según los rabinos	3761 " " "
Era índica de Kaliouga ó Kaliuga..	3101 " " "
Id. de los Chinos, según De Guignes.....	2697 " " "
Id. de Abrahán, siguiendo á Eusebio.....	2015 " " "
Id. de Cecrops....	1582 " " "
Id. de las Olimpiadas	776 " " "
Id. de la fundación de Roma, según Varrón.....	753 " " "
Id. según los mármoles capitolinos.	752 " " "
Id. de los Cónsules.....	509 " " "
Id. de Nabonasar....	747 " " "
Id. de Alejandro ó de los Lagidas..	323 " " "
Id. de los Seléucidas....	312 " " "
Id. juliana.....	45 " " "
Id. española (que conmemora la supuesta total conquista de España por los romanos).....	38 " " "
Id. de Accio, usada por Tolomeo, Josefo, Eusebio y Censorio.....	31 " " "
Id. de los Augustos.....	27 " " "

ERAS POSTERIORES Á JESUCRISTO.

Era de Diocleciano, ó de los Mártires.....	284 desp. de Jesucristo.
Id. de los Armenios.....	552 " " "
Id. de la Hégira (Huída de Mahoma, de la Meca á Medina).....	622 " " "
Id. persa de Iezdegerd.....	632 " " "

Id. de Constantinopla, establecida por la Iglesia griega.....	680 desp. de Jesucristo.
Id. norteamericana, 4 de julio de	1776 „ „ „
Id. de la República francesa, 22 de septiembre de.....	1792 „ „ „
Id. mejicana, 27 de septiembre de	1821 „ „ „

Separadamente trataremos de la era cristiana ó vulgar, que es la usada en todos los pueblos cultos.

Conmemora el nacimiento de Jesucristo, suceso que, aun considerado desde el punto de vista humano, es uno de los más importantes de cuantos han visto los siglos. Data su uso del siglo VI. La introdujo un monje llamado Dionisio, quien por humildad se llamaba el Pequeño, ó así nombrado á causa de su baja estatura. De aquí que se diga, al referirse á tal era, era de Dionisio, ó de Dionisio el Pequeño, ó el Exiguo.

Se llama *época* un período de tiempo notable por los sucesos acaecidos en él.

Se llama *edad* un conjunto de siglos, cuyo principio y fin están señalados por sucesos importantísimos. Así se dice: Edad antigua, Edad media, Edad moderna. También significa un tiempo indeterminado. Parece sinónimo de época. Así se dice: “en esta edad, en aquellas edades, edad de oro, edad del hierro, & &.

Siglo es un período de cien años; *década* un período de diez; *lustro*, uno de cinco.

A veces se cuenta por años lunares, como en la cronología mahometana. Hay que tener en cuenta esto cuando se concuerdan años de la Hégira con años de la era vulgar.

CUADRO CRONOLOGICO.

EDAD ANTIGUA.

ACONTECIMIENTOS.	Tiempos de la Creación.	Tiempos antes de Jesucristo.
Adán ó la Creación.....	0000	4963
Noé ó el Diluvio.....	1655	3308
Vocación de Abrahán.....	2296	2667
Moisés ó la Ley escrita.....	3318	1645
Toma de Troya por los Griegos.....	3683	1280
Salomón ó la Fundación del Templo.	3972	991
Las Olimpíadas.....	4187	776
Fundación de Roma.....	4210	753
Alejandro Magno, ó Darfo vencido..	4632	331
Cartago vencida por los Romanos....	4821	142

EDAD MODERNA.

ACONTECIMIENTOS.	Tiempos de la Creación.	Tiempos después de Jesucristo.
Nacimiento de Jesucristo.....	4963	0000
Constantino, ó el triunfo del Cristianismo.....	5276	313
Clodoveo.....	5444	481
Caída del Imperio de Occidente.....	5439	476
Mahoma. (La Hégira).....	5585	622
Carlo Magno, ó la Fundación del Imperio de Occidente.....	5763	800
Gregorio VII, ó la supremacía del Pontificado.....	6036	1073
Godofredo de Bouillón, ó las Cruzadas.....	6062	1099
Toma de Constantinopla por los Turcos.....	6416	1453
Descubrimiento de América por Colón.....	6455	1492
Toma de Méjico por Hernán Cortés.....	6484	1521
La Paz de Westfalia.....	6611	1648
La Revolución Francesa.....	6752	1789
Proclamación de la Independencia de Méjico.....	6773	1810
Consumación de la Independencia de Méjico.....	6784	1821

Sincronismo es la simultaneidad de acontecimientos.

Anacronismo es el error que consiste en suponer acaecido un suceso antes ó después del tiempo en que se efectuó.

7.—*Civilización*. Parece oportuno definir la palabra *civilización*, usada con tanta frecuencia en las obras históricas.

Tomada en su acepción más completa, la palabra *civilización* no expresa más que los diversos grados de perfección física, intelectual y moral que alcanza un pueblo, para llegar á la perfección final. En un sentido más limitado es la tendencia de un pueblo hacia la perfección individual y social, adquirida por medio de instituciones convenientes. En suma: *civilizar* es hacer un *ciudadano*, formar un *hombre*; *formar un hombre* es hacer que adquiriera las calidades que mejoran su naturaleza; adquirir tales calidades es perfeccionarse; tenerlas todas es ser perfecto.

Para llegar á una alta *civilización* tiene el hombre que combatir sin tregua. A propósito de esto dice un historiador:

“Con el mundo comenzó una lucha que debe acabar con el mundo, y no antes: la del hombre contra la naturaleza, la del espíritu contra la materia, la de la libertad contra la fatalidad. La Historia no es más que el relato de esta interminable lucha.”

Civilización es, —digámoslo en pocas palabras,— la mayor suma de bienestar físico, intelectual y moral, dentro de la mayor suma de bienestar social.

8.—*Formas de la Historia*. Los libros de Historia, por la extensión de la materia que tratan y por la disposición que suelen tener, se dividen en dos grupos:

Primer grupo.—Formas mayores:

{ Historia universal.
Id. general.
Id. especial.
Id. particular.

Segundo grupo.—Formas menores:

{ Crónicas.
Anales.
Décadas.
Efemérides.
Memorias.
Genealogías.
Vidas.
Biografías.
Autobiografías.
Apuntes biográficos.
Compendios.
Manuales.

Una historia universal debe contener la historia de todos los pueblos, desde los tiempos más remotos. Ejemplo: la *Historia Universal*, por César Cantú.

Una historia general trata de la historia de un país, de un pueblo, de una raza, de una dinastía, de un Estado ó de varios Estados, & &. Ejemplo: la *Historia de España*, por don Modesto de la Fuente, y la *Historia de Inglaterra*, por Lord Macauley.

Una historia especial trata de una época, como la *Historia Antigua de Méjico*, por don Manuel Orozco y Berra; de una guerra, como la *Historia de la Guerra de Treinta años*, por Federico Schiller; de una ó varias ideas, de una doctrina, & &. como la *Historia de las variaciones del Protestantismo*, por Bossuet; la *Historia de los Heterodoxos Españoles* y la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, por don Marcelino Menéndez Pelayo.

Una historia particular trata de una institución, de un edificio, &, &, como la *Historia del Escorial*, por el presbítero don José Quevedo, Bibliotecario del Real Monasterio.

Una historia de la Iglesia, como la del Abate Darras y sus continuadores es una verdadera historia universal.

Hay historias eclesiásticas, militares, científicas, literarias, & &.

Crónica es la relación, contemporánea y circunstanciada, de los sucesos, sin más disposición que la que resulta de seguir el orden estrictamente cronológico, como las *Crónicas de San Dionisio*.

Anales son las historias relatadas por años, como los *Anales de la Corona de Aragón*, por Jerónimo de Zurita, y los de Tácito.

Décadas son las historias escritas por períodos de diez años, como las de Tito Livio.

Efemérides son libros ó comentarios en que se refieren los sucesos acaecidos cada día. Son la forma más sencilla de la Historia.

Memorias son relaciones de algunos sucesos particulares, en los cuales tomó participación el autor, ó de los cuales tuvo noticia inmediata. Se confunden á veces con la autobiografía. Ejemplo: Las *Memorias de Ultratumba*, por Chateaubriand.

Genealogía es la historia de un linaje ó de una familia.

Vida es la relación ó historia de las acciones notables de un individuo. Ejemplo: la *Vida de Agrícola*, por Tácito.

La *biografía* y los apuntes *biográficos* son formas menores de la *vida*.

Autobiografía es la vida de un individuo, escrita por él mismo.

Los *manuals* y los *compendios* son obras breves, escritas para enseñar los elementos de la Historia.

9.—*Crítica*. La Historia no es una ciencia conjetu-

ral. No puede aceptar nada sin pruebas, ni debe doblegarse á las pasiones del historiador. Por olvido de esto existe esa Historia sospechosa, emotiva y mendaz, que no gusta de comprobar sus dichos, y que, á veces, rehusa conocer obras y documentos contrarios á sus juicios y opiniones. La Historia es un proceso siempre abierto, en el cual, á todas horas pueden presentarse pruebas en pro ó en contra; pruebas que la Crítica rechaza ó acepta, después de estimarlas y valorizarlas, y en el cual siempre hay una voz acusadora. Por eso los fallos de la Historia no pueden considerarse como definitivos.

Crítica, —etimológicamente, *juicio*,— es el arte (á veces la facultad) de juzgar con exacto conocimiento, alto sentido moral é imparcialidad sostenida, de hombres, sucesos y cosas.

Para ello cuenta con muchos principios, de los cuales apuntaremos aquí los más conocidos:

(a).—El principal fundamento de la Crítica es la autoridad de los antiguos ó de los contemporáneos, los cuales, indudablemente, tuvieron ocasión de estar mejor informados que los posteriores.

Acerca de la autoridad de antiguos y contemporáneos hay varias reglas:

1.—No es lícito apartarse del testimonio de los antiguos ó contemporáneos, si no hay firmes y constantes razones en contrario de lo que éstos asientan.

2.—Debe estarse al testimonio de aquel que refiere un suceso del cual fué testigo presencial ó que tuvo noticias de él, procedentes de alguno que presencié el suceso de que se trata. Esto siempre que no sea parcial, ni mezclador de fábulas, sino circunspecto, diligente, perspicaz y verídico, y si no hay contemporáneo que fundadamente le contradiga.

3.—El argumento negativo sacado del silencio de uno ó de varios contemporáneos, no es por sí solo suficiente para no dar fe á los dichos de un historiador.

(b).—El juicio ó testimonio de parientes, amigos, servidores, subordinados, & &. es sospechoso cuando es favorable; pero debe ser aceptado si fuere adverso.

(c).—El juicio y el testimonio de un enemigo son muy sospechosos cuando son adversos; pero deben aceptarse si fueren favorables.

(d).—Si uno ó varios historiadores refieren lo que otros omitieron, debe estarse á lo referido.

(e).—Los dichos de un historiador cogido alguna vez en mentira deben ser estudiados con mucho cuidado.

(f).—Cuando algunos historiadores refieren un hecho diversamente, ó emiten juicios distintos, debe ponerse particular empeño en aclarar qué motivo los indujo á ello.

(g).—Citas y fechas deben ser verificadas.

(h).—Deben ser distinguidos los tiempos.

(i).—Deben ser comparados los usos, costumbres, leyes, instituciones & &.

(j).—La Historia debe estudiarse en sus fuentes.

Son *fuentes históricas* los escritos contemporáneos, los monumentos, las inscripciones, las medallas, las monedas y las obras literarias de la época de que se trate ó de tiempos próximos.

(k).—Antes de conocer una historia ó un documento, es de suma importancia conocer la vida del autor, para saber si puede moverle algún interés en pro ó en contra de los sucesos que refiere ó de las personas á quienes juzga.

(l).—Los anónimos merecen poca confianza.

(m).—En igualdad de circunstancias, es preferible el testigo ocular.

(n).—Es preciso atender á los medios de que se valió el historiador para encontrar la verdad, consultar los documentos que tuvo á mano, descubrir si algún interés bastardo le mueve, y así fijar las probabilidades de que sea ó no sea veraz.

(o).—Entre los testigos oculares es preferible, en igualdad de circunstancias, aquel que no tomó participación en los sucesos, ni ganó ni perdió con ellos.

(p).—Es preferible el historiador contemporáneo; pero es conveniente cotejarle con otros de opiniones é intereses diferentes, y separar en ambos el hecho referido de las causas que se le señalan, de los resultados que se le atribuyen y del juicio de los historiadores.

(q).—Las obras póstumas publicadas por manos desconocidas ó poco seguras reclaman sumo cuidado, porque pueden ser apócrifas ó estar alteradas.

(r).—Las historias fundadas en papeles secretos ó inéditos merecen desconfianza.

(s).—Los manuscritos publicados por un editor que asegura no haber hecho más que limar frases, ordenar páginas, capítulos &., ó aclarar pasajes, no merecen más crédito que el debido á quien responde de la obra.

(t).—Los manuscritos deben ser consultados, si fuere posible, en el original.

(u).—Las obras traducidas deben ser consultadas en el original, y todos los libros, si es posible, en la edición prístina.

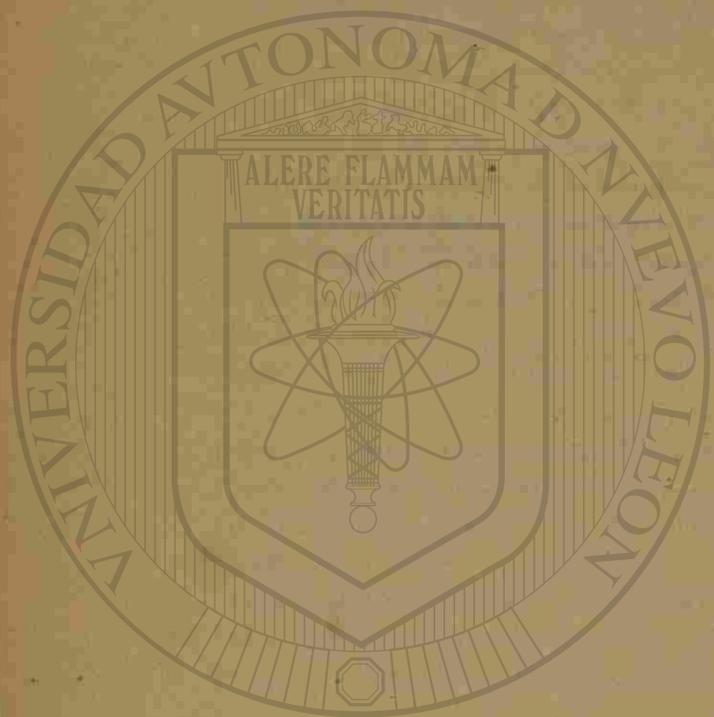
(v).—Los relatos de negociaciones ocultas, de secretos de estado, de anécdotas picantes acerca de la vida de los personajes célebres, de intrigas tenebrosas

y de asuntos de esta clase, han de ser recibidos con suma desconfianza.

10.—*Estilo.* Respecto al estilo, esto es, respecto á las calidades que debe tener el estilo de un historiador, poco diremos, por corresponder este punto á un curso de Literatura. Nos limitaremos á consignar que habrá de ser castizo, elegante, ligero, apropiado, y en ocasiones solemne, majestuoso, sin declamaciones ni ampulósidades, y siempre sincero. La Historia, — díganlo Niebuhr y Macauley, — no es únicamente la narración verídica de sucesos ciertos, ni mucho menos debe ser un relato burdo, desmañado y vulgar. Puede ser, y debe ser, obra artística, en la cual, por obra y virtud del historiador, con noble pujanza y con muy elevado sentido estético, resurjan, redivivos y perdurables, hombres, pueblos, naciones, ciudades, usos, costumbres, ciencias, letras, artes y cosas.

Un crítico eminente, gloria de su nación y de su raza, Menéndez Pelayo, maestro insuperable en este género de disciplinas, dice á este propósito:

“No es, en verdad, la Historia obra puramente artística, como la Poesía y la Música y todas las artes plásticas; pero son tantos y tales los elementos estéticos que contiene, que obliga, á mi entender, á ponerla en jerarquía superior á la misma oratoria, encadenada casi siempre por un fin útil é inmediato, extraño á la fidelidad del arte libre, que en la misma hermosura que engendra se termina y perfecciona, deleitándose con ella, como la madre amorosa con el hijo de sus entrañas.”—(*Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia.*)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

	Páginas.
INTRODUCCIÓN	7
CAPITULO I.	
<i>Breves nociones históricas acerca de los descubrimientos geográficos.</i>	
Idea general de la Geografía Antigua.....	9
I. Desde los tiempos más remotos hasta Herodoto..	9
II. Geografía de Herodoto.....	11
III. Intervalo entre Herodoto y Alejandro Magno....	13
IV. Descubrimientos en tiempo de Alejandro Magno y sus sucesores.....	14
V. Mundo conocido de los Antiguos en la época de Augusto Estrabón.....	16
VI. Mundo conocido de los Antiguos.—Tolomeo.....	21
Europa	22
VII. Asia	24
VIII. Africa	28
CAPITULO II.	
<i>Del mundo conocido de los antiguos.</i>	
1. Límites generales del Mundo Antigo.....	31
2. De los mares principales del Mundo Antigo.....	32
3. División general del Mundo Antigo.....	34
4. Puntos cardinales.....	34

CAPITULO III.

Asia.

1. Idea general de Asia	34
2. Montañas	35
3. Ríos	35
4. Países	35

CAPITULO IV.

Asiria.

1. Límites y divisiones generales.....	35
2. Asiria	36
3. Mesopotamia	36
4. Babilonia	36
5. Ríos y montañas	36

CAPITULO V.

Media, Persia y tierra de los Partos.

1. Límites del Imperio Persa	37
2. División de este Imperio	38
3. Principales montañas	38
4. Ríos y lagos	38
5. Parcia	39

CAPITULO VI.

Palestina.

1. Límites generales	40
2. Montañas y ríos	40
3. Ríos	41
4. De los primeros habitantes de este país.....	41
5. División por tribus	42
6. Extensión de Judea en tiempo de Salomón.....	43
7. Cisma de las diez tribus.....	45

8. División de Palestina después de la cautividad.....	45
9. División de Palestina en tiempo de Augusto.....	46
10. División de Palestina en el siglo IV.....	47

CAPITULO VII.

Fenicia y Siria.

1. Descripción general de Fenicia	48
2. De las principales ciudades de Fenicia, y de su origen.....	48
3. Colonias fenicias	49
4. Siria	50

CAPITULO VIII.

Asia Menor.

1. Límites generales de Asia Menor	51
2. Montañas	51
3. Ríos	52
4. División general del Asia Menor.....	53
5. Ciudades principales.....	53

CAPITULO IX.

De otras comarcas del Asia Antigua.

1. División de estas comarcas	55
2. Comarcas del Oeste	55
3. Comarcas del Sud.....	55
4. Comarcas septentrionales.....	58

CAPITULO X.

África.

1. Nociones generales	59
2. Límites	59
3. Ríos y montañas.....	59
4. División general.....	59

CAPITULO XI.

Egipto.

1. Límites generales de Egipto.....	60
2. El Nilo.....	60
3. Lagos y canales.....	61
4. Montañas.....	61
5. Oasis.....	62
6. Descripción de Etiopía.....	62
7. Del Egipto en los tiempos más antiguos.....	63
8. Del Alto Egipto.—Ciudades y monumentos.....	63
9. Del Egipto central.—Ciudades y monumentos.....	65
10. Del Bajo Egipto.—Ciudades y monumentos.....	65

CAPITULO XII.

Etiopía y Libia.

1. Etiopía.....	66
2. Libia.....	67

CAPITULO XIII.

África Septentrional.

1. Límites generales.....	67
2. Posesiones cartaginesas.....	68
3. Numidia.....	68
4. Mauritania.....	69

CAPITULO XIV.

Europa.

1. Nociones generales.....	69
2. Límites.....	70
3. Ríos.....	70
4. Montañas.....	70
5. División general.....	70

CAPITULO XV.

Grecia.

1. Límites y divisiones generales.....	71
2. Ríos y montañas de la Grecia Septentrional.....	71
3. Ríos y montañas de la Grecia Central.....	72
4. Ríos y montañas de la Grecia Meridional.....	73
5. De las principales provincias de la Grecia Septentrional.....	74
6. Principales Estados de la Grecia Central.....	76
7. De los principales Estados de la Grecia Meridional ó Peloponeso.....	79
8. División general de las islas.....	82
9. Islas del mar Egeo.....	82
10. Islas del mar Interior.....	84
11. Islas del mar Jónico.....	84

CAPITULO XVI.

Italia.

1. Límites.....	85
2. Montañas.....	85
3. Ríos y lagos.....	87
4. División general.....	88
5. Galia Cisalpina.....	88
6. Italia Central.....	90
7. Italia Meridional.....	93
8. Islas.....	95

CAPITULO XVII.

España.

1. Límites, nombres y aspecto de España.....	97
2. Montañas y ríos.....	97
3. Estado de España en los tiempos más antiguos.....	98

4. Colonias fenicias.....	99
5. España bajo el dominio Cartaginés.....	100
6. España después de la conquista Romana.....	101

CAPITULO XVIII.

Galia.

1. Límites y aspecto general.....	102
2. Montañas y ríos.....	102
3. División política de las Galias.....	103
4. Familia ibérica.....	104
5. Familia greco-jónica.....	105
6. Familia gala.....	105

CAPITULO XIX.

*Germania, Islas Británicas, Sarmacia, Escitia
y Escandinavia*

1. Germania.....	106
2. Islas Británicas.....	106
3. Sarmacia.....	107
4. Escitia.....	107
5. Escandinavia.....	108
6. Quersoneso Címbrico.....	108

CAPITULO XX.

De otras comarcas de Europa.

1. Recia.....	109
2. Vindelicia.....	109
3. Nórica.....	109
4. Panonia.....	110
5. Mesia.....	110

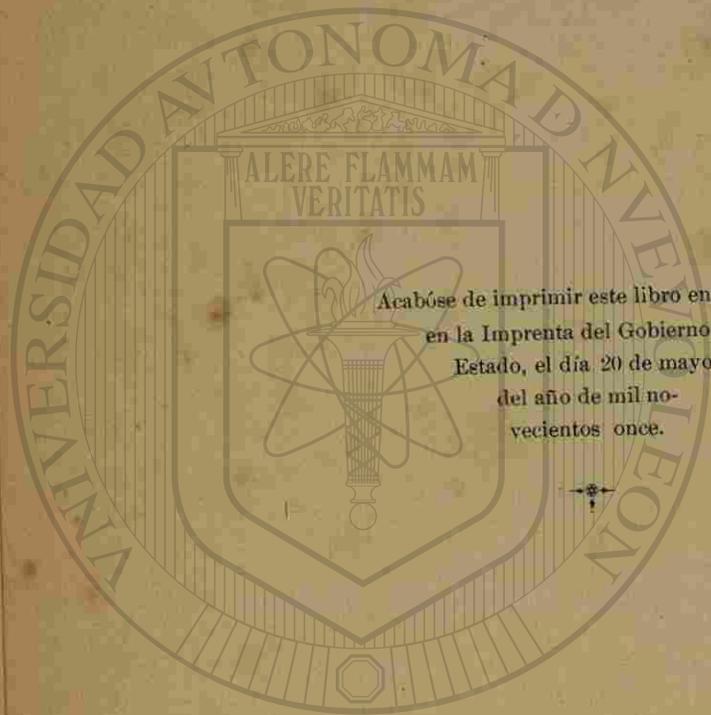
INTRODUCCION AL ESTUDIO

DE LA

CIENCIA HISTORICA.

Páginas.

Definición.....	III
División.....	IV
Métodos.....	VI
La Historia y la Fábula.....	VI
Ciencias auxiliares de la Historia.....	VII
Nociones cronológicas.....	VIII
Cuadro Cronológico.....	XI
Civilización.....	XII
Formas de la Historia.....	XII
Crítica.....	XIV
Estilo.....	XVIII



Acabóse de imprimir este libro en Jalapa,
en la Imprenta del Gobierno del
Estado, el día 20 de mayo
del año de mil no-
vecientos once.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UJA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
CIÓN GENERAL DE BIBLI

150